

Mirza L. González

CARACOL DE SUEÑOS Y ESPEJOS

Cuentos



BETANIA



Expectation (1905-09) mural de Gustav Klimt

CARACOL DE SUEÑOS Y ESPEJOS

Mi eterno agradecimiento a todas las personas que con su talento, sus mejores intenciones y buenos deseos, contribuyeron de alguna manera a la publicación de este libro. A ellas y ellos dedico...*Caracol de sueños y espejos.*

Mirza L. González

CARACOL DE SUEÑOS
Y ESPEJOS
(Cuentos)

Prefacio de Zoé Valdés

Introducción de Jorge Rodríguez-Florida

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

E-mail de la autora: mirzareyes19@msn.com

Portada: *The Virgin* (1913) de Gustav Klimt, pintor austriaco (1862-1918).

Obras interiores del pintor cubano Eladio González. Además se reproducen obras del Bosco, de Gino Severini, Juan de Espinosa, Gustav Klimt y Jan Van Huysum.

Eladio González, Pintor, Escultor y Profesor (Matanzas, Cuba, 1937). Graduado de la Academia de San Alejandro (La Habana, 1962). Fue Profesor de Dibujo y Escultura para el Consejo Nacional de Cultura en Cuba. Salió de la isla en 1967, vivió en Europa, (Madrid-París) por un año, y se estableció en Chicago en 1968, donde reside. Ha recibido numerosos premios y participado en exposiciones a nivel local y mundial. El estudio y la galería de Eladio, localizados en el área de Lincoln Square, en Chicago, se han mantenido exitosamente asequibles al público, a sus estudiantes, amigos, colegas y clientes, durante los últimos 30 años.

© Mirza L. González, 2017.

Editorial Betania

Apartado de correos 50.767

Madrid 28080 España.

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>

ISBN: 978-84-8017-384-1

Depósito Legal: M-13111-2017

Hecho en España / Made in Spain.

EL “CARACOL” NOCTURNO DE MIRZA L. GONZÁLEZ

Al leer los cuentos de Mirza L. González que tan amablemente me ha enviado me vienen a la mente aquellas tardes de fugas escolares en las que me iba a recorrer las librerías clandestinas de La Habana para buscar libros olorosos a tiempo, de papel desasido, tapas descosidas, prohibidos por el régimen castrocomunista. Así encontré verdaderos tesoros, y de ahí proviene mi vasta aunque caótica cultura. Leía todo, lo permitido y lo censurado, lo mismo una biografía de Nadejna Krouskáña, la esposa de Lenin, como a Washington Irving, o la célebre novela *Sinuhé El Egipcio* de Mika Waltari, como un librico de medicina especializado en otorrinolaringología con desnudos incluidos. Pero lo que más recuerdo es la novela de Carlos Montenegro, *Hombres sin mujer*, y los cuentos de Lino Novás Calvo.

Estos cuentos de Mirza L. González que ahora nos presenta la Editorial Betania también me evocan la esencia de aquellas sagas costumbristas a lo Miguel de Carrión o Carlos Loveira. Dos autores cubanos bastante olvidados, por cierto, quizá debido al retrato tan extremadamente minucioso y costumbrista de la sociedad cubana de los años en los que se consolidaba la idiosincrasia mestiza del cubano, con sus aspectos progresistas, pero también clasistas y racistas.

Mirza L. González va por esos linderos, los de mostrarnos sin juzgar, una sociedad perdida en sus costumbres, en sus antiguos nombres, una sociedad que iría a encontrarse a través de las imágenes más cotidianas, rutinarias, con el desafío de su propia existencia, y que se iría autodefiniendo a través de historias breves y sencillas. Historias de amor, de ardor, de partidas, abandonos y reencuentros.

Sus personajes se reestructuran como la crisálida de una oruga, o como de ese “caracol nocturno” que nos regalara José Lezama Lima como definición firme de la poesía. Porque su narrativa es pura prosa poética, como también definiera Octavio Paz un tipo de prosa reflexiva que se deja conducir por la musicalidad de lo inesperado, de lo espiritual, de lo mágico.

Son cuentos cubanos escritos en el exilio, pero también son cuentos del exilio escritos para los cubanos de todas partes del mundo, incluidos los de la isla. En ese mensaje de amor a una forma de hablar, de observar la vida, de describirla, encontraremos nombres familiares, situaciones revividas, cartas y hasta correos electrónicos que aún escritos hoy provienen de otro tiempo. De aquel tiempo en que la cultura cubana tenía un significado, un enorme valor, y podía mostrarse al mundo como ejemplo de refinamiento y libertad artística y literaria.

Los cuentos de Mirza L. González nos llevan de la mano hacia historias suyas y de sus familiares y amistades, pero por encima de todo nos colocan frente a un espejo, del que a veces hemos huido, como cuando me fugaba de la escuela para ir a forrajear libros distintos y me encontraba con mi propia vida en ellos. O como cuando recorría la poesía completa de Lezama Lima con la yema del dedo, sentada en un quicio enfrente de Trocadero 162, donde vivió el poeta y vivía entonces María Luisa, su viuda, y más tarde me entregaba desaforada a las fogosidades nocturnas y mi cuerpo desnudo se encaracolaba en otro cuerpo desnudo hasta el amanecer. Los cuentos de Mirza L. González son eso: almas despojadas envueltas en la letanía de una voluta de humo que queda apresada entre la lectura y el silencio.

Zoé Valdés

Zoé Valdés (La Habana, 1959). Novelista, poeta y escritora cubana, exiliada política en París (Francia) desde 1995, donde reside. Desde su primera novela *Sangre azul* (1995) ha desarrollado una prolífica trayectoria como reconocida narradora con *La hija del embajador* (1995), *La nada cotidiana* (1995), *Café Nostalgia* (1997) hasta sus últimos títulos: *Mujer llorando* (2015), *La Habana, amor* (2015), *La llorona* (2016) y *La noche al revés. Dos historias cubanas* (2016).

INTRODUCCIÓN

Constituye un honor para mí escribir palabras preliminares o de presentación a *Caracol de sueños y espejos*, el segundo libro de cuentos de Mirza L. González. Conozco a Mirza desde los 1970 cuando llegué a Chicago, donde trabajé como profesor de lengua y literatura en Chicago State University. Mirza enseñaba en De Paul University, donde había recibido premios, distinciones y ascensos por su labor en ese plantel. Con el tiempo nos hicimos buenos amigos y colaboramos en diferentes proyectos académicos y de investigación.

Los cuentos de Mirza siempre me han llamado la atención por el estilo peculiar de ella, la gran capacidad de su memoria, que la remonta a la niñez de su Güines natal, y por su imaginación ilimitada. Me han interesado también por el contenido de un mundo donde se yuxtapone o contrasta el trasfondo cubano con el de otras culturas.

El lector de las seis narraciones cortas -y no tan cortas- de esta colección va a disfrutar al encontrarse en un barrio de Güines, su patria chica y la ciudad más poblada de la provincia de Mayabeque, una especie de microcosmos de la perla de las Antillas. Y también se encontrará en el Museo del Prado, en un barrio de casas tipo *bungalows* de Chicago o en las alturas desérticas de Georgia, en la difunta URSS. Va a disfrutar también ver cómo la autora prefiere la exposición narrativa desde la perspectiva del yo, deslindando la autobiografía de la ficción. Verá, cómo la autora se esconde, se distancia o se acerca, utilizando la perspectiva del narrador omnisciente o del narrador testigo. Y se percatará de los marcos en cada cuento que justifican su existencia y de la delineación de unos personajes, complejos en su psique, pero que cobran vida en la memoria y la imaginación de la autora.

Se va a encontrar con Narciso, un farmacéutico amante de la música y con su amigo Dionisio. Personajes excepcionales en esta colección, ya que la autora tiende a presentar, por la mayor parte, a caracteres femeninos. Incluso en el mismo cuento “Narciso: humo y espejo” la historia de Inocencia y su involucración con el chino Abelardo Wong

domina la trama argumental, cuyo trasfondo es el forzado exilio de los miembros de varias familias al exterior.

Otro personaje que atraerá la atención del lector en “Lectora de faquires” es Jackie M. Asperkoff, una judía cubana afincada temporalmente en Chicago, donde trabajó en la Orquesta Sinfónica y donde había sido alumna de la autora. A través de Jackie se presentará el choque o contraste de varias culturas y religiones: la afro-cubana y la de los faquires místicos, turcos y persas en la URSS.

En “Con estos ojos” el lector será testigo de un acto de locura del personaje Cecilia en medio de una calle de Güines. Esta falta de cordura, justificada en parte por la infidelidad conyugal, simboliza quizás la enajenación que sufrió -y sufre- el pueblo cubano con la imposición forzada del marxismo-leninismo. El tema de la infidelidad conyugal se repite en otras narraciones. Pero en ésta, el punto culminante es el encuentro fortuito entre la narradora y Cari, su amiga de la infancia, ahora parte de la familia de Cecilia, en el Museo del Prado de Madrid, muchos años después. Este encuentro que sucede mientras ambas contemplan un cuadro del famoso pintor El Bosco recuerda alguna escena de *Steppenwolf*, de Herman Hesse o de *El túnel* de Ernesto Sábato, para poner dos ejemplos de una larga y fecunda tradición literaria.

En “Alicia y su gato” la imaginación no solo es “la loca de la casa”, como afirmaba Santa Teresa, sino el personaje principal de la casa; y Alicia, una mujer alucinante, nos transporta a ambientes y lugares fantásticos e inconcebibles, desde Güines. Personaje importante de esta narración es Carlos Luis, que deviene en mentor de Alicia y a quien le suministra revistas y libros que encienden la imaginación de la niña.

Quizás “Foto”, mi cuento favorito, sea el más experimental de la colección. La autora usa la foto de su propia boda para descubrir o rescatar la identidad de los fotografiados. Organiza un equipo de investigación y desde Facebook se comunica por correo electrónico para que personas interesadas contribuyan a descubrir quién es quién. Cada correo electrónico funciona como un minicapítulo de la narración. Y lo que era papel muerto -la foto- se vuelve en fuente de conocimiento y revisión de historias olvidadas y ocultas. La última narración “Juventud bicentenario” es la más reciente de la autora, quien regresa a su amado Chicago, después de una larga ausencia y revive sus primeros años en la urbe metropolitana. El personaje principal es Beth, una jovencita vecina y amiga de la hija de la narradora, que como otros personajes femeninos de la colección, no se lleva bien con su madre. Beth muere trágicamente, víctima del uso de la droga y el alcohol.

No quisiera finalizar estos comentarios sin antes hacer otras observaciones, a modo de conclusión. Primero, que se nota la tendencia de la

autora hacia un toque misterioso, casi mágico, que en algunos momentos bordea los límites de lo sobrenatural. Puede verse esta inclinación, de distintas maneras, en los personajes de Narciso y Oce; en Jackie, la rusa-cubana lectora de faquires; en Cari y Alicia.

Luego quiero recalcar que la autora recurre al espejo, a las cartas, a las fotos, a los libros y a los medios electrónicos como *motifs* o puntos de partida en sus narraciones. Finalmente, encuentro que el título de la colección es muy acertado porque tanto el sueño como el caracol son imágenes de la búsqueda y el hallazgo de la identidad, que en realidad, es el tema principal y unitario de la creación narrativa de la autora.

Jorge Rodríguez-Flrido, Ph.D.
Profesor Emérito, Chicago State University.

Jorge Rodríguez-Flrido (Manzanillo, 1943). Poeta y crítico literario cubano. Es Profesor Emérito de Chicago State University. Obtuvo un Ph.D. en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Wisconsin. Es autor de dos libros de poesía y de estudios críticos sobre la literatura afrohispanoamericana y cubanoamericana. Parte de su Tesis Doctoral sobre Ciro Alegria fue publicada en la monografía *El lenguaje en la obra literaria* (1977).



Corazón (2011) de Eladio González

*Si al conjuro lunar el mar se argenta;
si el sol se irisa—con su lente urente—
de franjas de esmeralda y de zafiro;
si el terral lo reclama y lo armoniza
¿por qué no ha de poblarlo de sirenas
y tritones la mente del poeta?
Loreley, Loreley, alza tu canto!*

3 de julio de 1919

Creación.
Regino Boti.

.....
*¿Son las cosas más ellas sin sus nombres,
O un tejido de nombres es el mundo?
¿Será su conjunción el Paraíso?
De estas vanas preguntas no te asombres.
Se las hice a una rosa: en un segundo
Suspirando la rosa se deshizo.*

El nombre de la rosa.
Félix Lizárraga.

*Se extiende la escritura desatada
ante los espejos del cuerpo.*

*Las imágenes son pródigas
y el chispazo delicado del gozo
se cierra sobre la cintura
mientras se declara disidente.*

*Con fragmentos se construye el ánfora.
El descenso de la rueda termina.
La luz se hace forja
en su reflejo anónimo.*

*Cuando llegue el día
en que esté terminada
la forma entrará como aire
y un abrazador torrente
será murmullo.*

*De Giuseppe Arcimboldo
se ha dicho
que inventaba rompecabezas.*

La mano en el aire.
Polvo de Ángel, 1990.
Carlota Caulfield.

*El caracol
guarda memoria del mar en su morada.
Nostalgia marina la del caracol.
El susurrante hueco del océano
guarda recuerdo
de su propia voz
su voz eterna
en un cofre mágico.*

*El caracol.
Vertizonte, 1968.
Rita Geda.*

*Rodeada de mar por todas partes,
soy isla asida al tallo de los vientos...
Nadie escucha mi voz, si rezo, o grito:
Puedo volar o hundirme...Puedo, a veces,
morder mi cola en signo de Infinito.
Soy tierra desgajándose...Hay momentos
en que el agua me ciega o me acobarda,
en que el agua es la muerte donde floto...
Pero abierta a mareas y a ciclones,
hincó en el mar raíz de pecho roto...*

*Crezco del mar y muero de él...Me alzo
¡para volverme en nudos desatados...!
¡Me come un mar batido por las alas
de arcángeles sin cielo, naufragados!*

*Isla.
Dulce María Loynaz.*

NARCISO: HUMO Y ESPEJO

*Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo
envolviendo los labios que pasaban...*

*Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre.
Máscara y río, grifo de los sueños...*

*Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados,
aguardan la señal de una mustia hoja de oro...*

*Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guarnecidas
islas y aislada paloma muda entre dos hojas enterradas...*

*Espirales de heroicos tenores caen en el pecho de una paloma
y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche...*

*Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran
al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan
los tesoros que la rabia esparce, adula o reconviene...*

Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas.

*Muerte de Narciso.
(Fragmento).
J. Lezama Lima.*

Era soltero, de bigote negro tupido, cejijunto, y a sus espaldas se decían muchas cosas. Corría el mes de agosto y hacía un calor sofocante. A la una, cansado de fregar pomos se quitó la bata blanca, salió a la calle, hizo derecha en la esquina de Cuatro Palmas, caminó un corto trecho buscando la ruta más cercana a su hogar y, en la intersección de Armenteros, dobló a la izquierda. Le restaban cinco minutos más para llegar a su destino. Lo caminó con lentitud, manteniéndose estoicamente en la acera donde con persistente rigor azotaba el sol del mediodía, a la mitad de la cuadra cruzó la calle, perpendicularmente, hacia la acera opuesta, y entró en la casa. Siguió por el pasillo lateral, a la derecha de los dormitorios, con su hilera de arecas, hasta el final. Ignorando las preguntas de la tía atravesó la cocina-comedor llegando al patio. Una vez en él, se desplazó metódica y cuidado-

samente por el pequeño camino de lajas en dirección a la zanja, hasta que éstas terminaron. De ahí, evitando salpicarse los pantalones blancos con la tierra aún enchumbada por el último chubasco mañanero, saltando de piedra en piedra, se aproximó a la negra mesilla de hierro recién pintada, y tomó la tijera, en actitud de espera sobre la superficie brillante. Allí descansaba su jarra, limpia y reluciente, donde tomaría su limonada diaria, de nueve limones verdes, a las tres de la tarde. Al llegar donde la tierra se termina y se inclina abruptamente por el paso de la Zanja Real, se inclinó y cortó las mariposas blancas que, ignoradas y ocultas desde la altura del patio, crecían profusamente a todo lo ancho del terreno pendiente y cercano al agua. Eran sus flores favoritas. Después de aspirar su perfume tomó parsimoniosamente la dirección en reversa, hacia la casa, y se encaminó directamente a la cocina, entró, tomó de un aparador una jarra de cristal transparente, la llenó de agua y la llevó a su cuarto. Allí colocó las flores y, en posición ritualista de brazos alzados, mientras pronunciaba unas frases inaudibles, depositó el recipiente de perfumadas mariposas sobre la cómoda. Se acostó. Dormiría o descansaría por un rato, antes de que sirvieran el almuerzo. Estaba cansado.

Se llamaba Narciso Pérez de Oca, tenía treinta y cinco años y de lunes a viernes trabajaba en una farmacia. Los viernes por la noche y los fines de semana le gustaba salir y entretenerse como cualquier soltero, siempre que sus compromisos políticos y familiares se lo permitieran. Trataba de evadir, cuando era posible, la realidad que como un molde de hierro lo atrapaba. Ansiaba la libertad y soñaba con volar libremente. Frente a la rutina y el tedio su mente se expandía y adquiría una diferente capacidad: la traslación. Mientras su cuerpo ocupaba el espacio físico del cuartito posterior en la farmacia de Luis Hernández, en la calle Real, entre la Ferretería Ochoa y el Club Fotográfico, durante varias horas al día, ajetreando con recetas prácticamente ilegibles, como escritas en arameo, “lavando pomos”, como decía en tono burlón su “hermanito”, el vago de Gualberto, o “emulsionando menjurjes”, frase preferida de su cuñada Cele, maestra recién graduada, y culta latiniparla en vías de desarrollo, Narciso viajaba con su imaginación por países lejanos, lugares impensados, y experimentaba multitud de sensaciones. Aún cuando era de mente vagarosa, cosa curiosa... nunca, que él supiera, se equi-

vocó en sus recetas. O tal vez sí, pensaba, pero nunca se enteró. Aunque... indudablemente... su medio preferido para expansionarse y escapar de la realidad era la música. Sobre todo le gustaba tocar los tambores. Tal vez porque las variantes tonales que extraía al sonar los parches, espejeaban, y le recordaban, sin saberlo, la selva, los animales furiosos en la antesala de la rabia, o trémulos de lujuria, cercanos y aspirantes a la hembra en celo, o en actitud de entrega, pasividad sumisa contrastiva al salvajismo, acariciados por la lengua de la madre. Se transformaba y a veces percibía, mientras tocaba, entre el tuntún que corría vibrante de las manos y los brazos a los oídos y golpeaba retumbante en la bóveda que encierra los sentidos, el olor de la violencia, agria y sudorosa, tan opuesta a los efluvios medicinales, y a la monotonía diaria de su vida y su trabajo.

Eran variados los comentarios que de él se hacían: que se quedaría solterón; que estaba enamorado de un imposible, algunos afirmaban que de la seriecita y devota Cele, su “casi novia”, antes de decidirse por su hermano y convertirse en su cuñada; que había sido el niño mimado de su mamá; y que no le gustaban las mujeres. Algunos llegaban tan lejos en sus especulaciones que ya le habían buscado pareja: su amigo de fiestas, con quien a veces lo veían en el parque: Dionisio Latrocha. Resulta que Dionisio, además de buen amigo era, en su opinión, quien mejor le daba a los cueros y a quien, como resultado, había elegido de compañero en el campo de la música. Compartían algo más: su gusto por el canto. Ambos poseían magníficas voces, uno de bajo, el otro de tenor. Y hasta se parecían físicamente, Dionisio dos años mayor, un poco más trigueño, y de ojos más claros; por lo demás eran de la misma estatura, compartiendo además del óvalo de la cara, igual cejijuntez y boscosidad del bigote, igual cuadratura de la frente, y entradas y color de cabello semejante. Como si fueran hermanos. Eran, debo agregar, un par de buenos mozos. Andaban juntos siempre que podían, compartiendo las horas ociosas, las de esparcimiento, y su afición por la música. Se reunían a menudo en sus salidas, y muy tarde en la noche los viernes y los sábados en el cuarto de Dionisio. Allí se quedaba Narciso muchas veces a dormir. En contraste con Narciso, Dionisio carecía de familia inmediata. Nada se sabía de sus padres. Lo había criado una tía que vivía por San José, cuya triste e increíble historia se

contará en otro momento; y el joven se había mudado a Güines solo, porque el Banco Central había trasladado la sucursal donde él trabajaba a ese pueblo.

Así comienza la historia del farmacéutico y el bancario. Dos buenas personas cuya amistad tendría un trágico final. No solamente compartían Narciso y Dionisio el gusto por darle al cuero, el canto y las fiestas, sino que sin saberlo estaban enamorados de la misma mujer. Inocencia Bella era conocida de los dos, y aparecía muchas veces en sus fiestas y cuando “descargaban” con otros amigos, Jorge Meleiro y Armando Pachín, la buena música cubana y la española. Jorge, con los güiros, aunque era también un gran flautista, además de gaitero fenomenal, y según la colonia gallega del pueblo, digno heredero de su abuelo en ese arte, junto a Armando con la guitarra, contribuían a animar el ambiente cuando se reunían con Narciso y Dionisio. Frente al parque, en el café El Globo, así llamado por el gran globo rojo y amarillo que de noche se encendía a un costado de la puerta de entrada, se reunía el grupo cuando se aburrían del paseo nocturno. Allí se bailaba y se tomaba, cuando se permitía, o se podía, reuniéndose de diez a quince personas en esas bachatas, de naturaleza, público y actividades cambiantes, que se transformaban de acuerdo a los parroquianos que allí se asentaban a diferentes horas del día y de la noche. Llegaron los días en que cantos y bailes se alternaban con quemas de cañaverales, interrupciones del fluido eléctrico y otros actos de sabotaje. Con los tiempos se fueron reduciendo las bebidas, el ánimo, y los personajes.

Inocencia Bella, a quien los amigos no llamaban Ino, ni Bella, aunque lo era a morirse, sino Oce, y a veces Ocelinda, o Inobela, entonaba muy bien acompañando a los músicos pero, más que nada, le gustaba bailar. Entonces era toda agilidad y movimiento. Tenía indudablemente el don escénico, sabía presentar una imagen teatral, y a veces cuando cantaba, y venía al caso, adoptaba poses de diva, irguiéndose y empinando el pecho, para dar las notas altas, con una gran presencia operática. En estas actuaciones el público se refería a ella como Inobela. Italianizando la ele, le pedían a coro, “ópera Inobel-la, ópera... canta un aria de *Rigolet-to...*” ...o algo por el estilo. Y ella, con una graciosa genuflexión, los complacía. Sin duda alguna, era en las tertulias donde más brillaban todas las dotes personales de Oce.

Aunque era la más joven del grupo iba a las bachatas de El Globo escoltada por Abelardo, quien disfrutaba al verla pasar un buen rato, sana e inocentemente. Oce era en aquella época novia para unos, enamorada para otros, de Abelardo Wong, alias “el Chino”, “poeta a ratos”, decían algunos, “alma fina”, otros; “bolsillo lleno”, los demás...y “dril cien”, la mayoría, porque cuando le daba por mostrar su porte de elegante, ése era el traje que usaba. Y, por poco lo olvido, también le decían “Mesiú Guerlain”. Exudaba el perfume. Era un frasco ambulante de Guerlain. Y... para completar su retrato: algunos más, burlones malintencionados, cuando los veían paseando por el parque, comentaban muy bajo, entre dientes, temerosos de ser oídos, ahí van “la bella y la bestia”. Ayyy.... envidiosillos de mi pueblo... criticones e injustos. En verdad, Abelardo era un hombre atractivo.

Oce tenía veintidós años muy bien llevados, era simpática, avispada, y se destacaba sobre todo por su destreza en el arte de la conversación. La chica le hacía amplios honores a su segundo nombre. Parecía una bella ninfa escapada de una égloga de Garcilaso. Sus ojos claros, de reflejos verdosos, resaltaban en una piel nacarada y límpida, fresca como el agua. Aureolaba su faz una frondosa cabellera castaña, de suaves ondas y más bien corta, cuyos pelillos rizados, o rulos, le circundaban las sienes y la frente. Y era versión popular que, por alguna razón especial, al lado del Chino, que no era mal parecido, resaltaba aún más su belleza.

Abelardo era la tercera generación de una familia china muy querida, asentada en mi pueblo hacía poco más de un siglo. Unos decían que el padre de Abelardo, chino casado con cubana, tenía una cadena de restaurantes en los Estados Unidos, además de ser el dueño de dos grandes carnicerías, una en la esquina de mi casa, la otra en la plaza. Otros, amantes de la prosapia y conocedores de la legendaria colonia china establecida en la capital, desgajada en mi pueblo, queriendo darle un toque linajudo a las historias que se tejían, afirmaban en voz baja que la familia era descendiente en línea directa de la famosa dinastía Hu Chin Tao, proverbiales enemigos de los odiosos y comunes Chi Hun Tao con quienes muchas veces eran confundidos; y que por esa razón se habían cambiado el apellido optando por el Wong, propio de un famoso guerrero entre sus antepasados. Y otros más, dilectos en las artes marciales y guerreras contaban que el abuelo chino afirmaba ser

descendiente de un alquimista integrante del famoso grupo que, en su afán por encontrar el elixir de la juventud, había llegado al descubrimiento de la pólvora en el siglo VIII, y que generaciones posteriores a ese mismo linaje, donde figuraba el Wong, habían inventado el cohete, la pistola y las bombas. A Abelardo Wong, específicamente, no se le conocía trabajo y aparentaba una edad indefinida: las apuestas al respecto fluctuaban entre los treinta y los cuarenta años. También alegaban algunos en el pueblo que tenía poderes sobrenaturales y que podía curar enfermos, así como enfermar a los sanos. Tenía dos dedos de la mano izquierda arrugaditos, guarabeaditos de blanco y cubiertos de cicatrices, como si se le hubieran quemado. Parecían dos guiñapitos. Cachito “el Negro” aseguraba que ése era el precio iniciático del antiquísimo cabildo chino-cubano, Achecheré-Sing, el cual consistía en cortar los dedos índice y del medio de la mano izquierda a sus sacerdotes mayores, remojarlos siete semanas en una tisana de hierbas especiales y de nombres difíciles (que ahora no puedo recordar) y volverlos a colocar en la mano después de secarlos por un número de días bajo ciertas condiciones secretas. “Más no puedo decir -añadía Cachito- me arriesgo a ser excomulgado”. Así, sencillamente pegados, sin micro-operación alguna, sin aguja ni hilo, sin rastros de sutura, como por arte de magia. Cachito, experto en esas materias, y perro faldero de Abelardo, que se las sabía todas, aseguraba que de esa magia emanaban sus poderes. En verdad, a Abelardo Wong, alias el Chino, lo respetaban; aunque nadie se explicaba cómo Océ se había enamorado de él. Inescrutable misterio.

Abelardo tenía dinero. Este interesante personaje de mi pueblo vivía en las afueras, en la calle Habana, un poco después de la Villita Jabón Candado, y un poco antes de la finca de Daniel Alfonso, en una gran casa cuyos terrenos ocupaban algo más de una cuadra, de frente y de fondo, en extensión. La casona era por fuera de mampostería, con dos pisos y medio. Digo medio porque en el tercer nivel habían fabricado un salón en el centro de lo que sería el tejado del segundo piso, rodeado por balcones, o corredores anchos, todos del mismo tamaño a su alrededor, que eran una réplica incrementada de los portales corridos y encolumnados del primer piso. El salón, aventanado y encristalado alrededor, de techo alto y pronunciado, rematado por la canasta

invertida de tejas rojas, típica del tejado oriental, rompía completamente la simetría del resto de la arquitectura. La mansión, vista en la distancia y en su totalidad, se asemejaba más a una torre que a una casa. Precisamente por ello, algunos se referían a esta construcción, inusual en el país y mucho más en un pueblo de cuarenta mil habitantes, como la casa del torreón chino. Para ser sinceros, la casona era una rareza en mi pueblo, y un tópico de conversación casi constante. Y estar en la torre como yo estuve, en una ocasión memorable de la cual hablaré en otro momento, visitando a Abelardo por unas cuatro horas, más o menos.... creo, porque allí perdí la cuenta del tiempo, fue una experiencia inolvidable. El simple hecho de encontrarse allí, disfrutando del ambiente, tanto interior como exterior, fue para mí una especie de aventura maravillosa. Una vez que el visitante se sentaba o reclinaba en sus mullidos asientos y canapés, la vista se colmaba, admirando silenciosamente el arte y el buen gusto que primaban en la decoración del salón, tanto como el oído, rociado con un tintineo casi continuo: una gran lámpara, de delgadas laminillas de bronce, limpias y bruñidas, colgaba del techo, articulando su sonido con el bordoneo del aire, a la vez que reflejaba doradas chispas con los toques del sol. Rodeada de ventanas, en la torre circulaba el aire libremente. Contribuían al escenario idílico de los exteriores, las enredaderas de buganvilia, lluvia de oro, galán de noche, y jazmín que por allí crecían y subían desde el suelo, extendiéndose y abrazando barandas y columnas, muchas de ellas florecidas. Macetones chinos sembrados de gardenias contribuían al decorado y al perfumado ambiente. Debo añadir que unos árboles frondosos, plantados en los terrenos de la casa preservaban la frescura, y salvaban a los habitantes del calor canicular de los veranos interminables. En un rincón de los vastos terrenos de la propiedad, oculto por las sombras, había, vaga reminiscencia del oriente, un pequeño jardín japonés con su correspondiente estanque y flores de loto. Podría aseverarse, sin mentir, que si el interior del salón de la torre remedaba una lujosa tienda árabe en el desierto, copiada de *Las mil y una noches*, el exterior era una visión cercana al paraíso. Si mal no recuerdo en los terrenos circundantes había, por lo menos, dos inmensas ceibas, varios árboles de aguacate, y tres de mango, los más sabrosos que he comido en mi vida. Magdalena, la cocinera de la familia, era

famosa, entre sus muchas virtudes, por la mermelada que hacía con esos mangos, así como por su excelente café, el típico cubano, así como un té, exquisito y único, de flores de loto con sabor a mango. Y...pequeño paréntesis para un curioso detalle: Magdalena fue la primera persona en hacer notar que su mermelada, contenedora natural de fructosa y levemente edulcorada, con su receta especial de miel de purga, bajaba los niveles de glucosa en la sangre. De ahí que muchos diabéticos de mi pueblo trataran de conseguir la mermelada de esta poco famosa dietista natural, excelente por su intuición química y medicinal y por la comprobación de sus productos curativos a través del tiempo.

En el primer piso de la casa estuve varias veces, acompañando a mi padre, quien, en más de una ocasión, ayudó a desenredar algunos problemas legales de la familia, y el lujo era sibarítico. Demetrio Wong, padre de Abelardo, viajaba mucho: a los Estados Unidos por el asunto de sus restaurantes, al resto del mundo por placer, y también por negocios, turbios decían algunos malintencionados. De sus viajes traía también objetos de arte, muebles laqueados, cuadros repujados en plata, y muchas, pero muchas antigüedades, principalmente de Europa, del Oriente Medio y de Asia. Recuerdo que tenían bellezas en jarrones chinos, vasos y mesas de jade, verde y rosado, y de alabastro; mantones de Manila y cojines preciosos de Cachemira; porcelanas y cristales ingleses, italianos y franceses, y demás exquisiteces. A esta casona, usualmente silenciosa, iban personalidades: hombres y mujeres de negocios locales e internacionales y últimamente productores y distribuidores de puros cubanos. La industria del tabaco era la avenida más reciente de las que incursionaba Mr. Wong. Con este intento, y para hacer más fácil y lucrativa esta nueva fuente de ingresos, había adaptado una de las habitaciones de su mansión a salón humidor, adonde concurrían personalidades del jet-set internacional y fumadores adinerados. Allí se exponían y degustaban muestras de los mejores habanos del mundo y se exhibían grandes humidores para la venta. También se vendía la versión del humidor personal, pequeño, en forma de caja de tabaco. Los había de caoba, de ébano negro y de hueso de toro. En ocasiones especiales se abría el salón para ofrecer clases prácticas de corte y encendido, cata descriptiva y teorías sobre combinaciones posibles con bebidas espirituosas para la máxima degustación del producto.

Muchos, pero muchos y variados artículos vendía Mr. Wong, como le decíamos al señor, en tiendas reducidas en tamaño pero grandes en la riqueza de su contenido, dispersas por barrios de la Habana antes del fidelato. Otros objetos quedaban como adornos de la casa. Todo esto se lo dejaron a la revolución pues se marcharon del país en el año sesenta. Después de su marcha tuvieron que acordonar la casa y vigilarla día y noche, porque sombras desconocidas poblaban los jardines desde el anochecer, y a veces se escuchaban sonidos de palas y azadones cavando la tierra. Rumoraban los vecinos que en esos terrenos había tesoros enterrados, y que la casa tenía una serie de sótanos con escondrijos impensados, y almacenes subterráneos que se comunicaban entre sí por medio de pequeñas puertas disimuladas, donde la familia Wong había ocultado sus riquezas a través de los años, y que ahí estaban enterrados los abuelos chinos, momificados, envueltos en telas de hilos de oro, guardando y vigilando sus riquezas, igual que las momias egipcias.

A pesar de ser rico, Abelardo no alardeaba de adinerado. Tenía el don de la poesía, lo que muy pocos sabían. Ximena Flores de Campos, mi vecina del fondo, me contó que doña Rosita (conocida literariamente como Rosa Té... o The), laureada poeta y periodista, respetada entre los grandes de la literatura modernista latinoamericana, directora de una revista literaria y, a la vez, de una de las mejores escuelas de mi pueblo, le comentó, en más de una ocasión, que había leído poesías suyas, muy buenas por cierto. Añadiendo que, el susodicho, iba una vez al mes a una tertulia literaria en La Habana, a compartir la lectura de sus poemas con un grupo reducido y muy selecto, que se reunía en la casa de un tal Lizama o Lezama; contribuyendo con sus propias creaciones y, económicamente, a la publicación de una revista literaria. Espíritu fino poseía Abelardo. También se decía que el tercer piso de la pequeña mansión era para su uso exclusivo. Los escritores que lo visitaban la llamaban entre ellos “la torre de alabastro”, porque las varias mesas, pequeñas, pero de diseños originalísimos, esparcidas por el salón entre divanes y cojines, además de un baño completo, con poceta sumergida, eran de esa preciosa piedra. Allí se encerraba horas y horas, en algunas ocasiones, cada cierto tiempo, quizás para darle salida a la inspiración, tal vez deprimido. En verdad no se sabe. Lo cierto es que, cuando

tenía sus crisis, en la torre pasaba horas, sin comer, a veces adormilado, tal vez opiado, entre libros, plumas y papeles, y rípios de lectura ilegible a su alrededor, arrugados, en el suelo o en las mesas. De ello daban testimonio las sirvientas que hablaban más de la cuenta. Abelardo era neurótico, y a veces un halo de hipochondría le ensombrecía el corazón. Así era en la época que yo lo conocí, después cambió...con el tiempo. El tiempo, escultor de vidas. El tiempo tiene manos de escultor.

Ni Norma, ni Marta, Sonia, ni Carmita, Emma, ni Orietta, Maria Laura, Fefa, Merceditas, Mercy, Nenita, ni Rosita, asiduas asistentes a las fiestas del grupo de “El Globo”, ni otras chicas, también atractivas y simpáticas, llamaban la atención, ni despertaban el interés de Narciso y Dionisio. Ambos, sin comunicárselo entre sí, no despegaben los ojos de Oce.

Oce era hija de los Sánchez, gente muy querida de mi pueblo. Los hermanos Sánchez, Fidel y Fidelia, habían heredado de su padre una gran ferretería, localizada en la calle Real. Allí ambos trabajaban, ayudados por dos empleados, y a veces por sus respectivas hijas, todas mujeres, ningún varón, que ya estaban crecidas. Fidelia, viuda, vivía con Oce, hija única, en los altos del negocio, piso grande, que compartía con su hermano, su esposa y su prole. Las primas de Oce, Florencia y Sílfide, eran todo lo opuesto a sus hermosos nombres, ni agraciadas, ni dulces, ni simpáticas. Sin embargo, ello no obstaculizó para nada la vida del clan, que se deslizaba felizmente, en un mar en calma, en armonía. Vivían bien. Irónicamente, el triunfo político del fidelismo fue el acabose. La revolución destruyó de un fagonazo, y de manera definitiva, los lazos del cariño, la confianza y el respeto en muchas familias y especialmente en ésta. A partir de los sesenta hubo siempre, hasta que pusieron distancia física entre ellos, guerra declarada. Guerra declarada de la que mucho se habló en mi pueblo, la que se contará en otro momento.

A pesar de que Abelardo siempre tenía atenciones con Fidelia, ésta se oponía a la posibilidad de un noviazgo. Este hombre le inspiraba una desconfianza profunda. Cuando lo comentaba con su hermano, a quien no le desagradaba del todo el enamorado, y a quien consideraba un buen partido, lo único que le venía a la boca era en su contra. Y repetía, como un mantra, algo de lo siguiente, o todo a la vez: “No me importa que sea rico; no creo

que sea el hombre para ella. ¡No la hará feliz! No confío en él”. El hermano le replicaba, eres muy injusta, les estás desgraciando la vida a los dos. Y Fidelia, de nuevo con el sonsonete, y para cerrar: “Puedo ser injusta, pero soy sincera”. Ocelinda, por su cuenta, engañaba a la madre, negándole que existiera nada entre ellos más que una buena amistad. De ahí que se encontraran en la calle, o en las fiestas, adonde iba con sus amigas, sin que la madre sospechara la relación que hacía largo tiempo se estaba gestando y fortaleciendo.

Nunca se imaginó Fidelia que la historia impondría, a partir del año cincuenta y nueve, profundos cambios en los planes de la vida, en el cómo, el cuándo y el porqué del viajar, y en el dónde trabajar, vivir, y morir. Estilos de vida, y fórmulas nuevas, que incluían lugares y circunstancias totalmente diferentes a los acostumbrados se concretaron de repente ante los ojos asombrados de todos los que pensaban que eso podía pasarles a otros, menos a ellos, y ocurrir en cualquier lugar del mundo menos en su propia tierra. La separación de los enamorados ocurrió sin que Fidelia tuviera que mover un dedo. Bueno... más o menos. Abelardo se fue con la primera camada. Tuvo que marcharse con el resto de su familia, prometiéndole a Oce que la mandaría a buscar. Para entonces Abelardo había cambiado su estilo de vida. Salió de su limbo de irresponsabilidad y apatía y se entregó junto a su progenitor al manejo, y más que nada a un afán perentorio de salvamento de los negocios familiares, convulsionados y en peligro de ser arrebatados por los embates del tsunami revolucionario. El viaje se hizo para España, donde establecerían un negocio, en el mayor misterio y con rapidez, pues era altamente comprometedor que lo supieran. En el último año de Batista padre e hijo trataron de sacar la mayor cantidad posible de sus riquezas del país. Después, burlando las medidas del gobierno revolucionario para conservar las divisas y evitar la fuga del capital. Innumerables veces, a través de los negocios que el padre hacía con el exterior y utilizando todos los contactos posibles. Para dejar más en firme la relación, Abelardo y Oce contrajeron matrimonio por lo civil, contando con casarse por la iglesia en el extranjero. Sí le regaló a la amada, antes de irse, dos recuerdos familiares: un collar de perlas barrocas y un espejo con marco de plata repujada. Mala suerte le trajeron las perlas porque se multiplicaron en lágrimas,

casi instantáneamente; lágrimas vertidas por la interminable serie de separaciones y golpes de nostalgia preludiados por Abelardo. Y en el espejo se contemplaba, grandes ratos, buscando la cara del amado, o respuestas a las incertidumbres de su alma. ¿Quién sabe? Y Fidelia, por detrás, empecinadamente continuaba, con quien fuera, lejos de los oídos de la hija, con ronroneos gatunos, socavando las bases de la relación entre Inocencia y Abelardo.

Muchísimas personas se fueron de mi pueblo. Empezó con los abogados del Bufete Planas, las seis hijas del médico Mochín, él pudo salir un año después; el juez Goyate, los Sánchez, los Regalado, los Boyer y muchos más. Lo que había comenzado con el éxodo de algunas familias, continuó con la violencia de un río cuyo torrente se vuelca al mar con intenciones de vaciarse, transformándose con los años en un hilillo, que con la constancia de su fluidez se empeñó en continuar la tarea de vaciado.

Narciso y Dionisio, mientras tanto, con el pretexto de la amistad y para aliviar la soledad de Oce, procuraban acompañarla y la visitaban a menudo tratando de mantenerse al tanto de su vida. Sin embargo, y sin que se percataran el otro, ni los otros, trataban de conquistarla. Disimuladamente, desde siempre, le hacían regalos, intentando ganarse su atención: bombones, libros, hebillas para el cabello, pañuelos finísimos, de cabeza, así como la variedad ya tan fuera de uso, utilizados para absorber exudados nasales y lacrimosos, comprados en El Encanto, antes del fidelato; y después, cuando se conseguía algo, lo que fuera, desde cubiertos impares de plata hasta un poco de pintura, manteca para freír o la “teta” de una cafetera. La bella Inocencia, por su parte, se sentía atraída por los dos jóvenes y cada vez se sumergía más en la ciénaga de la confusión ya que Abelardo se mantenía en contacto con ella como el primer día, y se preguntaba cada noche, cuando en medio de su aturdimiento trataba de conciliar el sueño, como la Marcela de la comedia española, a cuál de los tres amaba. ¿Ocurriría algo entre Ocelinda y uno de los chicos? ¿Caería Oce por soledad, nostalgia, por comentarios negativos de la madre hacia Abelardo, o por pura atracción sexual? Algunos dicen que sí. Se habló hasta de un aborto provocado, cuando hallaron un feto en la zanja del parque, envuelto en un pañuelo finísimo con etiqueta de El Encanto, atado con cintas rosadas, enredadas entre desgajadas mariposas blancas.

Se complicó grandemente la salida de Oce del país, a pesar de todas las gestiones del esposo en ausencia. Algunos decían que ella misma la retrasaba. A los dos años, con muchos esfuerzos, y por terceros países, Abelardo vuelve a la isla para investigar de primera mano los rumores que le llegaban, con la idea de convencer a Oce y gestionar desde allí su partida, costara lo que costara. Forja un plan con la ayuda de un personaje del gobierno pagando una suma exorbitante y regresa a España, donde había establecido un casi floreciente negocio de puros cubanos. Al fin logra su salida.

Fue en una parada, en Berlín, destino final Rusia. En un vuelo Habana Moscú, con motivo de un intercambio estudiantil entre Cuba y la Unión Soviética cuando, la que nunca llegaba, escondida en los servicios del aeropuerto por un contacto muy bien remunerado, y sacada de los sanitarios en un carrito de paños, frazadas, líquidos desinfectantes e instrumentos de limpieza, fue transportada a un camión que hizo el recorrido hasta Madrid, con sólo las paradas imprescindibles para satisfacer las necesidades esencialísimas de alimento, combustible y físicas, y entregada, en su destino final, a su esposo, el amoroso y persistente Abelardo. El Chino, preparado para recibirla, la alojó en un apartamento bastante bien montado por el Parque del Retiro, muy cerca del Museo del Prado.

Mentiría si les dijera, amables lectores, que comieron perdices y fueron felices. Todo lo contrario. No fueron suficientes el amor ni los halagos de Abelardo para contentar a Ocelinda, quien pronto justificaría su tristeza y laconismo por el distanciamiento de la madre. No tardó el Chino, antes del año, en reunirla con su progenitora, pero eso no bastó. La mirada nublada de Oce se hacía más hosca cada día, aun cuando lucía costosas joyas y vestidos de diseñadores; y los viajes a París, Barcelona y Londres, donde Abelardo tenía amistades y socios de negocios se hacían más frecuentes. Nada prendía la chispa de su sonrisa, ni de su mirada. Ningún motivo encontraba Abelardo que iluminara sus ojos. La armonía preciosa en su faz de muñeca habladora, gesticulante, alegre y perspicaz, se difuminaba como una pintura antigua excesivamente expuesta a los estragos de la luz, del sol, y del tiempo. Si hubiera contado cómo se sentía, hubiéramos sabido que en el fondo de su corazón y su cerebro había dos

pequeños nichos vacíos, imposibles de ser ocupados por nada ni por nadie. Gran secreto, que no le comunicó ni a su madre. Sólo le interesaba recibir cartas de su pueblo. Se las leían y parecía prestar cierta atención. Muchas veces la engañaban, contándole cosas que no eran ciertas, ocultándole situaciones tristes y desesperadas para no contribuir a su depresión. Sí sabía de siempre, por personas que llegaban, ya que las cartas nunca han podido ser tan explícitas, los esfuerzos de Narciso y Dionisio por salir del país. Sin embargo, sabían Abelardo y Fidelia por la misma vía, aunque se lo ocultaban a Oce, los trabajos que éstos pasaban, y que Narciso había estado preso. Una de las últimas cartas había llegado a su poder sacada de la isla por una persona de visita en España, y cumpliendo el pedido de entregársela a Abelardo en su propia mano, contaba un episodio reciente sobre los amigos: que a Dionisio y a Narciso se les había presentado finalmente la oportunidad de salir del país, que alguien trató de enredar a Narciso involucrándolo en conversaciones comprometidas y que lo logró; que fue acusado y perseguido por la seguridad del estado, que le arruinaron el viaje, y tal vez la vida. Que Dionisio había renunciado a su salida por no dejar solo a su amigo. Cuenta el portador de la carta que se habían ido los dos del pueblo, huyendo a la orden de detención de Narciso, y por unas semanas no se supo de ellos. Algunos decían que venían a horas extrañas a la casa de las mariposas. Cuando se enteraron de la noticia, Abelardo y la madre decidieron no mencionarle la misiva a Oce con el fin de proteger su salud física y mental. La carta, escrita medio en clave para evitarle problemas al mensajero, se transcribe a continuación en función de su relevancia y como documento histórico de los tiempos:

“Dr. Fu Manchú: Querido médico chino, ojalá todos estén bien. Unas pocas líneas que la bondad de este conocido hará llegar a sus manos para ponerle al día sobre sus amigos, sus gatos siameses, y demás objetos de cristalería dejados a mi cuidado. El lavapomos musical y su pana, con quienes compartimos tan buenos ratos, estaban listos para irse con ustedes. El Cachitopolo interesado en los pomos hizo algunas gestiones con razón de conseguir más recipientes de cristal, que no es fácil. Por supuesto que el pomero se disgustó por la insistencia y lo inapropiado del momento. La cosa se puso fea, la casa se incendió y los pomos se

rompieron. Los siameses aparecieron en el agua, abrazados entre las mariposas. Qué pena. Los amigos unidos como siempre. La oficialidad reporta que han salido por el mar. Avísele a la Tebal-di. Cuando pueda mándeme las medicinas. Gracias eternas. Los recuerda Armando”.

Sin que se lo dijeran Océ adivinó la tragedia. A partir de entonces perdió el apetito y le dio por desvanecerse. Llegó a tal punto que se negó a salir de la casa. Primero se recluyó en su dormitorio y después se refugió en su cama. Todo esto coincidió con un período de rarezas. En la habitación empezaron los suicidios de frascos y vasos que se lanzaban al aire y caían al piso con estrépito; se disparaban las puntas de los lápices, y los papeles... ¡ay! los papeles... con ínfulas de aves, se elevaban y salían revoloteando por la ventana. A ellos se unió un día la pequeña alfombra frente a la cama, que, voladora, se escabulló entre las persianas, detrás de unos pajarillos asustados en desbandada, en centelleantes piruetas elípticas hacia el cielo huyéndole al jardín. Ningún médico encontró razones físicas para explicar su conducta de enferma. Perdió en pocas semanas la gracia y agilidad de sus movimientos corporales. Adoptó un estado casi permanente de laconismo, del cual salía cada vez con menos frecuencia, emitiendo murmullos sutiles como el susurro vagaroso de la seda. Se le oyó murmurar en más de una ocasión: “venimos de una fábula y tenemos que regresar a ella”. La luz de su espíritu parecía atenuarse un poco más cada día. Era una luz agonizante. Languidecía. El tejido del tiempo se le escapaba entre los dedos. Se deshacía por minutos como un tapiz podrido. Se desleía... Se fue convirtiendo en algo borroso e impreciso. Y llegó el momento en que se evaporó... y se deslizó... polvorosa... como un suspiro en sombras por la ventana. Lo último que se percibió fue el vislumbre de sus pies, que cual dos palomas grises se alejaron aleteando hacia el firmamento. Al fondo se escuchaban los gritos enloquecidos de Abelardo y de Fidelia. Así me lo contaron.



Les Musicantes, 1972. Eladio González

LECTORA DE FAQUIRES

*...la realidad no es más que un material,
y la memoria, materia prima que el lenguaje tiene que
desmenuzar.*

Todo lo que tengo lo llevo conmigo.
Herta Müller.

*Una flor de agua para el pubis de la niña,
una flor de castrada soledad para la solapa del tirano,
flores blancas y redundantes para el amigo.*

Retratos de la florista (Fragmento).
Sonia Díaz Corrales.

-1-

He reído mucho, he cantado y bailado, he dado vueltas por todas partes. Sola o acompañada. Conozco todos los estilos del llanto, el complementado con lamentos, con sollozos entrecortados, y el de suspiros profundos y silenciosos. Posiblemente estas experiencias lagrimales sean las más provechosas. Nos ayudan a aceptar y comprender mejor los avatares de la vida. Ganamos sabiduría. Mas, qué surcos profundos cavan las lágrimas en el alma. Y ¡cuánto ayuda el tener una buena y fiel compañía a nuestro lado! A través de mi vida he cultivado la amistad como si fuera un arte. Y me he dado cuenta, con el paso del tiempo, de que hay tres categorías. A la primera se suscriben las personas que dan y se conforman con recibir lo elemental, amigos a secas, o simplemente amigas. A la segunda le anteceden los calificativos buen, o buena. Y para la tercera son indispensa-

bles, después del término que define esta relación, epítetos concordantes con el género, tales como íntimo, querido, entrañable.

El personaje principal, sujeto de esta historia, llegó a ser mi amiga. Conocí a Jackie hace más de quince años en una gran ciudad del norte. Era entonces de mediana estatura, ojos claros, cabello castaño, lacio, trigueñita lavada que exhalaba un perfume limpio, como a jazmín, limón o violetas. La vi por primera vez en una clase de español. Esas clases que se ofrecen los sábados, o entre semana, después de las cinco de la tarde, a estudiantes que deben cumplir con una jornada de trabajo semanal durante el día. Trabajaba entonces en un taller donde confeccionaban trajes de novia. Su especialidad, según me fui enterando, era hacer flores, en ramos ornamentales o para adornar un vestido. Las hacía con papel crepé, seda, tul o raso; y también las bordaba, salteadas de perlas y piedras del Rin, sobre encajes y velos, colas y demás aderezos típicos de una corte nupcial. Además, cubría unas horas más de trabajo, algunos fines de semana, en un restaurante italiano, favorito de Al Capone y otros mafiosos del siglo pasado, cerca de la universidad donde estudiaba. Allí era la encargada de hacer los adornos florales, además de recibir a los comensales, a quienes atendía con gran esmero.

Estaba, en ese entonces, en el segundo año de *College*. Su nombre, según aparecía en mi lista de clase era Yakelin M. Asperkoff, pero muchos la conocían por Yaki o Jackie. Era una estudiante más, en clases de composición y conversación. Hablaba inglés con un acento leve, y un español pasable, que trataba de pulir lo más posible, sobre todo cuando asistía a mis clases o hablaba conmigo. Después supe que dominaba el ruso también. A veces la veía con alguien del pequeño grupo de estudiantes soviéticos, que en esos momentos asistían a nuestro centro docente. A medida que empezó a sentirse en confianza conmigo se acercó poco a poco, y me contaba cosas. Así fue como me enteré que había venido becada en programas especiales, subvencionados por la comunidad judía del área metropolitana de la ciudad y sus alrededores, que le consiguieron el hospedaje y las comidas, al igual que hacían con otros estudiantes rusos en situación semejante... Pensé, una rusita más. Y, sin darle mucha importancia, me preguntaba... ¿Dónde y cuándo aprendió español?

Para esos cursos de Gramática, Composición y Conversación,

que duraban un año, se trazaba un esquema a seguir por el estudiante que irradiaba a partir de la semilla inicial del ¿Quién soy yo? y ¿Cómo ha sido mi vida?, hasta llegar a cuáles son mis planes, adónde intento llegar y cómo pienso hacerlo. Se ha comprobado, pedagógica y psicológicamente, que utilizando el recuerdo, la introspección y la proyección hacia el futuro, se crean paradigmas, proyectos de vida, posiblemente realizables. Esos esfuerzos, enfocados hacia una dirección determinada, y con metas posibles, influyen positivamente en el aprendizaje, en este caso, de un lenguaje. Mis responsabilidades en el Departamento de Idiomas, como Profesora, incluían el manejo y la organización de las grabaciones y composiciones de cada estudiante; su revisión y evaluación como parte de la nota final. En el proceso de abrir espacios para los nuevos expedientes, encontré la ficha de Jackie, y los rescaté para dárselos. Ya para entonces había comenzado nuestra amistad. “Son parte de la novela de tu vida”, argüí, medio en juego. No los quiso. “Todas las vidas tienen algo de novela. Guárdelos usted, y se los da a mis hijos... cuando los tenga, si los llega a conocer...” Así me replicó, entre triste y burlesca, restándole importancia. Y dimos por terminado el asunto. Todavía no me tuteaba.

Guardé unas pocas composiciones como recuerdo, en sus versiones finales, ya corregidas, y todavía las conservo. Enligadas han estado por años, en un paquete que continuó creciendo, igual que nuestra amistad, engrosado con algunas postales, y cartas más recientes, algunas electrónicas, entre fotos y otras remembranzas. Llegó a ser una amiga entrañable. Quizás desde la primera vez que se cruzaron nuestras miradas quedamos clavadas en una historia de vida. Aunque no hablamos de ello al principio, ambas intuimos que compartíamos experiencias de origen y circunstancias. Llegamos a compenetrarnos a través de los años. Ella, como yo y muchos más, vivimos de memorias, de evocaciones cercanas o remotas. Escribimos de recuerdos, reminiscencias de esta vida, y tal vez de otras. Somos espíritus perdidos, extraviados en un desasosiego que pudiera ser perpetuo, y al que intentamos poner un orden por medio del pensamiento y la palabra escrita. Inconformes, desplazados, desarraigados, vagamos de un punto a otro, buscando nuestro sitio en el espacio adecuado, quizás en estas páginas.

Hoy me encuentro, igual que en los últimos meses, siguiéndole el rastro a mi querida amiga, buscándole una justificación a su trayectoria. Y en el empeño de revivirla en mi recuerdo, intentando exorcizar fantasmas del pasado, repaso las huellas escritas de su vida y transcribo una de sus primeras composiciones: *Recuerdo de pequeña a mi familia, a mi madre, con sus ojos verdes. Mi padre lucía bien y entonces me parecía muy alto. Residíamos en la casa de mi abuela paterna, Aurora Clara, viuda, mujer fuerte, de voz y de carácter, que le hacía honor a su segundo nombre, en todos los sentidos, como decían los que la conocían. Tuvo dos hijos, uno de ellos mi padre. Y el otro, una mujer, mi tía: Socorro de la Caridad. En la casa vecina, que se comunicaba con la nuestra por el patio, vivía la tía Socorro, viuda de un militar que había perdido la vida en una guerra fuera del país. Después aprendí que eso era frecuente. Los hombres, y también las mujeres, a veces se iban, o desaparecían, y no se oía más de ellos. Ni se podían mencionar. Como si nunca hubieran existido. Con la tía Socorro vivían sus dos hijas: Yamira y Yoselia, las otras terneritas de la casa, como decía mi abuela. Los juguetes estaban escasos y la leche que tanto me gustaba, también. Cuando fui entendiendo mejor las cosas que pasaban a mi alrededor noté que no me iba tan mal. Era la más chica de los cuatro niños que compartíamos la cuota de alimentos: mi hermano Usmel, el mayor de todos nosotros, y mis dos primas. A mí me duró la cuota de leche más que a ellos. Tanto les gustaba que siempre los regañaban porque se tomaban, a escondidas, la porción que a mí me tocaba. Estaba racionada por la libreta, me dijeron, algo que no entendía. Recuerdo que los mayores, cuando alguien de la familia protestaba, trataban de quitarle importancia a lo del racionamiento. “Algún día podrás tomar toda la leche que quieras”, me decían. ¿Y cómo? Pensé por varios años, creyendo que lo de la cuota era una ley natural en todos los lugares del mundo. No sé cuándo me di cuenta de que mi madre hablaba diferente a los demás. Recuerdo que me decía cosas a veces, y me cantaba, cuando yo era bien pequeña, casi susurrando, con palabras que no entendía, pero me llevaban al sueño, y me sentía a gusto entre sus brazos. Es la mayor felicidad que recuerdo de esos años.*

También trataba de enseñarme su idioma. Quería que pudiera entenderme con mi otra abuela cuando la fuéramos a visitar.

Por sus composiciones, detalles grabados en entrevistas, y conversaciones de experiencias vividas, supe que la madre de Jackie era rusa. La niña vivió en la capital de la isla donde había nacido, hasta que salió del país con su madre, a fines de los ochenta, calculo yo, en lo que inicialmente sería una visita a la familia materna. La M era la primera letra del apellido del padre, usado como inicial, legalmente, desde que llegó a la tierra de su madre. No volvería a la patria. El padre tampoco. Le dijeron que murió en una guerra de guerrillas, en el Congo, unos años más tarde. Nunca lo pudo confirmar. Jackie recordaba de la isla visitas a la madrina de su padre que vivía en un vecindario cerca del mar. Allí la llevaba la tía Socorro con su hermano y sus primas. De esa casa, quedaron en su memoria pequeñas habitaciones con altares y muchas flores. Olores a incienso y ron, maíz, frutas, platos con comida, y botellas de aguardiente, abundaban en ofrendas a los santos. Recordaba especialmente el altar de un santo con el cuerpo lleno de úlceras, lisiado, con un cayado y un perro; y el de una virgen vestida de rojo, con corona de oro, muy cerca de una torre, que murió a consecuencias de un rayo. Y otra, vestida de blanco, con un manto largo, azul, que parecía flotar en el aire sobre un bote, con tres remeros arrodillados en pose de adoración. Esta última, era la razón primordial de las visitas de la tía y el foco de su atención. Por una promesa de la abuela, la tía llevaba, en agradecimiento de su vida, el nombre de esa virgen. Y al respecto relata, en otra de sus composiciones: *Y en esos mismos patios, también escucho, en las fiestas, los toques de tambor. Y visualizo, claramente, los cuerpos contorsionados y sudados, de hombres y mujeres, siguiendo el bumbúm rítmico y a veces desesperado de esos instrumentos de percusión. El tuntún de esos tambores me retumbaba en los oídos. Y, desde niña, ese sonido era algo magnético, que me atraía y me sugestionaba. Obligándome a retorcer la cintura, mover hombros, brazos, caderas, pies; y siguiendo el ritmo, unirme a los que bailaban como si fuera una de ellos. Totalmente hipnótico. Me sentía poseída. Como si no fuera yo. Igualmente les pasaba a mis primas. Y más adelante añade: Mi abuela le reñía a la tía cuando se enteraba que habíamos estado allá. Nunca entendí por qué no le gustaba*

que visitáramos la casa de Madrina, especialmente durante las celebraciones. La abuela y la tía también les prohibían a mis primas, cuando ya eran jovencitas, que fueran al muro frente al mar, y mucho menos de noche. Allí va mucha gente joven. Mis primas se iban escondidas, sin que ellas lo supieran. La abuela, cuando las veía con intenciones de salir, les advertía: “Pórtense bien, no quiero que anden de saltarinas, ni de pirujas, por el muro... ni por ningún lugar. ¡Seriecitas! Ellas le replicaban, muertas de la risa: Ni te preocupes ‘abue’, por ahí no vamos nunca. Y le mentían. Yo fui alguna vez con ellas”.

-3-

La madre se la llevó a su tierra de visita, así le habían dicho, porque su abuelita rusa era ya bastante mayor. Estaba enferma. Quería ver a la hija y conocer a la nieta. Lejos estaban de imaginarse, entonces, que la *mamushka* viviría unos cuantos años más. Y también le dijeron que allá, muy pronto, se reunirían con su padre y su hermano. “En verdad es mi medio hermano”, me aclaró Jackie en algún momento, “siempre lo he extrañado y quisiera algún día poder abrazarlo de nuevo”. “Si Usmel hubiera sido mi hijo, me hubieran permitido traerlo con nosotras”, recordaba que le dijo la madre más de una vez. Y esas palabras, por alguna razón, siempre le hacían pensar a Jackie que entre los planes de la madre, cuando salieron, no estaba el regreso a la isla. Y así fue. Del padre no se supo más. De acuerdo con los informes oficiales había desaparecido, en un ataque entre guerrillas, en un país africano. Con el tiempo asumieron que estaba prisionero, o muerto, o que había logrado huir y por el momento no le convenía dar fe de vida. Las solicitudes de permisos de visita de la madre para volver ambas a la isla, y los reclamos de Usmel para visitarlas en Rusia, les fueron denegados siempre. La desaparición del padre levantó sospechas, marcando la suerte y la vida de la familia, afectando igualmente a los que salieron y a los que se quedaron.

Transcribo otro de sus ensayos, valioso en cuanto a esta nueva relación con un paisaje extraño y con la otra rama de su familia, desconocida hasta el momento: *El clan de mi madre, por generaciones, había vivido en Svaneti, una región al norte de Georgia, localizada en las alturas del Cáucaso, cerca de la frontera rusa*

al norte, y el Mar Negro al oeste. Allí viví por unos años. La familia directa era reducida, pero venía de una tradición muy antigua en esa misma zona. Mi madre sólo tenía un hermano, casado pero sin hijos. Yo era la única niña en la familia, y mi abuela, aunque de apariencia algo hosca, guardaba un profundo amor hacia mí, el cual expresó ampliamente en varias oportunidades. La mamushka era muy habilidosa. Entre las muchas destrezas aprendidas de ella, dos fueron muy importantes para mí: hacer flores y preparar perfumes. Esas habilidades innatas fueron cultivadas y mejoradas por generaciones en mi familia materna. Con cualquier pedazo de papel, coloreado con tintes de la naturaleza, mi abuela hacía flores divinas. Y por medio de herviduras y maceraciones misteriosas, con polen, jugos y pétalos de flores, raíces, helechos y musgos poco conocidos, oriundos de la región, lograba fragancias exquisitas. Mi abuela rusa, redonda y grande, olía a flores, y mi madre también, desde que llegamos allá. Pero me impactaron, sobremanera, las marcadas diferencias entre la gente y el paisaje de allá, y el de acá. Todo era absolutamente distinto al país donde había nacido. El único lugar que conocía hasta entonces. Y de repente un día, empecé a darme cuenta, en conversaciones con mi madre, que estábamos creando una nueva conciencia de lugares: el acá, nuevo y diferente, misterioso y desconocido; el allá, lejano, perdido, inexplicable, indescifrable: oíamos historias de violencia, pero nunca sabíamos con certeza qué estaba ocurriendo. Y con estas reflexiones comienzo a darme cuenta, en este instante, que ahora ocupo en este país un nuevo “acá”, y que mis “allá” se han duplicado. Y se complican cada día más. ¡Eso me hace infeliz! Enfrentarse a códigos diferentes de la realidad, nos obliga a aceptar que hay mundos distintos, y diversas maneras de percibirla y de acercarse a ella. Esa necesidad de pertenecer nos lleva a un proceso de ajuste constante y agobiador.

Para añadir un nuevo hito a la historia de su vida durante su estancia por aquel país, Jackie me contó que en las laderas de esa inmensidad montañosa, en un minúsculo poblado de persas, existía una pequeña colonia de derviches y faquires. Allí se habían establecido desde tiempos inmemoriales. Se dedicaban al retiro espiritual y recuerda, como algo muy especial, que cantaban y repetían frases de un filósofo bengalí, poeta místico y

sabio, Lalon Shah, también faquir, original del distrito de Kus-hia, hoy en día Bangladesh. Más de una vez escuchamos juntas las grabaciones de las canciones de Lalon, que según me había explicado eran de un elevado misticismo. Entre acontecimientos interesantes de su estadía en esa región, donde hay material para otra historia, se destaca el hecho de que el hermano más joven de la abuela, por razones casi inexplicables, vivió siempre en esta pequeña y antigua colonia de faquires. Allá iba Jackie con la *mamushka*, por cortas temporadas. Bien se encargó la abuela de enseñarla y guiarla en lecturas y cantos, acompañadas del sonido de flautas, chascas, mandolinas y otros instrumentos musicales apropiados para estas actividades.

De esa época también recuerda a un grupo de turcos, establecidos desde mucho en esas montañas, y destaca, entre ellos, a los kurdos, quienes recientemente se habían unido a esa comunidad. *Recuerdo que para mí eran iguales, los kurdos y los turcos; pero, tan pronto como la abuela se dio cuenta de mi error, me alertó: ¡Cuidado! que no son iguales, y tampoco aceptados allá en Turquía; aunque aquí toquen juntos, y vivan en armonía. Hablaban mucho de su tierra, la región de la Capadocia y Anatolia. Para mí era algo maravilloso verlos cantando, bailando, y tocando sus instrumentos, entre los que recuerdo uno llamado bağlama, parecido al ukelele. Alguna vez traté de tocarlo, y me uní a ellos en sus cantos y movimientos corporales. Insistían en su antigüedad, encontrada en excavaciones sumerias de cuatro mil años atrás. Y en la teoría de que su tono musical era de cuatro golpes. Aunque en mi vida anterior había estado expuesta a la música, considero que estas nuevas experiencias fueron decisivas en mi orientación marcadamente melódica, sin duda alguna, a partir de entonces.*

En esas temporadas pudo practicar la lectura, y continuar la tradición de su abuela como lectora de faquires. Han pasado los años y todavía resurgen en su memoria, fluyendo suavemente, como un sonsonete, letárgicas y repetitivas, las canciones de Lalon.

-4-

“Las horas nocturnas fueron las más difíciles durante los primeros seis meses. Mi madre se volvió sonámbula. Se despertaba

por las noches, clamando por agua y por luz”. Me contó Jackie en una de nuestras conversaciones. “La *mamushka* la abrazaba y, suavemente, la retornaba a la cama. Oía cómo la abuela le conversaba, tratando de calmarla. ‘¿Qué buscas?’ -le preguntaba. -‘Busco la luz y el agua. Busco una casa con luz y con agua. Y no puedo encontrarla’ -le contestaba ella”. Jackie, por su parte, extrañó siempre el cocodrilo dormido de su isla. A veces tenía sueños de una claridad transparente: soñaba que estaba allá: caminaba por sus calles y veía las carretillas, no medio vacías, como en tiempos de escasez, sino rebosantes de frutas y viandas, y hasta oía los pregones de los vendedores callejeros, como cuenta en el siguiente fragmento: *En sueños, vi una vez claramente a Aníbal, un primo de mi padre, carretillero, que me regalaba platanitos manzanos, cuando los tenía, y mariquitas. Soñé, en más de una ocasión con Cecilia, la manisera, parada frente a un pequeño cajón, donde mostraba su mercancía: cucurucho en la mano derecha, sombrilla medio rota, de colores vivos, en la mano izquierda, zapatitos de tacón y sombrero de paja, despachurrado, adornado con una flor de mariposa, marchita. Medio loquita ella. Ni en los peores días le faltaron la sonrisa perenne y el entusiasmo, cuando cantaba anunciando su mercancía: “manisero llegó....caserita no te acuestes a dormir, sin comer un cucurucho de maní”... y “manisero se va....” mientras se alejaba. Asustando a veces a sus seguidores, al encarárseles, y gritar de repente con voz de soprano: ¡Yo soy Cecilia Valdés!... Y, cuando despertaba, volvía a la realidad invernal del frío casi perenne, las ventiscas y la nieve. Cuando abría la puerta y me enfrentaba con el paisaje, de repente me daba un vuelco el corazón, y volvía de un tirón congelante a la realidad: la ciudad de torres medievales y montañas inmensas. También vuelven a mi mente, con agrado, temporadas cálidas, el olor a incienso de resina, a la miel de abejas, y a los khinkalis de la abuela, buñuelos, especie de frituras acampanadas rellenas de carne y queso. Cierro los ojos, y puedo ver, con la mirada del pensamiento, a los pastores en las montañas, y los campos, completamente florecidos de tulipanes salvajes. Recuerdo con tristeza y asombro inusitado, la celebración de “la Lamproba”, en “el ormotsi”, cuando se cumplen los cuarenta días de la muerte de un ser querido. Los ritos funerales de vecinos, parientes, y especialmente el de la*

mamushka: bailes y fogatas en el cementerio, velas encendidas en los cuernos de un toro, y alcohol, rociado copiosamente sobre la tumba. Emocionantes, perturbadores: los bailes, las velas y el vodka. Asociaba todo ello con el ron borboteante, vertido a chorros sobre el cuerpo y la cara de los dolientes o celebrantes, con la caída al suelo, en estado de trance, y la posesión espiritual en los bembés. Y como brebajes: el ron y el vodka, néctares, elixires efectivos para la comunicación con los seres del otro mundo: los muertos y los santos.

Se interpolaban en la narración de Jackie los rituales mortuorios en el velorio de la *mamushka* con los recuerdos de la abuela cubana, ya viejecita; con los bailes de santería en la patria y las ceremonias espirituales. ¡Qué historia surrealista! Así lo pensé cuando la leí por primera vez, y lo comenté con ella en nuestras conversaciones: Todo está conectado en el mundo, y tal vez más allá, en el universo: santería, cabildos, bembé... claves y toques. Obatalá, Ochún, Yemanyá, Babalú Ayé, el mundo africano en la isla, y puntos comunes en ceremoniales de muertos y santos en otro confín del planeta. Los cuatro golpes musicales del ritmo de la *bağlama*, los turcos y los kurdos. Y presente en todos estos acontecimientos la espectadora: Jackie, centro, eje y coyuntura: donde se conjuga, y a partir del cual irradia toda esta historia.

-5-

Las percepciones espirituales de Jackie y su sensibilidad para establecer paralelismos y contrastar diferencias culturales eran asombrosas. Nos mantuvimos en contacto siempre. Pensé que regresaría a su país de origen, aunque fuera de visita, tan pronto como terminara sus estudios. En su mente revivían sus familiares, y así lo hizo constar siempre, por escrito o verbalmente: “Sueño con ellos y conversamos. También lloramos”, me decía. “A veces los veo cuando me miro al espejo. Los he visto a todos, uno por uno, detrás de mi imagen. Sus miradas enfocadas en mí, enroscadas con la mía”. Cada vez que podía se comunicaba telefónicamente con ellos. La añoraban y no se conformaban con la separación. El hermano, ya médico, se sentía vigilado y disimuladamente, con palabras encubiertas, le pedía que fuera. La situación de la tía Socorro, según me había contado últimamente,

la preocupaba. Por carta que llegó a sus manos, gracias a una visitante a la isla que compartió con sus primas, supo de ellas. La tía, a quien últimamente le había dado por ir a misa los domingos con sus amigas vestidas de blanco, había sido atacada por una brigada callejera. Como consecuencia fue acusada de loca, y se encontraba internada en un hospital psiquiátrico donde le aplicaban electrochoques. Varios de sus amigos estaban encarcelados. De estos últimos tiempos recuerdo que me comentó sobre su tierra: “Las imágenes que me vienen a la mente, despierta y en sueños, son semejantes a una presentación de diapositivas. En forma de *flash* veo, con los ojos abiertos, o cerrados, un manicomio, una prisión, las arenas ensangrentadas de una playa y el mar”. Jackie sufría, tratando de encontrarle una solución a su conflicto. Y no hallaba la forma, ni las palabras, para entender o cambiar sus circunstancias, su destino, su historia de vida. Intentaba de mil maneras explicarme, y explicarse a sí misma, una razón por la que no podía volver. Y nunca la encontraba.

Regresó al país materno preparada para ganarse la vida. Cursos, estudios y diplomas en música, y en idiomas, se lo permitieron. *Svaneti*, -según me contaba por correspondencia postal y electrónica- *con sus fortalezas milenarias en pie, y sus montañas, es lugar que atrae a turistas y a esquiadores y continúa siendo, tradicionalmente, un centro importante de música instrumental, de ballet, y bailes folklóricos. Me he encontrado dos mundos totalmente diferentes. La ciudad del siglo VII se conserva, congelada en el tiempo, y un poco más allá la civilización. Hay toques de modernidad en este rincón del mundo.* Disfrutó la compañía de su madre y a los pocos parientes lejanos que le quedaban en la “tundra”. Así la llamaba, aunque no se encontrara verdaderamente en esa región geográfica. Aún cuando se sentía atada a ella por raíces ancestrales, nunca sintió que fueran lo suficientemente fuertes para retenerla. “Aquí estoy, extrañando el tun-tún del tambor... ‘tundra’ no es tun-tún”, me dijo más de una vez, en sus juegos de palabras, cuando le preguntaba sobre la posibilidad de establecerse por allá. A estas alturas, ya había desarrollado un esquema para explicarse las líneas y la ruta de su vida, una especie de vehículo o sistema para autodefinirse: su recorrido vital estaba determinado en un triángulo cuyos vórtices se encontraban, colocados sobre un mapamundi, en el sur, al norte, y allá lejos,

al este. “Sabes de donde vienes, y donde estás. Pero... ¿adónde vas? ¿Dónde está tu futuro Jackie?” -Le pregunté más de una vez, cuando se tocaban los tópicos de la raíz y el desmembramiento familiar. “No lo sé todavía”, fue su respuesta en varias ocasiones.

-6-

Volvió a mi ciudad americana de un día para otro. Todo lo de Jackie es así de increíble. Por correo electrónico me enteré: *Vuelvo, pronto, con un contrato de la Sinfónica por cinco años*. Era una gran saxofonista. Aquí, en este lugar donde nos conocimos, disfrutamos nuevamente, de cuerpo presente, nuestra amistad entrañable. Retomó un romance iniciado en sus años de estudiante. Él era ya músico de renombre. Parecía sosegada. La palomita viajera de ruta triangular, la florista musical, lectora de faquires, oído avizor y distintivo de los cuatro golpes de la *bağlama*, aparecía reposada y con cierta firmeza, por primera vez en su vida, en el ángulo norte de su triángulo terrenal. Había planes de matrimonio. Se habló de comenzar una familia y sobre la posibilidad de iniciar trámites legales para reclamar a la madre. Alcanzamos un punto en que todos los que la conocíamos estábamos bajo la impresión de que la trayectoria vital de Jackie parecía empezar a normalizarse. “Bien, Jackie”, le dije entonces. “Ha llegado el momento de estabilizarte. De crear tu propia familia. La posibilidad de que al fin les entregue a tus hijos los detalles de tu vida, tus ensayos, tus historias, tus postales. La novela de tu vida está a punto de convertirse en realidad”. Me asombró la expresión impenetrable, hierática, de su cara. Nunca me pareció más rusa. Semejaba un muro del antiguo Sven. Endurecido. Invencible. Capaz de resistir todos los embates y de persistir ante cualquier eventualidad. Parecía poseer el don de la sobrevivencia. No olvidó sus palabras, salidas de las entretelas del corazón: “¿Y mi madre? ¿Mi abuela? ¿Y los demás? Tengo el corazón dividido”. Su dolor me traspasó el alma... Me quedé sin respuesta, y en ese instante presentí que no calentaría cama por estos lares.

En mi mente siempre abrigué la idea de que volvería a su tierra de nacimiento. Eran muy fuertes las ataduras. Hace dos años, en una cena de Navidad, me atreví a preguntarle, de una manera casual: “Tu contrato con la Sinfónica está a punto de ex-

pirar. ¿Lo renuevas? ¿Qué harás?” -“Veré, te mantendré al tanto”, fue su respuesta. Su decisión definitiva aparece en dos correos electrónicos, fechados menos de un año atrás. En el primero me informa: *como resultado de una fuga fallida, encontraron los cadáveres de mis queridas primas en una playa, con los restos de una embarcación y otros ahogados devueltos por el mar.* En el segundo, un mes más tarde, me escribe: *Vuelvo a la isla. Quiero ver a mi hermano, a mi abuela que todavía vive, destruída... a mi tía, enferma, loca, y visitar, para abrazarme a ellas, las tumbas de mis primas.*

-7-

No he sabido más de ella. ¿Vivirá? En qué condiciones se encontrará... pasan tantas cosas. Según las últimas noticias, la situación en la isla parece que va a cambiar. ¿Se abrirán las puertas de entrada y salida con más facilidad? ¿Será posible que algún lector de esta historia se encuentre con la rusita?

El mundo es un pañuelo...Y, por esas casualidades de la vida...si alguien, algún día, conociera el paradero de esta amiga del alma, favor de decirle que se ponga en contacto conmigo. Igual dirección y teléfono. La añoramos, la extraño, y la sigo esperando, en la gran ciudad del norte. Guardo todavía sus historias y siento la necesidad de entregárselas, a ella o a los hijos que ojalá el destino le permita tener.

Señas personales: Es una mujer fuerte y luchadora; bonita, inteligente, dulce y paciente. No llega a los cuarenta, ni los aparenta: luce mucho más joven. Posee fluidez en tres idiomas. Su carrera es la música: toca el saxofón y canta. Está familiarizada con la *bağlama*. Entre sus muchas habilidades se destacan: la preparación de perfumes y la floristería: hace unas flores preciosas, con cualquier pedazo de papel, y se especializa en *bouquets* y otras ornamentaciones. Pudiera ser hasta lectora de tabaquerías; lo fue de faquires. Todos los datos de esta historia se basan en la realidad, menos su nombre: es el de una flor.

Chicago, diciembre 12 del 2014.



El Jardín de las Delicias, c. 1500. Hieronymus Bosch

CON ESTOS OJOS

*“Con estos ojos
que se han de comer la tierra,
lo busco día tras día.
Lo llamo entre los abrojos,
lo sueño entre mis despojos.
Y muero en esta porfía”.*
Estribillo:
*“Lo mataría, lo mataría....
Lo besaría, lo besaría...
Lo enterraría, lo enterraría...”*

*Es difícil encontrar un buen hombre o una buena mujer.
Intercambiable: substituya lo por la.*

Canción anónima cubana, popular en “las canturrias” entre mujeres bravías (cantantes, y no cantantes), celosas, engañadas, abandonadas y despechadas. Originaria del “valle de las papas”.

Unos se la atribuyen a Riverón, otros a Ortega, o a Naño Tejera; la mayoría, entre ellos yo, a Larrubia. Acompañantes, hombre o mujer, con güiro, clave, tumbadora y ron, si lo hay.

Se llamaba Elagua de la Caridad y le decían Cari. De niña fue alegre, pero los embates de la vida la hicieron cambiar. Acostumbrábamos a jugar por las tardes “A la rueda rueda”, “Al ánimo”, “Al chucho escondido”, con otras amiguitas en la acera de la esquina, frente a lo que había sido el almacén de don Antón. Doña Cecilia, su esposa, era una gran persona. Aunque resultaban bastante pacíficos, el mayor entretenimiento de la pareja giraba alrededor de la alegría y el bullicio causados por la música. Recuerdo que, en tiempos pasados, tres, o cuatro veces al año, recibían amigos de la capital en su casa, donde celebraban, en son de fiesta, durante gran parte del día. Parece que mucho se divertían. Al pasar por la acera se escuchaba la algarabía. Conversaciones y risas se alternaban con música de fondo. A veces se destacaba el sonido de la gaita que, con su pequeña comitiva de

músicos y cantantes, daban los toques finales a sus celebraciones. En esas ocasiones siempre, y también en días normales, a veces, se oían las notas de un piano, animando a vecinos cercanos, y a pasantes, con música popular, o clásica. Cecilia tocaba el piano muy bien, según el consenso de los que tenían conocimiento musical y buen oído, aunque últimamente comentaban los que la conocían, que ya estaba bastante desafinado, o que la desafinada era ella. Yo había visto ese piano que tanto entretenía al vecindario: era negro, de laca satinada, y los comentaristas del barrio, a partir de un punto, comenzaron los inquietos rumores: que en cualquier momento inventarían algo para quitárselo. Era un Baldwin, según supe después, y había miradas, más poderosas que la de ella, clavadas en el instrumento. Mientras tanto, Cecilia continuaba tocando y cantando como los ángeles. Este talento le daba solaz, y parecía disfrutarlo con gusto y tranquilidad. Aparentemente. Antón y ella tenían dos hijos: Antonio, el mayor, y Francisco, el más chico, casi contemporáneos nuestros. Eran caseros. Estaban siempre muy cuidaditos y puertas adentro. Ni se les veía. En el barrio les llamábamos “los transparentes”, porque cuando algún vecino preguntaba por ellos, aludiendo a que no aparecían por el vecindario hacía tiempo, los padres contestaban: “ellos salen, siempre están en la calle, el cine, el parque, jugando a la pelota... de una en otra”. Y si salían, siempre iban acompañados por la criada, los padres, o amigos de la familia. Aunque, después de los cambios, algunos elementos controladores trataron de obligarlos a ciertas actividades con una insistencia maligna, sólo por mortificar. “Los transparentes” eran un poco retraídos, pero qué guapos: uno rubio y el otro bien trigueño. Aparentaban ser de la misma edad, aunque posiblemente se llevarían poco más de un año, y se parecían al padre.

Como el agua que corre ininterrumpidamente, limpia y clara en apariencia, en la superficie, pero sucia y lodosa al fondo, con caimanes ocultos entre las frondas, dispuestos a cobrarse vidas, así era la realidad de Doña Cecilia. La pobre señora estaba loca de atar. Desde cuándo, y cómo, esa alteración de su personalidad había estado ocurriendo, nunca lo supimos. Hasta que un día, inesperadamente, se le rompieron los lazos de la cordura, estalló... y presenciamos el mayor escándalo ocurrido en la larga y entretenida historia de mi vecindario. Y también nos enteramos

de un gran secreto. Fue un día de grandes sorpresas. Inolvidable. Y Cecilia fue la autora y protagonista del gran drama. De repente, un sábado por la mañana, con un calor infernal, en medio del rebumbio natural del fin de semana, Doña Cecilia, de facciones finas, talle delicado y constitución endeble, toda una dama en su estado natural, amaneció con la intención definida y definitiva de poner en efecto su plan. Sin decir ni media palabra a nadie, levantó y arrastró ella sola, por toda la casa, hasta la calle, el colchón matrimonial, dejándolo caer en mitad de la vía. Y para colmo, ella que siempre estaba arreglada y vestida decentemente, apareció, casi desnuda, sin zapatos, con las greñas al aire y alborotadas. Parecía una de las Furias infernales. ¡Sí! En medio de la calle, por donde circulaba el tráfico, que de sopetón se paró en seco, Cecilia se apareció en paños menores. Dos monjitas del asilo San José de la Montaña, de las pocas que quedaban en el país, que venían al barrio a hacer trabajos de caridad, quedaron paralizadas. Pepe “El moro”, que pasaba “volando” más que corriendo en su motocicleta, frenó encima del auto que le precedía, y que se había detenido súbitamente, dio una voltereta en el aire y cayó violentamente, de cabeza, en la acera. Como consecuencia quedó para siempre con un brazo inútil, el cuello torcido y sordo de cañón. Y gracias... que todavía camina, piensa y habla, cuando lo dejan, aunque no todo lo que quisiera, según me han contado. Doña Cecilia, enfrascada en su misión, ni se enteró; agarró una botella de luz brillante que había dejado en el portal, roció el colchón, prendió un cerillo, y le pegó candela. Así mismo fue, señores y señoras, como lo vieron estos ojos. Todo sucedió en pocos minutos. La Cecilia, silenciosa y trágica, que hasta ese momento no había pronunciado ni una palabra, se removió el tapón de la garganta y gesticulando, semidesnuda, entre chillidos y gritos, explicó la razón de la pira improvisada, de la que todos estábamos pendientes: los había encontrado en su propio lecho, al esposo y a Inocence: ¡la engañaban! ¡No!... pensé... me resistí a creerlo.

“¡Inocencia no! ¡Indecencia! -gritaba doña Cecilia- es culpable, una Magdalena, pecadora, una zurrapa, puerca, y una puta. ¡Crápula! ¡Tarasca!” ¡Cuántas palabras nuevas aprendí ese día! Tuve que consultar el diccionario... y amplié mi vocabulario con términos detractores, todos ellos descalificadores de mujeres. La

algarabía era para quedarse sordo. Además de los gritos vociferantes de la señora, los coches sonaban el claxon con desafuero y hasta los perros ladraban. Algunos vecinos insultaban a Inocence, y a don Antón, que brillaba por su ausencia. Los pobres niños, sus hijos, atraídos por el escándalo callejero, salieron de la casa, también semidesnudos, y cuando se dieron cuenta de la situación empezaron a llorar desconsoladamente, abrazados uno al otro. Al mismo tiempo que el médico, que tenía su consulta al doblar, a quien un vecino había llamado, y los pacientes curiosos, que lo siguieron para enterarse del barullo, arribó el carro de los bomberos con la sirena a todo volumen; y al final la policía. En medio de mi asombro infantil, no acostumbrada a esas griterías, ni a la violencia que se estaba desarrollando ante mi vista, me quedé casi paralizada. Mientras que yo, esta humilde y asustada narradora, solo atinaba a desplazar vertiginosamente la mirada de doña Cecilia al vecindario enardecido, y a Inocence, la morena que, por años, había vivido con ellos, encargada de cuidar a los niños y atender el hogar: una jamaicana bonita, robusta, descrita por los hombres de mi familia como “un cacho de mujer”, quien tratando de subyugar a la enajenada, la empujaba hacia la casa obligándola a entrar, mientras le repetía al asombrado y curioso público, que por momentos se incrementaba, en su español chapurreado: “no jaceg caso, ta enfegma”. Mientras que, nunca lo olvidaré, dos monjitas y un señor que por allí pasaban, trataban de calmar y consolar a los hijos que, también semidesnudos, gritaban y lloraban desconsoladamente, y los llevaban de la mano de vuelta al hogar.

Una gran parte del vecindario cayó de parte de la fámula. No creyeron a la doña. Mi abuela fue la excepción: comentó ese día, y repitió, siempre que se tocó el tema a partir de entonces, con un énfasis definitivo, breve y atronador: “Seguro que sí. Todo lo que Cecilia dijo es cierto”. Cari estaba conmigo y también quedó afectada. Tendríamos diez, once años, y creo que ese día yo, al menos, perdí la inocencia... y valga la redundancia con el nombrecito. Me debatía en cuanto a la veracidad o no, de las aseveraciones de doña Cecilia. ¿Cómo era posible que ocurrieran cosas así? Aparentemente todo siguió igual, la fámula continuó en la casa, y decían los que la frecuentaban que, firme en su palabra, a partir de ese episodio doña Cecilia la llamó Indecencia, Magda-

lena o Tarasca. Inocence siguió viviendo en la casa; el matrimonio... como si nada hubiera sucedido...en apariencia...y todos llegamos a la conclusión de que nunca se recuperaría mentalmente: estaba loca de atar. Y los niños....¿qué? ¿Qué pensarían?

Vivir para ver, amables y persistentes lectores...Sigo con mi amiga, su abuelita y su vida, que ya veremos cómo los acontecimientos se van desenvolviendo. La abuelita de Cari, doña Mercedes Bofill, Meche, era todo un personaje. Muy habladorcita la señora: otro caso de estudio, siempre componiendo historias. Ya en la adolescencia, cuando supe que a mi amiguita la llamaban Cari por su segundo nombre, Caridad, me asombré y todavía más cuando oí que el primero era Elagua. Ella, ayudada por su abuelita me explicó la naturaleza de apelativo tan poco común. No conozco a nadie con ese nombre, les dije, mientras que en mi interior debatía: “¿Cómo se les ha ocurrido llamarla ‘el agua’? Muy sedientos deben haber estado”. Fácil la explicación, según doña Meche: error tipográfico del alguacil al inscribirla. Su nacimiento ocurre el día en que la Iglesia Católica celebra la festividad de San Antonio. El nombrecito debió ser Elegua o Eleguá (la Orisha mayor, la que abre todas las puertas) contraparte de San Antonio en el panteón africano. Craso error: a por e y omisión dudosa del acento. La abuelita había sido maestra y le gustaba elaborar. Ante ese hecho, casi irremediable, trataba de arreglar y justificar el asunto del nombre, diciendo que: “El agua es esencial para mantener la vida empezando por la del mar y los ríos. Ayuda a la limpieza de las casas, por dentro y por fuera; de las calles y las ciudades; al aseo exterior e interior del cuerpo humano: a la desintoxicación y limpieza de cavidades y conductos, intestinos, vísceras, etc. y otras partes cuyos nombres conocía, pero he olvidado”. ¡Tremenda clase de anatomía! Al ratito, y esto no se me olvida, noté, presentí, que quería decirme algo más. Me puse en estado de atención, y...bajando mucho la voz, casi en un susurro, agregó: “Además.. y esto lo saben muy pocos, nadie... jura que nos guardarás el secreto: Cari nació en el agua, en la ciénaga de Zapata, cuando mi hija Cirena (su mamá) trataba de irse en un bote. Las cosas no salieron bien. Descubrieron al grupo en el momento de salir. Mi hija corrió y se escondió ciénaga adentro. El susto y el temor de ser capturada o atacada por caimanes le provocaron el parto. Tuvo a la niña entre las hierbas y el agua.

Cari es sietemesina. Ella y la madre están vivas por un milagro de la Caridad, la misma que salvó a ‘los tres Juanes’; cuando zozobraban en la tormenta”. ¡Vaya! Pensé. Nombres predestinados. El agua y la Caridad le salvaron la vida. Está claro. Y para colmo, seguí pensando: La madre es Cirena, ¡con falta de ortografía! Y concluí mentalmente: Todo esto es un juego de azar, en cuanto a acontecimientos, palabras y nombres. Y... fin... ahí lo dejé. Encontraría la explicación al cabo del tiempo.

Gracias a doña Meche, que cuidaba a Cari y le daba todo su cariño. Siempre contando historias. Doña Meche era un gran personaje. Le encantaba que nosotras la llamáramos Mechita. Aunque era maestra y se expresaba con facilidad, a menudo usaba refranes, dicharachos, voces populares y otras expresiones callejeras... Recuerdo que para enfatizar lo verdadero de su historia, cerrar sus narrativas, y dar el aldabonazo final, usaba la expresión, “con estos ojos”. Nunca con estos oídos, estas manos, etc, sino “con estos ojos” concluía, como si fuera un sello de veracidad que estampaba al final de sus testimonios. A veces añadía “... que se van a comer la tierra”. Le preguntamos una sola vez qué quería decir, éramos unas niñas y no entendíamos cabalmente el significado. La explicación nos causó escalofríos. Y pusimos una expresión en la cara de tal susto, que primero se impresionó, y después se rió de nosotras a mandíbula batiente. Pues, la explicación verdaderamente se las traía, y más o menos fue así: “Niñas... (con voz gutural y tenebrosa), con estos ojos, los míos”,(y los señaló, recuerdo, con los dedos índice y del medio, de la mano izquierda; mientras gesticulaba con la mano derecha. Era muy gráfica y apasionada para hablar) “y también los de ustedes”. (Ni qué decir, señaló hacia nuestra cara, con su mano derecha, y casi nos mete los dedos en los ojos. Del susto, dimos un paso atrás). “Los de todos los seres humanos” (para nuestro alivio, movió los dedos en el aire, lejos de nuestras caras, cambiando la inflexión de su voz, menos agresiva, pero media ronca; todavía sentíamos miedo, porque lo conversamos varias veces, recordando su tono intimidante y amenazador) “guardan retratados en el fondo de su cerebro, todo, todito, lo que ven y lo que oyen, en el transcurso de sus vidas, y lo llevan con ellos, semejante al rollo de una cámara fotográfica, donde quedan grabados y guardados, todos los acontecimientos de vidas enteras, como si fuera una película. Y

cuando morimos, nos cierran los ojos para sellar esos recuerdos, y los entierran con el resto de nuestros cuerpos. ¿Dónde?” (nos preguntó, y nosotras casi temblando, le dijimos: en la tierra, en el cementerio). “¡Ahí mismo! Y la tierra se los come”. -“¿Los ojos nada más?” -Le preguntó Cari- “¡No, tonta, todo, todito se lo comen... los gusanos... no dejan nada... solamente el pelo, porque si se comen el pelo, se ahogan!”... Qué susto, qué mal rato. Yo resistí estoicamente la explicación. Cari lloró. Cuando llegué a la casa ni le conté a mi madre. Temía que no me dejara ir más nunca a visitar a esa loca, ni a jugar con Cari. De esto hablamos otra vez Cari y yo, y nos reímos de su llanto y de la emoción de la abuelita para hacer el cuento. Desde entonces lo tiramos a broma, lo tomamos con ligereza, y le cambiamos el nombre a la abuela. Cuando nos referíamos a ella nunca más le dijimos Mechita, la llamábamos “Conestosojos”. Ella nunca lo supo.

Yo tenía las atenciones normales de la familia en mi casa, pero Cari no podía decir lo mismo de la suya. La madre era hosca, tenía muchos problemas, estaba separada del padre, trabajaba por la Habana y regresaba a la casa muy tarde por las noches. Cari, después me enteré, tenía padre, y se acordaba de él. Se llamaba Alfredo, y se había ido para la capital cuando ella tenía ocho años. Creo yo que las abandonó. Me contó que a veces él venía de visita, por algunos días, y la llevaba a la Habana a ver a su otra abuela. Y en una ocasión, cuando se conseguían muñecas, le había comprado una. Todavía la tenía. La vi, rubia, toda desflecada. Yo nunca lo conocí. Al fin se empató con un bote, y se fue. Y, desde entonces, la Cirena y Elagua de la Caridad vivieron con la abuelita. Tres mujeres solas.

Respecto a los nombres recuerdo que, cuando mi madre supo que Cari se llamaba Elagua, y la madre Cirena, dejó de referirse a mi amiga como “la nieta de Mechita”; y en su lugar adoptó una costumbre que a mí me molestaba mucho. Cuando le pedía permiso para ir a visitarlas, o se refería a ellas, me decía, en tono burlón... ¿Vas con “las acuáticas”? ¿estabas con las acuáticas? Eso me insultaba.

A mitad del bachillerato, en tercer año, si mal no recuerdo, Cari y Cirena se marcharon del pueblo. Me enteré por la abuela que mi amiguita iba a un instituto en La Habana, con nombre ruso. A partir de entonces perdimos el contacto.

Pasó el tiempo, y pasó, un pájaro por el mar. Transcurrieron los años y cambiaron las costumbres, las maneras de vivir, de hablar, de comer, de soñar... y de morir. Rutas nuevas y lugares impensados se abrieron, para mí y muchos más. Y la vida, el destino histórico, nos empujó hacia ellos. Emprendimos caminos imprevistos con una fe rabiosa, con el impulso que emerge desenfrenadamente desde la raíz en la lucha por la vida. Abrimos puertas a la fuerza, y otras se nos abrieron solas. Encendimos luces donde había oscuridad, y cuando parecía que se acababa la fe, sacábamos con coraje nuevos rayos de esperanza. Y en una de las volteretas de la vida...coincidimos. En una ciudad, del otro lado del mar, me encontré con Cari. Ya ni me acordaba de su existencia. Era un recuerdo lejano. Pero el destino había decidido convocarnos, sin previo aviso, a la cita que teníamos pendiente con la vida, y había llegado el momento de cumplirla. El punto de encuentro nos robó la atención y captó nuestra mirada por un recuerdo subconsciente que, sin saberlo, compartíamos. “Conesotosojos” ya muerta, como supe después, se debe de haber sentido orgullosa. Coincidimos, contemplando, con nuestros ojos, un cuadro de El Bosco en el Museo del Prado. Y curiosamente, cuando se cruzaron nuestras miradas, ocurrió el *déjà vu*.

Resulta que ambas, movidas por la casualidad, el destino, el karma compartido, coincidimos, plantadas allí, frente a un cuadro del pintor flamenco. Absortas, y muy cerca una de la otra, sin siquiera habernos mirado, contemplábamos, arrobadas, entre otras personas, su famoso tríptico: “El jardín de las delicias”. Aún ahora, cuando me atrevo a ponerlo por escrito en esta narrativa, me parece increíble. Los que han visto las producciones de El Bosco están familiarizados con el esoterismo de la atmósfera que crea en sus obras, plenas de ocurrencias, presencias y paisajes sobrenaturales, apocalípticos, donde comparten naturaleza y personajes; y de mundos imbuidos en la magia, la alquimia y también en lo demoníaco. En algún momento se cruzaron nuestras miradas, mientras que algunos de los interesados comentaban, de manera casual, ciertos puntos de vista. En general coincidíamos en que el pintor no se había dedicado solamente a las “diablerías”, sino que había sido un hombre bueno, devoto, de la Edad Media, que no se desvió de las ideas convencionales de sus tiempos. Mi interlocutora casual sabía lo que decía. Y en un

impulso, como si me conociera de siempre, me llamó la atención sobre el panel derecho de la obra, donde en el centro resalta una cara, semioculta, que según los estudiosos es la cara del pintor, en la que se destacan los ojos, la nariz la boca, y parte del cabello, rizado, rubio rojizo. Y sobre todo los ojos, los dichosos ojos, fijando la mirada, hacen contacto con el observador. “Esos ojos me recuerdan a los de mi abuela”, dijo. Nos miramos de repente; enlazando, de iris a iris, de pupila a pupila, memorias antiguas, recuerdos lejanos. Y, en un segundo, nos dimos cuenta de que los años y las distancias se diluían en este presente; este punto de intersección, donde otra vez, de nuevo, se cruzarían nuestros caminos. “¡Con estos ojos que se han de comer la tierra!” Exclamamos las dos. Nos abrazamos llorando. Se asustaron los pocos que en el salón estaban. Vino el guardia de seguridad para saber el origen, y la causa de los alaridos. “Perdón, perdón” -le dijimos a coro- “nos hemos encontrado después de muchos años”. A mí me recorrió un escalofrío desde el espinazo hasta el cerebro. Sería el principio del encuentro con las coincidencias. Allí mismo, en el cuadro, veríamos puntos relacionados con un episodio de nuestras vidas. Entre los datos curiosos, siguiendo la explicación de un experto, estudioso del Bosco, que se ofreció gustoso a comentarnos al ver nuestro interés, lo que ya sabíamos: que la supuesta cabeza donde identificamos la mirada de la abuela, se supone que sea un autorretrato del pintor. Curiosamente, esa cabeza sirve de base y sostiene una especie de tapa, bandeja ovalada, o redonda, plataforma sobre la que parecen circular, entre otras cosas, personajes diminutos. Para más detalle, en ella se encuentran: en el centro, una bolsa rosada, que se asemeja a un instrumento musical, especie de gaita, con una larga boquilla que cae hacia la izquierda. Y a su alrededor se destacan, llamando nuestra atención, circulando, semiocultas, varias figuras que caminan, o danzan, guardando cierta distancia entre ellas. Son tres parejas de personajes. Las dos primeras: una monja, y un hombrecillo con pico de pájaro, portando, cada uno de ellos, una tea encendida en la mano izquierda, y llevando de la mano derecha, cada uno, a un niño desnudo. Y la tercera pareja representa a una mujer, vestida de larga cola, con el cabello cubierto por una especie de toca, guiando y protegiendo, a la vez, a una mujer desnuda. Cuántas coincidencias en el cuadro, con los personajes y

las situaciones del escándalo callejero suscitado por doña Cecilia aquel nefasto día. Totalmente surreal. Nos parecía un extraño sueño la situación que estábamos viviendo, tan inesperada, y tan casual. Ambas pensamos en ese instante, porque lo comentamos después, que en cualquier momento nos despertaríamos. Una llamada al celular de Cari nos sacó del estado casi catatónico en que nos encontrábamos. Volvimos a la realidad y decidimos salir del museo. La había llamado su esposo. Y siguen las sorpresas.

Reanudamos el contacto. Fue posible porque en esos momentos ella vivía en Madrid, y yo, por cuestiones de trabajo me encontraba en la capital española por unas semanas. Nos reuníamos cada vez que podíamos, y nos pusimos al día. Supe por ella que Cirena murió en un accidente automovilístico hace muchos años. “Con estos ojos” la sobrevivió, pero ya se marchó de este mundo. Hemos luchado y sufrido experiencias peligrosas a través de nuestras vidas, y allí nos encontramos. Ambas coincidimos: Somos sobrevivientes. Y llegamos a la conclusión de que hay material más que suficiente, sobre su vida y la mía, para escribir un libro. Quedamos en concentrarnos en esa idea: cuando tengamos tiempo, cada una se hará cargo de su propia historia. Cuando llegue el momento. O tal vez, pensamos, con la contribución de ambas, crear una sola obra, con dos personajes principales. Quedamos en mantener el contacto durante el resto de nuestras vidas, y sobre la obra de creación, o memorias en....“ya veremos”.

Cari ha vivido, durante el tiempo que no supe de ella, en distintos lugares. Todavía en la isla, cuando estudiaba en la universidad, había coincidido con Antonio, y se hicieron novios. Él estudiaba en la Escuela de Ciencias Comerciales, y ella tomaba unos cursos especiales que recién empezaban en la Escuela de Medicina, con énfasis en la Psicología. Se casaron, y salieron del país, cada uno por su lado, cómo y cuando pudieron. En el momento que nos encontramos en Madrid estaban separados. Tienen una hija. Ya la conocí. Se llama Mercedes Cecilia.

El hecho de que la relación hubiera sufrido crisis de inestabilidad a través de los años no me causó asombro. Los tiempos se prestaban y, sobre eso, Cari me recordó que ella no provenía de una relación estable.

-“¿Relaciones desequilibradas? ¿Dificultades en las parejas por causas relacionadas con los conceptos de lealtad, fidelidad,

permanencia...? Por favor, en ese barco navegamos todos”.- Le dije, cuando me comentó el desastre de su relación, tratando de suavizar cierto amago o intención de autocastigo que emanaba de su mirada triste. Le faltaba la base fundamental y un modelo de estabilidad a su alrededor. Así me ha dicho, una y otra vez a través de los años. Había obtenido un doctorado en Psicología Relacional, y se dedicaba a aconsejar a todas las parejas: casadas legalmente, y “por la libre”; de sexo opuesto y del mismo sexo. Con semejante intención era consejera de jóvenes, para mejorar las relaciones entre todas las personas en general: amigos, hermanos, padres e hijos, y familiares. En este mundo, decía, las relaciones buenas, positivas, casi no existen. Hay que enseñar y despertar el arte del respeto y la fidelidad al amigo, al compañero, a todos los seres humanos sin tener en cuenta el color, la religión, el sexo, la posición social, etc. Sea quien sea. Entrenar a los niños y niñas, desde su nacimiento, y a cada ser humano involucrado en una relación. Verdaderamente, entre otros más modernos, seguía lineamientos derivados de la psicología del siglo pasado, considerando como lumbreras en el campo que le interesaba a Sigmund Freud y Wilhelm Stekel, bases esenciales, según ella de la psicología más contemporánea. Era obsesiva con el asunto de la fidelidad y el respeto a todos los niveles.

Hablamos muchísimo, y nos pusimos al día en nuestras vidas. Supe que Cari había tenido grandes problemas en su matrimonio con Antonio. Sí, estimado lector, Antonio, el hijo de don Antón y doña Cecilia, (la del piano Baldwin, que quemó el colchón en plena calle); y hermano de Francisco. Resulta que Antonio era un infiel de alta categoría. Casi ni se ocupaba de su hija, ella la está criando sola. Aparte, la familia era bastante extraña, en todos los aspectos. Me informó que Francisco, el otro hermano, estuvo casado por años con una buena mujer de nuestro pueblo. Que se había enfermado de los nervios, padecía de agudas depresiones, y fue sometido a tratamientos de *electroshock*. Ya no vive. Se suicidó.

Según Cari, en la época del reencuentro, cuando ella y Antonio estudiaban y vivían por la capital, un día decidieron casarse, “a lo loco”, sin avisarle a nadie, incluyendo a la abuela. Una semana después fue a visitarla. Se presentó en su casa, de repente, con él, y le dio la noticia. ¡Qué impertinente se puso la abuela!

Le reprochaba una y otra vez... “¿y por qué no me lo dijiste? Ese muchacho no es para ti. Ni él, ni el hermano”.

“Tanto instigué a mi abuela, que un día me dijo: Tu madre era media loca, y cuando salió embarazada, de ti, estaba andando con Antón.... Ese Antón se las traía...”

-“Entonces, Alfredo, mi padre... ¿no era mi padre?”.

-“No, hija, él siempre estuvo enamorado de Cirena y asumió la responsabilidad. Por esa razón la convenció para que se fuera con él en el dichoso bote, que por poco les cuesta la vida. Y por esa misma razón tu madre te puso Eleguá, que por error se quedó en Elagua; porque no tenía cara para ponerte Antonia, y pensaba que ese poder, representativo del santo, te protegería. Mi hija, no te aflijas... segura, segura, no estoy... ya estoy vieja y confundida... y el mundo todo, es una gran confusión... Se me olvidan las cosas... Pero, si yo fuera tú, no tendría ninguna relación con ese muchacho”.

-“Ya es tarde abuela. Nos casamos porque vamos a tener un hijo”.

Yo me quedé sin palabras.

A partir de ese momento, la abuela Mecha, -me contó Cari- se llenó de una tristeza infinita, cambió de carácter, perdió todo el deseo de vivir y murió antes de que la niña, fruto de esta unión, cumpliera un año.

-“Como homenaje le puse su nombre, Mercedes, y Cecilia por su otra abuela. Al poco tiempo ambas salimos del país. Nos siguió Antonio un año después, pero ya no tuvimos más nunca relación de pareja. He tratado de rehacer mi vida, sin lograrlo. Quiero a mi hija, la apoyaré y querré siempre. Es mi mayor razón para vivir. Mi vida gira alrededor de ella, y de mi trabajo, que desempeño con fervor, y del que recibo grandes satisfacciones”.

Mi respuesta fue el silencio.

Epílogo: Cuando terminé mi trabajo en España regresé a mi tierra de adopción. Cari quedó en Madrid, donde residió por algunos años. A través del tiempo, siempre que visité la ciudad, nos encontramos frente a *El Jardín de las Delicias* de El Bosco donde, después de un apretado abrazo, “saludábamos” a la abuelita Mecha, en el panel derecho del cuadro. Tanto le gustaba la obra que, con el paso de los años, consiguió una copia, y la ha montado y colgado en la sala de su casa. Ahora vivimos en la

misma parte del mundo, no muy lejos, y nos comunicamos frecuentemente. Procuramos vernos, por lo menos, una vez al mes. Como ella es el centro alrededor del cual se mueve esta historia, obtuve su permiso para llenar algunos espacios de esta narrativa con detalles de su vida, con pequeñas alteraciones y nombres cambiados para evitar conflictos y habladurías de conocidos que pudieran sentirse aludidos. Antonio murió de una extraña enfermedad. La hija de ambos, Mercedes Cecilia, está felizmente casada y tiene dos hijos. Es una gran pianista de conciertos. En su casa hay un hermoso piano, Baldwin, de laca negra, con cuya música nos ha deleitado en varias ocasiones.

“El Bosco nos persigue, nos embrujó”, me ha dicho Cari más de una vez. Se lo tomaba a broma, pero estoy creyendo últimamente que esto va en serio. Siguió obsesionada con el cuadro. Me ha comentado, en más de una ocasión, que se para frente a él, “mirando a la abuela”, y que la ha oído hablar. También dice que Meche se le aparece en sueños, la mira “con esos ojos” y le dice algo que ella no ha podido entender. Pobrecita...Creo que está loca. Hace más de un mes que se ha sumergido en el silencio.



S.T., S.F., Eladio González

ALICIA Y SU GATO

"Sincerity has no royal road to the truth, and imaginative literature situates itself somewhere between truth and meaning... the cosmological emptiness in which we wander and weep" / "La sinceridad no es un camino real hacia la verdad, y la literatura imaginativa se sitúa entre la verdad y el significado... el vacío cosmológico en el que divagamos y lloramos".

Harold Bloom.

"Me debo estar encogiendo como un telescopio". Mientras decía estas palabras, le resbaló un pie, y un segundo más tarde, ¡chup! Estaba hundida hasta el cuello en agua salada. Lo primero que se le ocurrió fue que se había caído de alguna manera en el mar. . . pronto comprendió que estaba en el charco de lágrimas que había derramado cuando medía casi tres metros de estatura. "Pero yo no quiero estar entre locos" dijo Alicia. "No puedes hacer nada", dijo el gato. "Aquí todos estamos locos".

Alicia en el país de las maravillas.

Lewis Carroll.

Alicia había sido una niña hermosa, de piel ligeramente bronceada, sana, sonriente, de ojitos lindos, glaucos, y boquita primorosa de muñeca mimada, pero... ¡ay de quien se le atravesara! Tenía sus momentos especiales, y en ellos exhibía cuadros de malcriadez inigualables, dignos de verse. En una de mis visitas a su casa presencié uno de ellos. Pobre Alicia. Lloraba y lloraba, se halaba el pelo, se rasgó el vestido, se tiró al suelo y empezó a gritar. Comenzó con un chillido... débil... como maullido de gatita recién nacida, que se transformó, con estertores violentos, en aullidos intermitentes de lobo a perro rabioso. En cuestión de segundos percibió que la agitación del berrinche la debilitaba y no tenía aire ni fuerzas suficientes para continuar el espectáculo, seguido al detalle por la mirada escrutadora de cinco pares de ojos y cinco figuras: la madre, la abuela, la tía y

sus dos hermanas. Percibió las presencias familiares y se concentró en las de mayor estatura, las consentidoras usuales; y con la vista fija en la más fornida de todas, la abuela, a quien consideraba la más regalona, trató de estabilizarse aspirando fuertemente en un largo y tembloroso esfuerzo el aire que le estaba faltando a sus pulmones. De inmediato, al sentir su salud recuperada, se preparó para coronar el espectáculo: con renovadas fuerzas y ojos desorbitados, abrió inmensamente su boquita color de rosa y como si le hubieran clavado un puñal, emitió un grito salvaje, increíblemente agudo y largo, salido del rincón más profundo de sus tiernas entrañitas. Malcriadez superlativa... Y cuando se preparaba para ejecutar nuevamente el episodio de inspiración y exhalación, cuyo proceso acababa de aprender y pensaba repetir hasta lograr lo que intentaba... escuchó la vociferante estridencia de un ¡ALICIA!, se sintió elevada en el aire y depositada bruscamente en una silla. Ardentía y dolor en la cabeza y sobre todo... en sus nalguitas... El tirón cabelludo había sido el interruptor que finiquitara la escenita. Roja, despeinada, con la cara llena de lágrimas, la nariz mucosa, amago de espumarajos por la boca... ¡Oh...no! y el vestidito roto, hecho un desastre... jirimiqueaba repitiendo: “¡Yo me quiero ir de aquíííí...!!” Con un aquí laaaargo, kiloméeeétrico. El padre, por suerte para él, se perdió ese día la función. Estaba trabajando.

Escena repetitiva la de Alicia. Aún cuando el cuadro había ido cambiando con los años: grititos cada vez menos ruidosos, que fueron transformándose en suspirillos; mirada estrábica, manos sobre los ojos o la frente con cabeza inclinada o pendular; pulgar, índice, y del medio, enrollando y desenrollando, con ademanes maniaco-eufóricos, guedejas de cabellos. Y en los últimos tiempos el cuadro del balanceo: se dejaba caer en una silla donde se mecía cual si estuviera en un sillón. Todavía, cuando tenía testigos ni peligrosos ni comprometedores, le daba “el ataque” y desplegaba el sonado y colorido “espectáculo”.

Me habían contado que cuando era una niñita todavía, que apenas hablaba, y le habían disminuido las tomas de leche, a causa del racionamiento, caminaba por la casa con su pomo vacío y a quien encontrara le decía, en tono diapasonico, “quiero más leche”. Hasta a las visitas increpaba. Y por detrás de ella decían unos: “La niña nunca se va a adaptar a este sistema”, “mundo”.

Y decían otros: “¡Cuánto protesta!”. “Si no cambia, la cambian o... ¿será ella la que traiga el cambio?”. “Le va a costar caro un día”, argüían los demás, con variaciones tonales y sentenciosas. Curioso, desde que nació era rebelde, y mientras más la contradecían más empecinada se tornaba.

Aunque no coincidimos en la misma generación, yo era unos años más joven, la vida de Alicia siempre me interesó. Creo que me atraía, principalmente, por sus peculiaridades, sus rarezas, que yo atribuía por algún tiempo a la malcriadez. Estuve más o menos al tanto de algunos de sus episodios por ser testigo presencial; de otros me enteré porque me los contaron o por documentos escritos donde ha quedado constancia. Su familia era muy querida, gente no de fortuna, pero rica en bondades... y generosa, dentro de sus posibilidades. El padre, quien haciéndole honor a sus virtudes se llamaba Generoso, tenía una ferretería frente al parque. En aquellos tiempos, en el pueblo todo se sabía, y todos se conocían. Se podía hablar de éste, del otro, del de más allá, sin temores. Después todo cambió.

La familia de Generoso vivía por la calle del Hospital nuevo. Y todos en el barrio, y me atrevo a asegurar, en el pueblo, sabían de sobra que sus padres eran muy amigos de un señor de apellido Luis y de nombre Carlos. Sí, se llamaba Carlos Luis, y era un personaje interesantísimo. El tal Carlos era de niño tartamudo; algo que, aunque imperceptible para muchos, todavía se le notaba. Fue el que puso de moda en mi pueblo trabalenguas olvidados por nuestros abuelos que existían de antiguo y que, según él, habían sido creados por un antepasado suyo muy lejano, escritor de cuentos y músico. Los que practicaba constantemente en soledad, secretamente, creía él, aunque los vecinos lo escuchaban desde sus patios, repitiéndolos como un mantra tarde en la noche, y hasta cierto punto desembarazando, gracias a ellos, la tartamudez de su lengua. A él le atribuían, algunos de mi pueblo, el embrollado ejercicio lingüístico de María Chucena. Así como también las cantaletas de “Mambrú se fue a la guerra montado en una perra”, la de “estaba el señor don Gato en silla de oro sentado, calzando medias de seda y zapatito dorado” y “la pájara pinta sentada en el verde limón”, entre muchas cancioncillas para juegos de niñas que han sobrevivido al tiempo.

Ya de jovencito me dijeron que el tal Carlitos Luis escribía poemas y cuentitos satíricos que le publicaban en una revista literaria de la capital bajo un seudónimo. Sobresalía por su agudeza en los juegos de palabras y acertijos que inventaba, escribía y repartía entre sus amistades. Fue a la universidad y dicen que obtuvo un título, o dos. No puedo dar fe de ello, nunca los vi. Sí sé que le gustaba hacer gala de su mente despierta y conocimientos y me contaron que, con los años, llegó a sentar cátedra de Lógica y Matemáticas en el instituto de mi pueblo.

¿Qué tenían en común Generoso y el polifacético Carlitos? Matar patos, jutías, lo que corriera por delante de ellos, hasta que se prohibiera la tenencia de armas en las casas. Con el tiempo compartieron otras cosas, dignas de ser contadas, pero no en esta historia. En cuanto a Carlitos... Sé, con certeza, que además del arte de la caza, había dos grandes fuerzas propulsoras que lo inspiraban y le ayudaban a sobrellevar las luchas del diario vivir: la fotografía y los niños. Era fotógrafo de afición, y muy bueno. Hacía retratos de personajes de nuestro entorno que todavía se conservan. El pianista Taracido, el Concejal, dos o tres alcaldes, jueces, médicos, y un pintor bastante famoso fueron inmortalizados en su lente. Dicen que hizo hasta fotos de las personas que deambulaban... sin casa ni cama donde dormir; que sobrevivían o languidecían tirados por el suelo, en las aceras o bajo las marquesinas de las tiendas, debido a la falta de recursos, trastornos mentales, o a ambos. De este tipo de fotografía sólo vi la de una señora que acostumbraba a vagar por las calles o por el parque. A mí, en particular, me llamaba la atención este personaje por varios motivos. En primer lugar, por los gestos de su cara, capaces de recorrer variantes infinitas, desde la dulzura angelical hasta el entreceño demoníaco; este último acompañado la mayor parte de las veces de gritos estridentes y palabras soeces cuando se sentía ofendida. Circunstancias que conjuraba a menudo, pues bastaba con que la saludaran usando su apodo para sentirse insultada y soltar sus andanadas. Otros detalles resaltaban en ella y la caracterizaban: su cabello canoso amarillento, perfectamente cortado y acicalado en una melena (me preguntaba quién le haría el favor de pelarla); sus piernas, sobresalientes bajo la falda, hinchadas, estropeadas, con venas y huellas amoratadas resultado de golpes que se daba, ¿o le daban? o de mala circulación; y lo

que siempre cargaba con gesto suplicante en su mano: un güiro o jarrito, donde los que se conmovían le ponían algo de comida. Se desaparecía inmediatamente cuando esto último sucedía. Unos decían que se iba para su casa, otros que se escondía, pues aparentemente vivía en la calle. La llamaban “Güirito Potaje”, nombre derivado del uso del jarrito. Como decía, vi dos fotos de este personaje: Una, sentadita en lo que parecía un banco del parque, brazos al frente, sosteniendo su güirito con ambas manos en actitud de súplica, gesto dulce, semblante pacífico, ojos azules, sí, los tenía azules, semi-sonriente. No salieron las piernas. Luce hasta bonita. La otra era la imagen de la iracundia. Como poseída por el diablo. Aunque la calidad de las fotos era indiscutible, no quise ver otras de esta categoría.

Siento que debo compartir con ustedes, los lectores, información interesante y necesaria sobre Carlos Luis: su obra fotográfica, revisada y catalogada, apareció recientemente en la muestra organizada por el Centro Latino Smithsonian y abarca tanto el retrato tradicional y autóctono, como sus fotomontajes de inspiración surrealista.

He visto muchas de sus fotos de niños. Los retrató de todas las edades, y son extraordinarias. Pero... las de niñas son las más abundantes, y para mí las mejores. Hay fotografías bellísimas, y entre ellas sobresalen las de Alicia y sus hermanas Lorina y Yedit. De Alicia hay muchas. Una de ella, sola en un bote, en la playa, con el reflejo del sol en su cabello y una pequeña sombrilla, con la que juega, es digna de premio. El agua azul del mar, la arena al fondo, los colores del bañador, la inmensa claridad, recuerdan las marinas de Sorolla.

El carácter de Carlos Luis era algo difícil. Era muy conocido en el pueblo, unos lo criticaban, otros lo admiraban, y daba mucho que hablar. Sobre su personalidad hay versiones contradictorias: algunos le encontraban tipo de clérigo y decían que era extremadamente tímido, callado y solitario, que vivía apartado del mundo y de todo contacto humano, dedicado únicamente a sus clases... y que probablemente moriría virgen; otros lo describían como el niño eterno, sano amante de la infancia, la naturaleza, el campo, el mar, los animales; y un tercer grupo lo consideraba casi un genio, de la fotografía y de la palabra. Y lo celebraban a sus espaldas como un gran observador de la conducta humana,

amante de acertijos, del juego de palabras y del doble sentido. De comentarios extramuros, puedo añadir para completar el cuadro, que fue amigo de jovencitas, de mujeres casadas (se le relacionó con más de una), y de matrimonios con niños, con los que gustaba compartir en sus hogares, ayudarles a hacer sus tareas, leerles cuentos y hablar con ellos como si fuera un antiguo tío. Esta última personalidad parece que fuera la adoptada hacia la familia de Alicia. Era evidente que quería a las tres niñas, disfrutaba de su compañía y era cariñoso con todas, pero su preferida siempre fue la más imaginativa, la de ilusiones desbordantes, la pequeña de las rabietas. Carlos Luis, desde siempre, tuvo un gran ascendiente sobre Alicia. Cuando a ella le daban sus ataques él la consolaba y la calmaba.

Alicia preocupaba mucho a la familia por la razón siguiente. Cotidianamente se vivían situaciones en las que había que aprender a disimular para todo. ¡Ay! ¡Qué tiempos! Contestar “vamos bien”, “hay de sobra”, “no hay problema” y demostrarlo con gestos y acciones. Si la frustración era grande, se admitía un “eeesto no es fáaacil...” así exactamente, alargando la e y la a. Cara de disgusto solamente se aceptaba si se era parte integral de una brigada de respuesta rápida, o algo semejante, para reprimir, castigar o enderezar a los torcidos. Cara de inconformidad y palabras de descontento, así porque sí, porque te faltaba algo o no te gustaba lo que te habían asignado, te implicaba o colocaba, automáticamente, del lado de los torcidos. Peligrosilla Alicia, peligrosilla.

Pobre familia. En medio de todo este maremágnum de pueblo chico y patria fuera de la línea estaban los problemas que cargaba y daba la muchachilla. Alicia, desde muy pequeña, buscaba los espejos, se paraba frente a ellos, con una mirada concentrada, y decía que estaban habitados con muebles hermosos, como los de los cuentos de Carlos Luis, o los de algunas revistas extranjeras que corrían silenciosamente de mano en mano. Cosa curiosa, aunque todos las leían y hablaban de ellas, lo hacían con voces apagadas, procurando mantener en el misterio quiénes las tenían y dónde podían conseguirse. Ella no había visto muebles así en la vida real. Ni comedores, ni mesas servidas con comidas exquisitas y frutas difíciles de describir porque no las había conocido nunca. En ocasiones compartió estas experiencias de las

deliciosas recetas, materializadas y servidas en una foto, con la abuela. Recuerda la del conejo, que suscitó un intercambio aclaratorio para ambas partes, cuando la abuela le pregunta a la nieta: “¿Será conejo asado?” -“¿Qué es conejo?”-inquire la niña. -“Un animalito de orejas alargadas y piel parecida al peluche de los perritos y gatos de juguete”. -“¿Y qué es peluche?”-continúa la pequeña. En esos festines de fotográficas ilusiones muchas veces canalizadas por el amigo Carlos Luis, Alicia veía frutas desconocidas y las comentaba con la abuela. “¿Rojianaranjadas por dentro, de masa satinada, algo fibrosa, con la semilla negra, grande y brillante? - ¿Y la cáscara granulosa, color chocolate claro? ¡Mameyes!” replicaba la abuelita- Y la niña contestaba -“¿Qué es eso?”- “Tranquila -decía la abuela- algún día los conocerás y comerás”-mientras elevaba los ojos al cielo.

En la adolescencia, cuando amainaron los episodios de los espejos, de donde regresaba la niña con narraciones maravillosas para deleite de sus hermanas, empezaron los sueños extraños: “A veces -les contaba a Lorina y a Yedit- me vuelvo pequeñita, más pequeña que un pollito, pero sigo siendo una niña. Entonces puedo deslizarme por debajo de las puertas y ver las roturas de la madera entre la pared y el piso de las habitaciones, por donde entran y salen los guayabitos. O me entretengo observando las hileras de hormigas negras, y a veces coloradas, en su tráfico de la casa al patio”.

En ocasiones le decía a la abuela: “Si como unos dulces pequeños, esponjosos, que aparecen en mi sueño, hechos por ti, en forma de conos o rosquitas, amarillos como yemas de huevo, crezco mucho y se me salen las manos y las piernas por las puertas y ventanas de la cocina”. Pensaba la abuela y comentaba con la madre y la tía: “¿Y de dónde conoce esta niña los capuchinos y las yemitas? Todo esto es resultado de las saliditas, las conversaciones, las fotos, las revistas, los libritos, los cuentitos inacabables del tal Luis”. Contaba la pequeña que la sala de la casa, en sus sueños tenía, en lugar de la puerta de entrada, una escalera de caracol sin acceso exterior que terminaba en el cielorraso de la habitación. Entonces, para salir de la casa tenía que utilizar las ventanas, que daban a un jardín maravilloso, hermosísimo, cuajado de vegetación, que no era el de ellos, definitivamente, donde todas las flores hablaban. Ella, decía, se comunicaba fácilmente

con las flores; y las hermanas contaban que la vieron conversando animadamente con una “extraña rosa” en alguna ocasión. Todas estas ilusiones terminaban con la expresión de lo que parecía una idea fija: “Quisiera irme a otro lugar”. En lo demás llevaba una vida “casi” normal. La abuela les decía a las hermanitas y demás familiares: “Los cuentos del Luis...Déjenla tranquila. Ella nació con la esencia de los sueños. Y tiene quien se los alimenta”.

Tres historias pervivían en las memorias de Alicia sobre las demás, y se las contaba a su abuela. La más fabulosa, diría yo, la del palacio de sus sueños, habitado por personajes de capa y copete con plumas, mujeres con miriñaques, a veces correteando por los jardines, y pastorcillas de lujo, detrás de blancas ovejas. En él había salones y salones de espejos, con fuentes y muebles dorados y plateados. También mencionaba la niña adornos, vasos, cofres, relojes de maquinarias complicadas, hechos de plata, y de piedras de colores, verdes de rayas, azules; y otros de una piedra negra como azabache, “malaquita, lapislázuli y ébano” decía la abuela; y algunos cubiertos por una capa como la de los caracoles y las conchas del mar, “nácar, madreperla”, decía la tía. Y a veces muchas personas elegantes bailando una música como la que abuela muy de vez en cuando tararea: laralalaaaa.... “Un vals, agregaba la madre”, ...y aparecían parejas bailando por los salones, reflejadas en los espejos, y al fondo las luces de centenares de velas. “Me parece que visitas el famoso palacio de Versalles en tus ensoñaciones, el del rey Sol, Luis XIV, dichosa tú que al menos en sueños lo puedes visitar” añadía la madre con algo de incredulidad.

Otra de sus historias era libresca, se perdía Alicia por vericuetos hasta que llegaba a una especie de salón, de paredes altas, llenas de estantes de libros, como una biblioteca gigante. Tres paredes tenían estantes, la cuarta era lisa, sin ventanas ni puertas, solamente palabras decoraban la pared. Parecían mensajes, con los nombres de sus autores al pie de los escritos. Había cinco o seis maestras esparcidas por el salón con grupos de niñas. “Era una señora vestida de mona o una mona vestida de señora, y trataba de enseñarme la lección del día, que consistía en pronunciar y recordar ciertas palabras”. Alicia recordaba especialmente un libro voluminoso de tapas negras, que parecía un diccionario, pero las palabras venían con largas explicaciones, a veces en una

página, dos o más. “¿Una enciclopedia?” decía la madre. “¿Recuerdas algunas palabras?” -“Unas ... las que son más importantes para mí porque empiezan con las letras de mi nombre. Puedo decirte algunas que se han repetido una y otra vez en mis lecciones, con la A: *abatir, abajo y abrirse*; con la L, *lejos, libertad, leguleyo y liberación*; con la I: *ilusiones, imposible, insoportable*; con la C: *cambiar y confrontar*”.

“¿Significan algo esas palabras para ti?” preguntó la abuela. “La maestra me dijo, en ellas se encierra tu problema y la solución. Estúdialas, apréndete su significado...y vive por ellas... algo así me dijo la maestra. Pero no entiendo”. “La vida te hará entender, y aprenderás”, terminaba la abuela sentenciosamente.

Curiosamente, en la medida que fueron pasando los años de su adolescencia, Alicia fue perdiendo la habilidad de abandonarse a estas elucubraciones o ensoñaciones fantásticas, se fue borrando en ella la facultad de sumergirse en los despeñaderos de su imaginación, de perderse en los vericuetos de su mente fabuladora y quimérica. Diluyó estas experiencias en las grietas de la memoria, o escogió no hablar más de ellas.

A medida que la niña se convirtió de adolescente en mujer Carlos Luis se fue alejando, aunque mantuvieron correspondencia hasta que éste se marchó del país. Según me contaron, y pude comprobar, existen cartas de Alicia a Carlos, encontradas por su sobrino y heredero, Alfredo Luis de Esquivel, la persona que se dedicó a investigar su vida y a la recolección y preservación de documentos y fotos cuando su tío faltó. Gracias a él existe la colección del Smithsonian y un libro de cuentos y trabalenguas en proceso de publicación.

También fueron halladas, entre sus papeles, cartas de Alicia en las que se transluce la relación especial que existía entre Carlos y ella. En la colección figura sobre todo una, a su amiga-niña-adolescente de 11 años que se puede prestar a muchas especulaciones. Dichas misivas, encontradas hace tiempo por Lorina y adquiridas por Esquivel, han sido publicadas recientemente bajo el título: *El país maravilloso de Alicia: Correspondencia, mitos y realidades*. En el libro se incluye una entrevista a Lorina, donde aparecen detalles y conversaciones íntimas de Alicia con su abuela, de gran importancia para la interpretación de la vida y los mitos que han circulado alrededor de este interesante personaje.

Alicia se casó, no tuvo hijos, y su esposo un día desapareció... Así me lo contó Lorina, con quien hablé hace años en la primera visita que hice a mi pueblo. Gracias a la publicación de Esquivel ha sido posible incluir en esta historia datos y situaciones que de otra manera hubieran quedado en el olvido. Se recomienda su lectura encarecidamente.

Y su final ¿cuál ha sido? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Vive? Se preguntarán. Pues, nuevamente he tratado de investigar, para saciar mi curiosidad y la de los lectores. De sus años más recientes tengo más de una versión. La primera, que después de varios traspies por la Florida se fue a Hollywood, California, donde triunfó bajo el mismo nombre con distinto apellido y que hace unos años jugó papel protagónico en la última versión filmica de *Lolita*, la “calentona” jovencita *nabokoviana*. La segunda, que intentó salir del país en los noventa, en un bote que se volcó, y que un tal Juan Rodríguez, testigo presencial y sobreviviente de este siniestro, juraba haber visto cuando la devoraban los tiburones. Aunque muchos me aseguraban la futilidad de mi persistencia, siguiendo pistas logré cierta información sobre la posibilidad de que todavía era parte del mundo de los vivos.

Interesada sobremanera en el personaje y en los avatares de su vida, proseguí con mi investigación. Y me enteré: ¡milagro!, ¡maravilla!... que todavía vivía. Y se encontraba en el pueblo donde nació, de donde no se atrevió a salir nunca. Sus hermanas han muerto. Vive sola. . . con la mente algo ida. La ayudan un sobrino y algunos vecinos de buen corazón. Aproveché una segunda visita pendiente a esa tierra y fui a verla. Esos buenos vecinos me han contado que repite, entre otras locuras, una mutilla: “A estos les ha dado por arrancarle la cabeza a la gente... Es increíble que todavía estemos vivos” ... que pasa largos ratos mirando su reflejo en un espejo de cuerpo entero, viejo y nublado, donde se busca y rebusca obsesivamente con la mirada. Cuando la llaman por su nombre, dice: “Alicia se ha perdido en el espejo”. La encontré físicamente pasable, aunque muy delgada y, al parecer, cuerda. Me dijo que me recordaba y me abrazó con efusión. Cuando nos quedamos solas, y con mucho misterio, me tomó de la mano, me condujo frente al espejo y, mirando a su alrededor con desconfianza, casi me susurró... “te voy a decir un secreto porque sé que eres mi amiga de verdad. Cada vez que

necesito algo, el espejo se abre, como la puerta de una casa, y entro en ella, en él.... Ahí hay de todo.... Bellezas en ropa, zapatos.... Comida.... No falta nada. Pero no se lo digas a nadie....” Vi los cielos abiertos, ante la posibilidad de compartir con ella tal experiencia. ¿Podemos entrar ahora? -le pregunté ansiosamente. “Hoy no -me contestó con cara contrariada- la puerta está rota y la están arreglando”.

Su compañero constante es un gato.

Según las noticias más recientes de una vecina, con quien me he mantenido en contacto, la vida de Alicia* en los últimos tiempos no ha tenido variaciones que valga la pena mencionar.

*Nota aclaratoria: Por cuestiones de seguridad el nombre verdadero de la protagonista no ha sido utilizado.



Dynamic Hieroglyphic of the Bal Tabarin, 1912. Gino Severini

*Todo exiliado es un sobreviviente
Que rescata del naufragio la patria
Convirtiéndola en su única balsa.*

.....
*Extrañado hasta de su propia sombra
deambula desencajado con paso cansino.
Es el más puro de los murmullos.
Sin embargo es solidario con Dios.
Presiente como suyo el dolor ajeno,
le aterran las más mínimas injusticias
y sabe que todo exilio es el mayor castigo,
convertido en crimen.*

.....
*Históricamente optimista
se desespera por la ausencia prolongada
de una muerte anunciada
que ya no sorprenderá a nadie.
Y aún así se replanteará el posible regreso;
siempre y cuando todo cadáver histriónico
tenga fecha de caducidad,
sino solo le quedará retornar
con su cotidiana fantasía.*

*Fecha de caducidad.
(Fragmento).
Felipe Lázaro.*

*Su voz era la de allí,
pero qué pena, qué pena,
no todos tienen antena
para la voz de Martí.
Él, solo habló para mí:
“Poeta de mi color
cuéntame un cuento de amor
dime a la sombra de un ala
por qué Cuba es una bala,
por qué Cuba es un dolor...”*

.....
*Diálogo en la casa de Martí.
(Fragmento).
Francisco Riverón Hernández.*

FOTO

*No en el clamor de una famosa fecha
roja en el calendario, ni en la breve
furia o fervor de la azarosa plebe,
la pudorosa patria nos acecha.*

*La siento en el olor de los jazmines,
en ese vago rostro que se apaga
en un daguerrotipo, en esa vaga
sombra o luz de los últimos jardines.*

*Un sable que ha servido en el desierto,
una historia anotada por un muerto,
pueden ser su secreto monumento.*

*Algo que está en mi pecho y en tu pecho,
algo que fue soñado y no fue hecho,
algo que eleva y que no pierde el viento.*

1985.

Jorge Luis Borges.

Había encontrado la foto, desaparecida por tanto tiempo, vertical, a la altura de la mirada, recostada muy cerca de la pared que crea la madera del librero. Entre esa madera y ella, enfrentándola, un pequeño espejo; incómodo, si hubiera podido expresarse, ante el desdén absoluto de los fotografiados que le daban el espaldarazo a su superficie azogada. Y a su derecha, como ofreciéndose, en actitud de “aquí estoy”, un libro de Cintio Vitier: *Ese sol del mundo moral*. ¡Curioso! ¿Casualidad? Triste destino, personal o colectivo de los fotografiados: desdeñando al espejo; y a la vez, mirar por años, sin ver, ni poder leer, la filosofía que contiene el texto frente a ellos; perdiendo la gran oportunidad de afrontar tantas disquisiciones. El libro y el espejo: instrumentos singulares al alcance de la mano y de la vista, para poner en juego un buen ejercicio mental y confrontacional, si los fotografiados pudieran, por arte de magia, humanizarse y usar el intelecto y la palabra. Oportunidades únicas, perdidas para siempre. Y, por el momento, la foto encadenada, libre ya, y en el proceso de circular, de ser vista y comentada.

No puedo negar que me dio gusto mirar, contemplar, ese simple rectángulo acartonado: la dichosa foto, cofre bidimensional

de imágenes y recuerdos, y revivir momentos, episodios, de mi vida pasada... y las de otros. Fue tomada en ocasión de mi boda. Lugar: los jardines de El Brage, en mi pueblo. Hay en ella tantas personas como historias. Es un rosario de memorias. Me puse en contacto enseguida con Esperanza, mi amiga de la niñez. La subí a mi colección de fotos, y se la envié. ¡Qué alegrón para las dos! Vernos todos, amigos y enemigos, esparcidos por el mundo de hoy; vivos, muertos en vida, y muertos de verdad, reunidos de nuevo, enmarcados en el rectángulo de la pantalla. Ayayayyy.... cuántos buenos recuerdos... y cuántas decepciones. Hemos decidido subirla y circularla en *Facebook*, anunciando que nos gustaría hacer contacto con los que en ella aparecen, o con sus familiares. Por supuesto, sabíamos que no todos estarían a nuestro alcance inmediatamente. Pero, vivimos en un lugar donde el tráfico con nuestro pueblo es constante, y cuando menos lo esperas hay alguien que viene, o va. Veremos qué sucede.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, agosto 4, 2012
To: IDM Identificación de memorias
Subject: Foto. CE #1

Queda fundado con este primer correo electrónico (CE#1), el proyecto Foto IDM (Identificación de Memorias). Para todos los interesados: Han pasado unos días y hemos decidido comenzar a distribuir la información. Paloma y Esperanza son las personas encargadas de diseminarla a través de correos electrónicos.

Personas involucradas directamente en las investigaciones: 5. Además de Paloma y Esperanza tenemos 3 participantes (P1, P2 y P3) que han solicitado permanecer en el anonimato. Lista actual de recipientes, englobados bajo la sigla IDM: Esperanza, Cherité, los Pavía: Amando II, y Amando T; Damián, Hortense, P1, P2, y P3. Queda la invitación abierta para otras personas interesadas.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, agosto 11, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #2

Ha llegado el momento de retomar el asunto, y el plan trazado comienza con este correo. Usted lo ha recibido porque aparece en la foto, o porque se ha involucrado voluntariamente en el proyecto. Infórmenos, por favor, a la mayor brevedad, si desea darse de baja, o si le interesaría participar más activamente. Hemos logrado conseguir datos y organizar recuerdos; recuperar contactos perdidos y rutas de vida. Gracias a la ayuda de buenos amigos, interesados en colaborar, y al poder y rapidez de la cibernética, estamos llenando espacios en blanco. Nos ilusiona y motiva la tarea de relacionarnos con personajes del pasado, aparentemente desconectados actualmente, perdidos en este mundo vasto, aunque accesibles y tal vez cercanos, gracias al poder de la tecnología para conseguir referencias, testimonios, y llenar los vacíos de un pasaje especial en el historial de nuestras vidas. Intentamos poner por escrito la información después de comprobar su veracidad con otras fuentes. Como se ha mencionado, Paloma Rojas, la que hoy les escribe, y Esperanza Cancio, además de ocuparse de las gestiones investigativas serán las encargadas de redactar estos correos con descripciones, comentarios, etc. Les rogamos que nos envíen, a la mayor brevedad, toda información relacionada con algún detalle de su vida, o de otra persona conocida en la foto. Intentamos enviar correos los sábados. Hasta la próxima semana.

From: palomarojas19@msn.com

Sent: sábado, agosto 18, 2012

To: IDM

Subject: Foto. CE #3

Se incluye, en documento adjunto, la fotografía de mi boda, tomada el 13 de diciembre de 1958. Tenía 20 años. En ella aparecen 16 personas identificadas: 8 mujeres, 5 hombres, 2 niños y 1 niña. Y 3 personas en proceso de identificación: 2 hombres y 1 mujer. La mayoría de los fotografiados son familiares y amistades, de los cuales tenemos detalles. Sin embargo, hay otros, con los que hemos perdido contacto, y queremos saber qué ha ocurrido con sus vidas. Los involucrados directamente con el proyecto creemos que sería un buen experimento a nuestra edad, despertar recuerdos, analizar rutas de vida, y conocer logros, triunfos, engaños, amores y desamores, entre otras fluctuaciones vitales. E investigar por este medio, y reflexionar hasta qué punto hemos

sido los artífices de nuestro futuro, (hoy el presente), o simplemente hojás al viento, a la merced de un destino histórico.

En el centro de la foto estamos Darío y yo, enfrentando el obturador de la cámara, al fotógrafo y a la vida, por primera vez como marido y mujer. Darío Pérez Cano era guapo, buen mozo y valiente. No le temía a nada. Ahí está, con su barba cerrada, aunque estuviera recién afeitado. Bien portado, con su traje negro y su corbata roja. Colores revolucionarios. Desafiante. El supermacho: cabello arisco, envaselinado, indomable; mechones incontrolables cayéndole sobre la frente. Fuimos felices. Aunque lo amaba con intensidad nunca intenté, seriamente, crear una familia con él. Muy inquieto, intranquilo... infiel. La inestabilidad de los tiempos tampoco se prestaba. ¿Cómo no lo percibí antes? Ahora me doy cuenta, cuando lo escribo, que se mostraban claramente su carácter y personalidad en el uso y la repetición del prefijo negativo, en la persona y en la época. Aunque debo aclarar: los tiempos y las historias, hasta el momento, se perpetúan bajo signos nefastos.

Mirando la foto de frente, el novio queda a la derecha, y a su izquierda la novia, una servidora, Paloma Rojas Casas, *the centerpiece*, el centro de atención. Y me complace. Siempre me gustó ser el personaje principal. Lo admito. Me lo dijo mi abuela varias veces, (q.e.p.d.), que se enorgullecía de su sinceridad: “mi nieta, aunque lleves ese nombre, no eres una blanca palomita. No eres mensajera de la paz, sino de la guerra. Te encanta el brete. Además de ser algo “mandona”, también te gusta ser el centro de atención. Tanto, que quisieras ser: la niña en el bautizo, la novia en la boda, y la muerta en la funeraria”. Pero qué digo, no son mis intenciones hablar aquí de muertos. Seamos positivos y brindemos por la vida. Quiero ser sincera: en esa época estoy... luzco, bien. Aparezco al centro, con mi pelo largo, rubianco, oxigenado, que me cubre la mitad del rostro, a lo Verónica Lake. Y mi mano izquierda, sostenida del brazo del amor de mi vida... en esos momentos, al menos. ¿Me apoyo en él solamente? No lo creo. Ahora percibo, con una nueva claridad, por el gesto de mi cara, y mi mano, tensa, posada en Darío, que me aferraba desesperadamente a él. Mis cinco dedos apretando su antebrazo. Clavada a quien pudiera haber sido mi salvación. Y él, orgulloso, satisfecho, de haberle ganado la presa, en esta cacería amorosa que duró casi tres años, a dos de sus mejores amigos: Francisco

Alfonso, y Romeo. Cuántas historias tengo para contar...., cuántas vueltas me dieron y se dieron unos a los otros. Cuánto dolor. Y cuántas mentiras descubrí con el tiempo.

La primera mujer que distingo cuando miro la foto, después del mayor punto de atracción, los novios, es mi madre, en el extremo derecho, Doña Luisa María Casas, viuda de Rojas, cuarentona, con su trajecito, de falda y chaqueta azul Prusia, de buena marca americana. Se ve de cuerpo entero, y se destacan, ahora y ese día, claramente lo recuerdo: sus piernas bien torneadas, sedosas bajo el efecto de medias largas, transparentes, cartera y tacones de piel azul en juego con el traje. Distingo, y recuerdo, su hermoso broche en la solapa, imitación de perlas y pequeños brillantes (¿de fantasía?), en juego con sus pendientes. Muy elegante. No estaba a mi lado. Percibo, de repente, su pose semi-orgullosa, aunque disimulada. Tez clara, enmarcada por su cabello color caoba oscuro, teñido y bien cuidado. Ahora me pregunto por qué no estaba de mi lado, y más cercana. Te perdono, madre, y nunca te olvidaré. Descansa en paz.

Directamente al lado del novio se encuentra su progenitora: Doña Micaela Cano-Pérez. Muy cerca de él, posesiva la doña.... La pobre, murió de sufrimiento tres años más tarde, y con un hijo preso, mi cuñado, quien no aparece en la foto. En esta fecha se encontraba fuera del país. En la faz de doña Mica se retrata, ese día, la sombra de la fatalidad. Su esposo, quien hubiera sido mi suegro, también se había retirado del mundo, y de la vida, relativamente temprano. Aparece, cuan larga era, vestida de negro, como inundada, sumergida en el luto. No era fea mi suegra, tez clara, cabello abundante, fuerte, como el de una jovencueta, canoso, recogido en unos bucles encima, y un moño en la parte posterior. Gracias a Dios que le evitó pasar por el dolor de perder a su segundo hijo, mi Darío, el único que le quedaba, años más tarde. Que en la gloria de Dios descance toda la familia.

A la derecha de mi madre está Doña Eladia Lombera de Rodríguez, la alcaldesa del pueblo, así la llamaban, reconocida por su generosidad y actitud amistosa; servicial con todos. Fue la mejor amiga de mi madre. Casada con quien fue también casi un hermano de mi padre, ex-Alcalde del pueblo. Éramos vecinas. Las casas se comunicaban por una puertecita en el patio. No tuvo hijos. Después de la muerte de su esposo ella se dedicó aún más a velar por nosotros. Aparece aquí en la foto, a la derecha, con

su vestido negro, de lunares blancos. Medias largas oscuras y tacones de charol. Cartera negra de piel brillante. Pose de importancia, barbilla levantada y mano a la cintura. Cabello oscuro, semicorto, con cerquillo. Cuarentona, todavía lucía bien. Tocaba la mandolina como los ángeles. Buena mujer, de quien hablaron mucho, y que ya descansa en paz, creo yo. Se desconectó de mi familia. Vivió en New York por varios años. Misterio: todavía no encontramos a nadie que nos diga cual fue su paradero final.

Esperancita Cancio, amiga de la niñez, compañera de grado desde el kindergarten, una de las personas clave en la consecución de este proyecto, aparece a mi derecha, ocupando el lugar de mis padres. Si mi padre hubiera estado vivo en ese momento, allí estaría. A pesar de sus debilidades, que le he perdonado, siempre se ocupó de su familia, o, mejor diría, de sus familias. (Vuelvo a preguntarme, por qué mi madre no estaba a mi lado.) Esperancita y yo, seguimos siendo amigas en el colegio y durante los años del bachillerato. Luce muy bien. Es muy linda, atractiva, graciosa, y sobresale con su vestido de flores, dándole un toque de color al ambiente. Zapatos y cartera rojos. Pelado moderno, cabello corto, ojos claros, hermosos, como los de los gatos, y tez impecable. Esperanza y yo siempre hemos buscado la manera de estar cerca. Estudiamos juntas, ambas tenemos un *Master* en Psicología de la Universidad de Loyola, y estudios de Postgrado en otras materias relacionadas. Hemos sido colegas eternas en nuestros trabajos, y en cualquier proyecto que se le ocurriera a la otra a través de los años. Para mí ha sido otra hermana que me regaló la vida. Juan, su esposo de muchos años, la adora. Tienen dos hijos y cuatro nietos. Él no aparece en la foto. Era de la capital y en esa época no se conocían.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, septiembre 1, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #4

Mi hermana Lucía aparece a mi derecha, cercana a mí, y en un plano más bajo. Cuánto nos quisimos. “Trigueñita lavada” de cabellos oscuros, semirrizados, que le llegan a los hombros. Blusa blanca, fina, de mangas cortas algo abombachadas. Falda negra sobre las rodillas, hermosas piernas con medias oscuras y

zapatos de tacón alto, “siete pisos”. Sobresale. Es la más alta del grupo, y la más elegante. Con su collar de perlas de tres vueltas. El famoso collar, que tanto dio que hablar. Y tanto, que dio “pie para la décima”, en este caso un soneto: “Yo he visto perlas claras de inimitable encanto, de ésas que no se tocan por temor a romperlas; pero solo en tu cuello pudieron valer tanto, las burbujas de nieve de tu collar de perlas...y más aquella noche del amor satisfecho, del amor que eterniza lo fugaz de las cosas, cuando fuiste un camino que comenzó en mi lecho y el rubor te cubría como un manto de rosas...y las ví como nadie nunca más podrá verlas, pues te tuve en mis brazos, al fin, aquella noche, vestida solamente con tu collar de perlas...” Poema que publicó tarde en su vida, para no comprometerla, su enamorado perenne, José Ángel, uno de los mejores poetas románticos de la época. Pero esa historia no cuajó. Lucía vivió entre la capital y el pueblo. Allí estudió, y trabajó, en una gran librería donde fue ascendiendo; y allí se quedó, cuando terminó sus estudios. Cuánto nos quisimos, y qué poco disfrutamos nuestra cercanía. Cuán alejadas estuvimos, aún viviendo cerca, sin imaginarnos que la vida tenía sus planes.

Años más tarde Lucía vivió en Praga. Se marchó de la isla, casada con un checo, que vino de visita a un congreso en la capital. Coincidieron, y se conocieron en una convención de intelectuales, a la cual ella había asistido representando a la famosa librería. En ese país, del que siempre habló tan bien, se había involucrado con la vida artística. Le encantaba la música, como a nuestra madre; y las obras de arte. Era una gran admiradora del “*art nouveau*”, y de Alfonso Mucha. Me contaba siempre con gran admiración sobre la historia de la ciudad, su gente admirable y sus obras de arte. De Mucha resaltaba los vitrales de la catedral de San Vito. No tuvo mucha suerte en la vida. Por allá, perdió a su hija de 16 años en un accidente, y se enfermó de los nervios. Le daban depresiones. Volvió al país, de visita, por un tiempo, pero se deprimió aún más. Regresó con el esposo después de dos años de separación, y murió ahogada, en Praga. Se lanzó, o la empujaron, al río Ultava, en 1982, durante la celebración del 625 aniversario del famoso Puente de Carlos (también conocido como “puente del diablo”, nombre obscuro y prohibido). Me he preguntado infinitas veces acerca de su destino. Ir tan lejos a buscar la desgracia y la muerte. Como si hubiera sido escogida, llamada por la fatalidad, y enredada en esa madeja misteriosa. Su

mejor amiga, Hortensia, hoy conocida como Hortense, que aparece a su derecha en la foto, también estuvo por Praga. A pesar de haber sido la solterona eterna, tuvo mejor suerte: se casó con su viudo, y hoy es la gran señorona. Sigue viviendo por allá. Volteretas de la vida...(siempre fue “quitanovios”)...no te ofendas Horte, estoy jugando, sabes que te aprecio siempre. Ahora que la miro bien, luce algo estrafalaria en la foto. Verdaderamente no está muy bien combinada: lleva bolero y falda, hasta el tobillo, de color café; blusa blanca de mangas largas (uf, qué calor pasaría). Cabello oscuro, cerquillo que le cae sobre los ojos. Y zapatos blancos. En conclusión: peleada con la moda y nota de suspenso en “el buen gusto elemental”, especialmente ese día. (Otra vez perdón, Horte. Sabes que te quiero. Y me gustaría verte si vienes por acá. Vale, eh?). Sin embargo, le damos notable, o mejor, sobresaliente, en el diploma matrimonial. Lleva años muy bien casada, con el viudo de mi hermana.

Y distingo en la foto, en un plano más bajo que el de Lucía, y cerca de Hortense, a Amando Pavía II, hijo del difunto Amando Pavía I, muy amigo de mi abuelo, y hasta emparentado con nosotros, oí decir. Dato pendiente, que hasta ahora no he investigado. Sus descendientes andan desperdigados por el mundo, pero nuestras familias han tratado, por ambas partes, de mantenerse en contacto siempre. Él solo representó a su parentela en ese día memorable para mí. (Eso pensábamos, aunque nos hemos enterado, o lo habíamos olvidado, que fue acompañado por uno de los niños en la foto). El hijo de Amando II, casi recién nacido, y su esposa, algo delicada en esos días, justificadamente no estaban en la fiesta. A propósito, el nuevo vástago sería el tercero en la línea. Se comentaba, entre íntimos, que intentaban ponerle el tres en números romanos como segundo nombre, pero parece que con uno de los tópicos de moda, acerca de la igualdad y la fraternidad, estaban impresionados. Evitando lucir mal, por mucho tiempo no hablaron de aquéllo. Finalmente, lo inscribieron como Amando, nombre de pila, y Tercero como segundo nombre, pero le decían Amando T. Este Amandito, Amandote, o Amándote, (como le decían algunos) se fue muy joven para España, a vivir con unos familiares en Algeciras. Más tarde irían sus padres. Allí se hizo un hombre. Era listo, vivo e inteligente, aunque no tuvo facilidad para el estudio. Terminó el bachillerato y se puso a trabajar. Empezó como recaudero y cargador de barcos, y llegó a ser comerciante ambulante en

los muelles de varias ciudades por el Sur de la península. En una ocasión, con una borrachera de altura, que así y todo le permitía caminar erguido, abordó un barco, invitado por un marinero, compañero de tragos en la última taberna, y subió a su camarote para ver películas de relajó, y de paso comprarle tabacos, baratijas para re-vender, y posiblemente alguna droga de contrabando. Se despertó tres días después en Túnez. Allí se enamoró y encaminó su vida. Llevó a sus padres con él. Y le hizo honor a su nombre. Dicen que tiene 6 hijos, reconocidos, el primogénito quien también se llama Amando, es el cuarto en la línea. Y según las últimas noticias, administra con su padre en el Sahara tunecino, el Yadis en el oasis Ksar Guilane, al sur de Túnez, a cuatro horas de Djerba. *Resort* de lujo, donde cada tienda, de piedra y *canvas*, recuerda las de los beduinos, con todas las comodidades, para relajarse después de las excursiones por el desierto en Jeep, en camello, o a caballo. Hemos visto fotos de la familia en *Facebook* con leones y otros animales salvajes. Les ha ido muy bien, aunque hace algún tiempo que Esperanza y yo no sabemos de ellos. Nos preguntamos cómo estarán con la cantidad de problemas que hay por los países del Medio Oriente y cercanías.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, septiembre 8, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #5

Se celebra hoy el Día de la Caridad del Cobre. Felicidades Cary, dondequiera que te encuentres. Te queremos y recordamos siempre. Nos alegramos de tus éxitos. Esperamos que ésta sea tu dirección correcta, que recibas este correo, y que la información que aquí aparece sea justa y verdadera. Déjanos saber qué te parece.

María Caridad aparece a la izquierda de mi hermana Lucía. Fuimos vecinas de niñas, jugamos de pequeñitas, y aunque después vivíamos bastante lejos una de la otra, de vez en cuando nos encontrábamos en el parque o en alguna fiestecita. Cuando terminó la escuela secundaria se mudó a la capital. Allá estudió, y se graduó en la “Academia de Arte, Pintura y Escultura de San Alejandro”. Vino al pueblo ese día para asistir a mi boda. Es casi tan alta como Lucía. Siempre tuvo estilo. Con su pelo castaño, largo,

suelto. Se destaca un arete grande, largo, en forma de lágrima, de plata o blanco, del lado derecho; la oreja izquierda y parte de la cara semicubiertas por su cabello, el estilo “hollywudense” de la época, parecido al mío. Vestido azul, palidísimo, por encima de la rodilla; y cayéndole de los hombros una estola sensacional. Muy elegante: de raso dorado, con diseño de espigas en tonos canela y azul índigo, rematada con flecos; sobrepasando, ligeramente, el dobladillo del vestido. Ella y mi hermana resaltan en la foto por la vestimenta, la belleza y el estilo. Ahora que las veo, me siento casi opacada. Cary se fue del país bastante temprano. Casada con un turista italiano, algo mayor, que se parecía a Fellini y decía que tenía negocios de restaurantes. Lo conoció una noche caminando por el Malecón. Algunas amistades me contaron que la vieron en varias ocasiones, paseando con él, y otros turistas, por el área de la catedral y otras secciones del casco antiguo. Le fue bastante bien, (según me ha contado Esperanza, que conoce a una prima quedada en la isla, quien nos facilitó su correo). Siempre tuvo inclinaciones artísticas. Le gustaba pintar. Se las ingeniaba para conseguir pinturas, las que fueran, de turistas que venían de visita a la capital y a las playas y los enredaba en sus conversaciones. Parecía husmear, buscando un buen partido, en el ambiente callejero, o en los hoteles, donde entraba lo mejor arreglada posible para conocer extranjeros, hablar con alguno que le pudiera resolver por el día, por el mes, o para siempre. Y lo encontró. Era viva, convincente, y tenía dotes como para hacer hablar a un mudo, y caminar a un parálítico. Le encantaban, de joven, las películas italianas, y da la casualidad que se parecía un poco a Laura Antonelli. Al menos, eso decía ella que le comentaban los turistas italianos. (Bah...Exageraciones y cuentos...). Según me contaron, estuvo viviendo en Nápoles por un año, nada menos que en los lujosos apartamentos de la Galleria Umberto. Convenció al marido a mudarse para Roma, donde tenía una pequeña *trattoria*. Allí se dedicaba, en los inicios, a vender algunas de sus pinturas, sin mucho éxito. Hizo conexiones con el teatro y ahí sí que tuvo suerte. Empezó en teatricos pequeños, trabajando con las marionetas, donde conoció a la famosa Fiorella Santi, marionetera insuperable, y creadora reconocida a nivel mundial, de la cual aprendió muchísimo. Tanto, que hoy se menciona su nombre entre las mejores. A partir de ahí, se dedicó a maquillar no sólo los rostros de los actores, sino que también intervenía

en asuntos del decorado, los telones, los muebles e interiores, inyectándoles con su buen gusto, creatividad, y sentido de la estética todo lo que tocaba. Llegó a ser parte importante del equipo encargado de las representaciones teatrales, incluyendo las operáticas, revistas musicales y ballets; contribuyendo en varios aspectos de estas producciones con toques artísticos y pinceladas de un gusto y una originalidad poco comunes. Nada, que hoy Cherité, su *nome de guerre* actual, es reconocida entre los mejores. Y goza a estas alturas de fama internacional. Recientemente contribuyó con sus talentos a la exitosa presentación en el Teatro de la Ópera en Roma de una nueva versión de *Madame Bovary*, en la que hace resaltar toques modernos, de acuerdo con los tiempos. En algunas de sus obras aparecen personajes que se suicidan al estilo terrorista, ataques subversivos, y vuelos de drones. Todo ello, marcado por una ironía magistral, donde se manejan la crueldad explícita y la estética pop. El año pasado logró un éxito rotundo su versión totalmente revolucionaria de *El soldadito de plomo*, que causó gran revuelo en el mundo de la crítica con sus nuevas modalidades. Los que la conocieron, dentro y fuera de nuestro país, están muy orgullosos de ella. En los periódicos, y en la calle, es conocida como “Cherité la incendiaria”.

Cerca de mi hermana veo a Francisco Alfonso y a Reynaldo. Al primero, lo recuerdo claramente en esa ocasión, obsequioso y coquetón como el pez en el agua, nadando alborotado en su pecera de amor, con tres mujeres, jóvenes y hermosas a su alrededor. No se sabía esa noche cuál le gustaba más, o sería la escogida. Parecía que mi hermana Lucía se ganaría “el premio”. Futuro abogado, buen mozo, de buena estirpe: un buen partido. Mostraba intenciones claras de quedarse en mi familia. Ya lo había intentado antes conmigo. Era deportista, buen jugador de baloncesto, y excelente nadador. Su pelado al estilo “alemán” o “cepillo” lo distinguía de los demás de su género. Traje oscuro, camisa blanca, corbata oscura. Su faz, refulgente en la foto; feliz, alegre, alborotado entre las “muchachitas” más bonitas de la fiesta. Ni se imaginaba entonces, que terminaría su juventud en una cárcel, de la que saldría destruido físicamente, pero con su corazón y cerebro de valiente, intacto y listo para continuar la batalla. Seguimos siendo amigos mientras vivió. Es el héroe de la foto. Su presencia la realza. Noto una especie de halo luminoso alrededor de su cabeza. O será mi imaginación.

A Reynaldo, su amigo de toda la vida, ya desaparecido, lo recordaremos siempre. Luce arrogante en la foto; con su pelo negro, medio crespo, abundante, de guayabera blanca y pantalones negros. Mirada sufrida; ojos claros, tristes, de color indefinible. Una especie de luz, la de los elegidos, ilumina su semblante. ¿Tímido? O solo en apariencia. Modesto y comedido, tal vez en su aspecto exterior, pero que no lo contradijeran en sus principios, o su manera de pensar, porque se convertía en una fiera. Era poeta y escritor. Fue perseguido y maltratado. Mientras todos pensaban que ya se encontraba lejos, vivía escondido en un parque, sus talentos eran reconocidos en el mundo y se le otorgaban premios. Murió fuera del país, pero su memoria y su obra brillarán con luz inextinguible.

Y ahora lo percibo con claridad. En contraste agudo con Francisco Alfonso y Reynaldo está Romeo. Aparece al lado de “la Alcaldesa”, en el lado opuesto de la foto. Casi al final del lado derecho del grupo. Pelo oscuro, abundante, mota caída sobre la mitad de la frente, con su pelado estilo Elvis Presley. De traje negro, camisa blanca, corbata negra de pajarita. ¡Huy! ¡Cuánta obscuridad... hasta los zapatos! No se le ven las manos. ¿Dónde las tendrá? A su izquierda está “la alcaldesa”, más lejos, a su derecha, mi madre. No lo sabía ese día, me enteraría con el paso de los años; y descubriría en un episodio triste, la razón por la que “la alcaldesa” se oponía a mi noviazgo con él, a pesar de que, aparentemente, se llevaban bien. Él venía a casa con frecuencia. Y, por supuesto, se le facilitaba, por la cercanía y la familiaridad, circular por el hogar vecino. Le encantaba la música y a veces, buscándolo en la otra casa, yo lo encontraba “arrobado”, contemplando a “la alcaldesa”, como él la llamaba en broma, mientras tocaba la mandolina. ¿Tuve que verlo para creerlo? No, me lo tuvieron que decir para poder aceptarlo como verdadero. Yo asistía a la universidad en esos años y, por consiguiente, vivía en una casa de huéspedes en la capital. Entusiasmada con el cine, desde siempre, y motivada con los estrenos, y la puesta de buenas películas italianas y francesas populares en esa época, me uní a un grupo de estudiantes de curso para ir al estreno de una película de Roger Vadim: *Y Dios creó a la mujer*, actuada por la actriz francesa, Brigitte Bardot, famosísima en esos años. En medio de la función, a causa de una explosión que hizo retumbar la sala, descubro, al salir del recinto, a quien era casi mi madre postiza,

corriendo entre la multitud, unos pasos más adelante de donde yo me encontraba, abracada a su Romeo. Llena de vergüenza disimulé, y ni me dí por enterada. Una chica del pueblo, algo mayor que yo, quien compartía mi habitación en la casa de huéspedes, me comentó días después, al notar mi tristeza, que esa relación era comentada *a sotto voce*, y que todos en el pueblo la sabían, menos mis padres, mis hermanos y yo.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, septiembre 22, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #6

En el grupo hay dos niños y una niña. Aparecen todos juntos, a la izquierda de la foto, y al frente, entre Lucía y María Caridad. Entre ellos reconozco a Damián, mi hermano. Para conocer el paradero de los otros niños, Osvaldo y Laura, fue imprescindible la ayuda de “las tres P”, y de Esperanza, quien se mantiene en estrecho contacto con la isla y sus aconteceres.

Empezaré por Damián, mi hermano. Es el más alto de todos los niños. Tendría entonces 13 años. Se destaca entre los demás no solo por la estatura, sino por sus pantalones blancos, fuera de estación. Ahora me doy cuenta que la foto fue tomada en diciembre. Y que en el vestuario, en los meses de diciembre y enero, en las regiones caribeñas se inclinan al uso generalizado de tonos oscuros en fiestas y recepciones, mezclando algún toque ligero en las telas o el color. En la ropa de Damián resaltan el blanco del pantalón y el azul pálido de la camisa. Y eso sí, para cumplir con la estación llevaba saco negro, o carmelita oscuro. Difícil de definir. Tal vez por el ataque de los años a los colores de la foto. Y ahí está mi querido hermano, de pie, a mi derecha, casi al frente, brazos en ángulo y ambas manos a la cintura, como si fuera un bailarín. O porque estaba inquieto, cansado de posar en una foto que para él no significaba mucho, desesperado por salir corriendo, o para irse a jugar con los otros de su edad. Creo que ha tenido bastante suerte en la vida, parece...hasta ahora. Contrasto su buena estrella con la mala suerte de mi Darío.

Mi vida no valía la pena, por algunos años. Viví con una gran inquietud, siempre pendiente de las locuras de los dos: Damián y Darío. Uno por muy joven y otro por muy loco. -“Se están bus-

cando una desgracia” -les decía yo. Les atraía el peligro, como a las luciérnagas la luz. Mi Darío intentó salir del país en distintas oportunidades, sin éxito. Con suerte, porque no lo agarraban en el acto. En una de sus intencionas, la última, logró salir en un bote, mar afuera, con mi hermano y cuatro personas más. Estuvieron varios días en alta mar, sin rumbo, fueron atacados por tiburones, cayeron al agua, algunos se ahogaron...entre ellos Darío. Sólo dos se salvaron, uno de ellos mi hermano. Exhaustos, y a punto de perecer, fueron rescatados de las aguas por los guardacostas, que milagrosamente los encontraron, siguiéndoles la pista, avisados por unos aviadores. Gracias eternas a esos hermanos, que salvaron a muchos, dedicándose a estos rescates, y pagando con el sacrificio de su propia vida el precio a su valor.

Damián llegó solo al exilio, lo acogió tío Germán, hermano de mi padre quien, aburrido de los problemas políticos en nuestro país, hacía unos cuantos años que se había establecido en Nueva York. Estaba bien casado y con dos hijos. Tuvo compañías de seguros y terminó siendo corredor en la Bolsa de valores. Trató de orientar a Damián como si fuera su hijo menor, le pagó sus estudios y trató de inclinarlo hacia la contabilidad o las leyes, pero sin éxito. También a él, como a Lucía, y a nuestra madre, le atraían el arte y la música. Siempre ha vivido en New York. Hoy en día está casado, con la misma mujer: Leonella, americana, descendiente de italianos, sicilianos, expertos en *pizzas* y *spiedini di mare*. Dice él, sigo casado con la mujer original, con doble significado. Porque es la primera, pero aclaro yo, no la única. Y original lo es, en todos los sentidos. Él también lo es. Creo que el matrimonio ha durado por la originalidad y la flexibilidad. Tienen tres hijas que viven cerca de ellos. Inútiles... perdón... son graciosas. Para mí, ninguna se le parece. Hace años que es restaurador de obras de arte. Está conectado con los mejores museos de Norte América y de Europa. Participó en la última restauración de los frescos del Vaticano, y ha contribuido en restauraciones de obras de Da Vinci, Velázquez, El Bosco, Singer Sargent, Gainsborough y algunos impresionistas franceses. Ha trabajado con el Instituto de Arte de Chicago, el Museo Metropolitano de New York, y la Galería Tate de Boston. Repito: Ha tenido suerte en su vida. Al menos está vivo: algunos de sus contemporáneos, presentes en la foto, ya no están en este mundo.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, septiembre 29, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #7

La ayuda de Esperanza, y de “las 3 P”, fue imprescindible para el reconocimiento de los otros dos niños. Después de mucho investigar hemos comprobado que las noticias no han sido buenas. Se llaman Laura y Osvaldo y no están emparentados, posiblemente ni se conocían. La niña Laura, tendría 10 años, y luce espigada, a la derecha de mi hermano. Le preguntamos a él, pero no sabía quién era. Yo no la conocía, pero Esperanza sí, y asistida por dos de nuestros contribuyentes no identificados, logró conseguir datos suficientes para conformar su vida. Historia que ya había oído, pero que nunca hubiera asociado con esta hermosa niñita, testigo casual en la foto de mi boda. Qué linda lucía, con su vestidito blanco. Como una nota de color en la blancura, un ramito de flores: nomeolvides; colocadas al desgaire, en la cintura, rematando un lazo de tafetán verde Nilo. Su cabello castaño, largo y sedoso, controlado y adornado con una cinta y un lazo, del mismo tafetán, verde, el color de la esperanza. Parece que tenía ojos claros. ¿Verdes? No puedo precisar. Grandes, con una mirada clara, fuerte, de abanderada. Espigada. Estaba en esa edad de niña a mujer. Era de Manzanillo, y había asistido a mi boda con María Caridad, su madrina. Su visita coincidiría con la fecha de mi matrimonio, y Cari decidió que sería la acompañante perfecta para esa ocasión. (Datos puntuales recogidos por Esperanza, quien se comunicó directamente con Charité, que la puso al día). Esta niña llegó a ser, en su adultez, maestra de literatura, se casó y procreó una familia. Pero su esposo cayó preso, junto a muchos más. Horrible, pero reconocido y aceptado inapelablemente como el precio a pagar por decir lo que se piensa. Doloroso. Producto natural de las circunstancias que se han vivido, y resultado indiscutible de las condiciones establecidas por los que más mandan. Ella, con otras, solidarias en sus principios, optaron por salir los domingos, después de la misa, con gladiolos blancos; y transitar por algunas calles, en señal de protesta pacífica para demostrar el desacuerdo, la divergencia. Reacción apropiada, de disgusto sin violencia, la de estas mujeres, ante una situación inaceptable, coartadora de los derechos elementales, que se ha

convertido en un hecho rutinario. Todo muy natural... y como consecuencia, también natural, la muerte de Laura. Generosa: lo dio todo, incluso la vida. Queda entre sus remembranzas un bello detalle: su casa estaba abierta, y lo estará siempre, en las memorias de otras mujeres como ella, vestidas de blanco.

El niño, Osvaldo, de ojos grandes y avispados, tendría 13 años. Aparece vestido de traje azul prusia, con camisa blanca y zapatos oscuros. Había asistido a la boda con Pavía. No era del pueblo. Su madre, prima de la señora, vino a acompañarla en el parto, y había extendido la visita para ayudarla en el proceso de su recuperación. El joven, en su adultez, fue un luchador, defensor de la libertad y la dignidad, del disfrute de los derechos y el ejercicio de los deberes ciudadanos. Abogó por el desarrollo integral de los hombres de su tiempo y su circunstancia. Según nuestros asesores anónimos, Osvaldo pertenece idealmente al inmenso grupo de “los grandes quedados”. Fatalmente, perdió la vida bastante joven, bajo condiciones de tonalidades borrosas, pendientes de aclaración en un futuro cercano. Esperamos.

From: palomarojas19@msn.com
Sent: sábado, octubre 12, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #8

Creo que, por el momento, voy a interrumpir este experimento de la foto. Me siento algo deprimida. Ha sido difícil para mí, el tratar de vivir con esos pensamientos y ese afán de la búsqueda de la memoria, la comprobación de hechos y caracteres, de discusiones de todo género, de despertar recuerdos ya dormidos, situaciones desagradables, análisis psicológicos, descubrimientos de infidelidades de personas queridas, traiciones personales y patrióticas, sucesos dolorosos, cárceles, vejámenes, ahogados, carnadas de tiburones, y muchas cosas más, horripilantes en su mayoría, durante los últimos meses. He tratado de seguir adelante con mi vida, mi familia y mi trabajo. Pero es dura la confrontación, casi eterna, con todos esos fantasmas que se presentan sin mi consentimiento, en su actitud de “aquí estoy, porque estoy”. Las imágenes de cuerpos flotantes en el agua, o enredados entre las profundidades oscilantes de una vegetación marina se mueven y reflejan, en un vaivén repetitivo, inacabable, en el fondo

de mis pupilas, cuando intentando dormir cierro los ojos. Y se proyectan, en mis desvelos, como si fuera una película, actuada por cuerpos despedidos, lanzados por los aires, o enredados entre las algas en el fondo del mar. Una y otra vez sueño, y casi escucho, la explosión estruendosa y destructora de un avión en el aire. Imagino, también, la pena interminable de familiares a quienes solo les queda el gran vacío, insustituible, y la memoria heroica de las pérdidas: “Niñez perdida, vidas perdidas, raíces perdidas, en un espacio inquieto, movable y peligroso, localizado entre la desesperación y la esperanza, que cada vez se hace más lejana”. (Fragmento de una nota, encontrada entre mis papeles; escrita no sé por quién, cuyas palabras revolotean dentro de mi cabeza, como locas mariposas, y resumen la ansiedad que me consume).

From: esperancan01@msn.com
Sent: sábado, diciembre 1ro, 2012
To: IDM
Subject: Foto. CE #9

Les rogamos nos disculpen las interrupciones en el flujo de la información del Proyecto Investigación de Memorias (IDM). Aunque nos quedan por identificar tres personas más: dos hombres y una mujer, seguimos investigando y reuniendo datos para dar con su paradero. Si es posible, completaremos su historia, y confirmaremos si todavía viven. Les mantendremos informados al respecto. Por el momento, hemos decidido dejar descansar por un tiempo este proyecto. Paloma está en proceso de recuperación, consecuencia de una depresión temporal. Todos los que la conocemos y queremos hemos seguido esta investigación muy de cerca y con gran entusiasmo. Rogamos por su pronta sanación y retorno, plena de salud, a sus ocupaciones y a la conclusión de esta hermosa tarea, basada científicamente en el ejercicio de la investigación y el rescate de nuestra memoria personal y colectiva, intentado reconstruir con el recuerdo de una foto pasajes de nuestras vidas. Nos damos una pauta, e interrumpimos temporalmente este trabajo con las intenciones de retomarlo, y llevarlo a su consecución en un futuro cercano, con la asistencia insustituible de una Paloma saludable, recuperada, rebosante de entusiasmo y esperanzas, con ánimos renovados para el vuelo.

Esta labor apenas comienza. Intentamos seguir con las investigaciones. A los interesados ya involucrados en este proyecto, los animamos a que continúen asistiéndonos en la búsqueda de detalles en este proceso, aún sin terminar, y que estas experiencias sean un acicate para continuar contribuyendo en empresas futuras, similares, con el objetivo primordial y las expectativas de aprender aún más de nuestra historia, nuestras experiencias, y nuestros errores.

From: esperanca01@msn.com

Sent: sábado, enero 5, 2013

To: IDM

Subject: Foto. CE #10

Un Año Nuevo más, en nuestro calendario de la esperanza, (hoy escrito por Esperanza). Feliz Día de Reyes. Que en este día reciban el regalo más deseado. Muchas Felicidades y un Próspero Año Nuevo 2013. Paloma continúa mejorando. Seguiremos en contacto.

Antes de cerrar este mensaje, para completar el cuadro y el ambiente, unos detalles más que no se han mencionado, aún cuando le añadieran buen gusto y elegancia a la celebración de esa tarde. No aparecen en la foto, ni hay rastros de ellos, pero viven en la memoria de los que allí estuvieron. En otra parte del gran salón del “*Brage Yacht Club*”, que no sale en la foto, había una hermosa mesa, bellamente decorada con el pastel de boda, de la “*Dulcería Quintero*” (que resultó una exquisitez); botellas de licores varios, wiskis, vinos, y los consiguientes adminículos para comer y beber. Añadiéndoles color y elegancia al conjunto, dos hermosísimos arreglos florales del “*Jardín de Lucio*” en los extremos. Y como música de fondo, para disfrutar y bailar hasta bien entrada la noche, las melodías inolvidables de la “*Orquesta Swing Casino*”, de Rafael Sorí.



Los Caballitos, 2009. Eladio González

*¿Cómo puede seguir uno viviendo
con dos lenguas, dos casas, dos nostalgias,
dos tentaciones, dos melancolías?*

Heberto Padilla.

*Y yo te respondo, Heberto, talmúdicamente,
¿cómo no seguir viviendo con dos
lenguas casas nostalgias tentaciones melancolías?
Porque no puedo amputarme una lengua
ni tumbar una casa,
ni enterrar una melancolía.
Quisiera, al contrario,
singularizar lo indivisiblemente dividido,
hacer de dos grandes ojos una sola mirada.*

Provocaciones.
Gustavo Pérez Firmat.

*¿Qué tarde desconocida
se posará en los postigos
de mi casa y llenará
de luz los cuartos vacíos?*
.....

*Ya las paredes se marchan
y el pueblo, se ha convertido
en un bosque, ya la isla
es un sueño, ya los indios
la abandonan, vuela el mar
y el tiempo se ha reducido
a las sombras, ya ni Dios
imagina el Paraíso.*

*¿Qué tarde desconocida
se posará en los postigos
de mi casa y llenará
de luz los cuartos vacíos?*

Los cuartos vacíos.
Orlando González Esteva.

La casa iluminada

*Todo vuelve al pasado
cuando la muerte aúlla
y el crepitar de los días
se deshace en cenizas.*

*Vuelven las mismas voces
vagando en la memoria
llenando las distancias.*

*Y aquella casa
-viva para mí de nuevo-
de pronto se ilumina.*

*Casa clara de amor, de libros y de plantas.
Mi padre al escritorio leyendo o trabajando
o pasadas las diez con mi madre,
desde el portal llamándonos.*

*Y yo regreso a saltos de mis juegos
contando las estrellas por la acera
soñando más allá de los luceros.
Mientras en el portal ellos me esperan.*

.....

*Todos regresan juntos a la memoria ahora,
Todos portando lámparas, de lejos, del otro lado.
Y la casa, apagada, se hace toda de luces para mí de nuevo.
Una fiesta encendida en esta noche inmensa.*

.....

*El tiempo se detiene.
El agua lo ha bañado.
Todo se enciende. Sí,
como era entonces.
La casa sobrevive iluminada.*

*Esa lluvia de fuego que nos quema, 1988.
Rita Geda.*

JUVENTUD BICENTENARIA

Recuerdos y reflexiones en un 4 de julio.

Éramos felices allí, en nuestra “casita de antaño”, nuestro primer hogar fuera de la patria, a pesar del extrañamiento, las añoranzas de la familia, los amigos, y la tierra natal. También la recordamos como “la casita de la Foster”, llamada así por el nombre de esa calle de Chicago, donde todavía se encuentra, enhiesta y firme; y bajo esos términos nos referimos a ella cuando hacemos un recuento de nuestros hogares en la errancia del exilio.

“Nuestro *bungalow*” era otra acepción. Aunque sencillo, llegó a ser “nuestro fuerte”: nos acogía y protegía todo el año de las inclemencias del tiempo y de los peligros de la calle. No sólo en los duros inviernos, con sus tormentas de nieve y ventiscas heladas; sino también durante las otras estaciones, cuando nos proporcionaba la frescura natural, en el piso bajo, especialmente en los portales del frente y del fondo. El del frente era amplio.

Lo recuerdo con dos butacas grandes de madera, aposentadas en su piso, en los veranos, durante los años coincidentes con la niñez y adolescencia de mis hijos. Lo asocio con sus edades, porque los abuelos, y a veces los padres, u otros miembros de nuestra pequeña familia, solos, o acompañados ocasionalmente por buenos amigos o vecinos, nos sentábamos allí para cuidarlos cuando jugaban en el portal, montaban bicicletas, o patinaban en la acera. Hasta hubo columpio cuando los niños se convirtieron en jovencitos. El portalito del fondo era el que más se utilizaba, principalmente en la primavera, el verano y el otoño. Aunque pequeñito, tenía espacio suficiente para dos butacas de madera, acojinadas, muy cómodas; con una pequeña mesa circular de hierro entre ellas, y espacio alrededor donde abrir tres o cuatro sillas más, plegables, en las que se acomodaría una mediana compañía. Lo más agradable de este saloncito rectangular, situado detrás de la cocina, eran sus inmensas ventaneras de cristal que le daban aspecto de mirador.

Después del invierno, cuando el frío, la nieve, el hielo, las ventiscas heladas, y las temperaturas congelantes habían amainado, temprano en la primavera, se empezaban a abrir algunas de sus ventanas. Y cuando llegaba el verano se abrían completamente. Esto era casi todos los días. Y desde allí circulaba el aire a raudales por la planta baja, refrescando toda la casa, y se disfrutaban, a plenitud, las vistas del jardín.

El jardín era mediano, pero para nuestros ojos era grande y hermoso. Desde ese “mirador” se veían los patios vecinos de ambos lados, el fondo del garaje, y parte del callejón que se extiende, recorriendo la línea de los patios posteriores de mis vecinos, a izquierda y derecha. Estos callejones, o *alleys*, característicos de la ciudad de Chicago, se cruzan unos con otros, facilitando la cómoda circulación de los autos de la cuadra al salir de sus garajes, y el acceso a las calles secundarias que se encuentran en sus extremos.

Me enteré, después que lo compramos, que estos *bungalows* se pusieron de moda en la ciudad a principios del siglo XX y tienen características muy especiales. Toda la planta baja, incluyendo el portal del frente y el posterior, están elevados unos cuatro pies sobre el nivel de la acera. Desde esas alturas, como si fueran miradores, se pueden disfrutar: al frente, los paseantes

de la acera y el tráfico de la calle, y al fondo, las vistas del jardín. Visualizar desde este último el magnífico espectáculo de la naturaleza a medida que avanzan las estaciones, entre la primavera y el otoño, era un regalo divino. A lo largo del estrecho camino de concreto que se extiende desde el callejón, hasta los escalones que dan acceso al portalito, disfrutábamos el diario milagro del florecer, cambiante e incesante, de las hermosas hileras de tulipanes, narcisos, crisantemos, y otras flores, que se sustituían unas a las otras. Cuadro fabuloso de la naturaleza, ofrecido año tras año, a ambos lados del listón de concreto, hasta los cinco peldaños de madera que dan acceso, desde el jardín, hasta el pequeño mirador. A la belleza colorida se agregaba el aire perfumado por los arbustos de lilas, en pareja, vigilando la entrada posterior al jardín desde el callejón.

Nuestro antiguo *bungalow* está localizado en un vecindario de la clase trabajadora de Chicago, adonde llegamos, después de residir en dos edificios diferentes de apartamentos, donde vivimos con dignidad y decencia, aunque bastante apretados (en todos los sentidos de la palabra), durante nuestros primeros cinco años en la ciudad.

Nuestro núcleo familiar consistía de seis personas, categorizadas perfectamente en cuanto al número de parejas, a las generaciones, y al sexo. Si se hubiera planeado, no habría sido tan coordinada y perfecta la distribución: el grupo estaba integrado por tres parejas (los abuelos, los padres y los niños), que a la vez eran tres generaciones. En cuanto a los sexos también estábamos perfectamente balanceados: Había tres hombres y tres mujeres. Mi hijo era el tercer varón, completando el trío al nacer, con su padre y su abuelo. La niña, de igual manera completaba el triduo de mujeres con la madre y la abuela. En la edad, en los extremos, estaban: el abuelo, en los sesenta avanzados; y el nieto, el más joven, de apenas un año. En esa casa, el Benjamín de la familia dio sus primeros pasos, mientras que su hermana, caminando frente a él, lo alentaba, y a veces lo sostenía. Y los cuatro restantes de la familia, embobados a su alrededor, pendientes de que no se cayera, o se hiciera daño, le guiaban y animaban con gestos y palabras, sin tocarlo, señalándole y abriéndole el camino. Casi siempre teníamos invitados especiales: amigos, o parientes, recién llegados de la isla, ansiosos de trabajar para sacar adelante

a los suyos, que ya venían acompañados de familiares, o solos, listos para agarrarse del primer trabajo que se les presentara y así prepararse a su vez, para enfrentar las luchas de la vida y reclamar o ayudar a otros familiares o amigos que lo necesitaran.

Entre muchas experiencias vividas al comienzo, y durante el transcurso de esta nueva etapa, este día especial marcó un momento inolvidable en la historia de nuestras vidas. Al amanecer, bien temprano en la mañana, cuando me encontraba recogiendo el periódico del portal, escuché el sonido del resorte de la doble puerta de una casa vecina frente a la nuestra, al cruzar la calle, justo al abrirse. Con curiosidad instintiva mis ojos buscaron el origen del sonido y la causa: la puerta se abrió, y alguien salía. Era Beth, una amiga de mi hija. Lo primero que distinguí fueron sus ojos, grandes y azorados, asomándose al exterior. Movié la cabeza rápidamente, de un lado al otro, como buscando algo, o a alguien. Y el cuerpo, fino y delgado, anticipado por un pie con zapato escolar, quedó en su totalidad ante mi vista. Moví la mano para saludarla. Ni lo notó. Sus ojos buscaban algo más.

No pude precisar si, en ese instante, estaba en busca de su gato, de algo, de alguien, o acosada por un peligro. La conocía bien. Al igual que ese animalito, Beth era dueña de un resorte secreto, listo para ponerse en acción con igual eficacia, engolándose bajo una caricia de su piel sedosa, o respondiendo con violencia al sentirse amenazada.

Atravesó el portal como una centella y descendió los escalones a pasos rápidos. Saltó a la acera, alerta, acechante, impaciente, nerviosa. Llegó a la esquina y dobló. Me pregunté adónde iría tan temprano. Eran solamente las seis y media de la mañana. No había escuela ni trabajo. Era el cuatro de julio, día de celebraciones. Seguramente la madre dormiría aún.

No supe valorar el momento. Sería la última vez que la vería viva.

¿Por qué había cambiado tanto en los últimos dos años?

Era una de las alumnas más inteligentes de su clase. Recuerdo claramente el día de su graduación de la escuela primaria. Cuántos halagos le prodigaron mientras le entregaban diplomas y menciones de honor. ¡Qué jovencita tan privilegiada! Era figura eje, en halagos y menciones, en casi todos los actos que se celebraron en ese día lleno de emociones. Muchos habían sido orga-

nizados por ella, para otros estudiantes. Beth había compuesto y escrito las semblanzas para sus compañeros y compañeras de clase; y ella misma las leyó en esa ocasión, demostrando su agudeza mental, su facilidad para escribir y para comunicarse. Su generosidad y nobleza para realzar los méritos de sus compañeros y compañeras de curso eran patentes.

En realidad no era una belleza de certamen, pero sus ojazos oscuros, de mirada viva e inteligente, en un cutis claro, de mejillas rosadas limitadas por los paréntesis de dos hoyuelos, resultaban un conjunto atractivo. A mi mente vino, no sé por qué, el recuerdo de la última vez que le había arreglado el cabello. Era compañera de clases de mi hija, y se había empeñado en que yo, quien a veces le servía de peluquera improvisada a mi niña, le diera el mismo corte, y se lo arreglara. Inmediatamente me negué, no tenía entrenamiento para ello, mis habilidades iban en otra dirección; pero ella, persistente y luchadora, me convenció. Lo hice con gusto, aunque temerosa, y todo salió bien. Lucía de maravillas y estaba feliz. A partir de entonces fue “mi clienta” para cortes y arreglos capilares. Mi pago era una gran sonrisa, una cara satisfecha y unas gracias de corazón. Así dichas, en español, aprendido en el colegio, y orgullosa de su buena pronunciación. Creció, y se hizo una mujercita, en la casa al frente de la nuestra, al cruzar la calle.

Todos en mi casa tratamos de ayudarla, a ella y a la madre. Yo lo intenté, en más de una ocasión, pero mis manos, ni mis palabras, llegaron a alcanzarla. Supe por mi hija que se quejaba de la madre, la cual había caído en un estado de apatía hacia la familia y la vida en general. La madre trabajaba en una oficina, pero una hermana la ayudaba, cuando podía, con los hijos, cuando ella trabajaba horas adicionales. Eran cuatro hijos. Había tres varones, mayores que ella. Ella y la madre eran las únicas mujeres de la casa. La madre era viuda y, suponía yo, estaría cansada de luchar por la familia, sola, de trabajar, de criar hijos, de entablar diariamente esa lucha encarnizada, la mayor parte de las veces sin esperanzas, para que sus hijos fueran decentes, honrados, buenos, y salieran adelante.

Pocas veces tuve la oportunidad de hablar con Beth largamente durante el último año. En esas ocasiones involucraba a la madre en nuestras conversaciones, y le preguntaba por ella.

Pensaba que esas pláticas serían saludables, y que, al hablar de su progenitora, podría llegar a comprenderla mejor. Y se daría cuenta, entre otras cosas, que los padres también necesitan la paciencia y comprensión de los hijos. No sólo la ayuda en las faenas, sino el apoyo espiritual, la comprensión, y el compañerismo que se va fortaleciendo con la buena comunicación, la simpatía mutua, la afinidad y la amistad. Me sentía mejor preparada para esa misión que para cortarles y darle estilo a su cabello. Había tenido experiencias en casos similares al de ellas. Aspiraba a que se acostumbraran a hablar, a discutir sus ansiedades y desarrollar un sentimiento de amistad y entendimiento, sobre la base del amor, que ya pensaba existiría. Yo sentía compasión por las dos, pero mi corazón se iba hacia Beth. No dudé nunca que su progenitora la quería, pero lo triste es que parecía no importarle la hija. Daba muestras de indiferencia. Antes de caer en este estado casi de abulia, había luchado con los hijos mayores, que estaban, o habían estado involucrados con la droga y el alcohol. Tal vez esto explicara el estado de agotamiento de la madre, quien fracasada y vencida en la tarea más importante de su vida, se había refugiado en la inercia ante el *fatum* familiar.

Sabía que Beth sufría por los estados depresivos de su progenitora. Seguramente las penalidades la habían hecho madurar antes de tiempo. Recuerdo la ocasión en que ella y mi hija estudiaban para la clase de religión. Preparaban una presentación donde se discutirían los conceptos de la vida y la muerte desde una perspectiva individual. Yo estaba cerca y, sin quererlo, escuché cuando leían sus puntos de vista; los de Beth me asombraron por su profundidad. Sus argumentos fueron varios. Entre ellos recuerdo que opinaba que se debe transcurrir por la vida, así como enfrentarse a la muerte, con una actitud de dignidad y plenitud. Fue la última vez que estuvo en mi casa. Más tarde supe que ella también había caído en el vicio. Pobre madre, tendría que recorrer, por tercera vez, el desagradable camino emprendido por los hijos varones, esta vez con su única hija.

Recuerdo que hubo una ocasión en la que vi a Beth feliz, muy feliz. Estaba enamorada, con ese primer amor de la adolescencia. Los veía a veces llegar, o salir juntos de la casa de ella, o a la salida de la escuela, con las manos enlazadas, hablándose con las miradas. Después riñeron. Y cuando ella andaba sola, y me veía

en la distancia, procuraba esquivarme. Actuaba extrañamente. Pensé que estaría pasando por uno de esos estados, de neurastenia, o histeria, o un cambio pasajero de personalidad, típico de la adolescencia. Pero, sin yo saberlo entonces, ya se había convertido en un peligro. Por esa razón me esquivaba. Cuando intenté tener una conversación con ella no me miraba de frente como antes. Temía que leyera la verdad en sus ojos. Ya entonces había adquirido, para su desgracia, el poder que le roba el vicio a la inteligencia para enredar a los demás en su tela de araña. Y lo utilizó. Nos enredó a casi todos en su red de invenciones y manipulaciones. Estaba rodeada de un grupo de viciosos de la droga y el alcohol. Jóvenes, entre catorce y diecinueve años, con arrugas en la cara y bolsas oscuras bajo los ojos, con miradas vacías y tristes de viejos prematuros. Y en los labios, huellas de llagas, quemaduras, cicatrices, cortadas, sonrisas de comisuras caídas, o carcajadas descontroladas, sin razón ni explicación. Mutismos, o conversaciones palabreras en exceso, historias sin sentido, rápidamente contadas, para confundir, cuando los más confundidos son ellos. O silencio absoluto. Miradas vagarosas, al vacío, pupilas clavadas silenciosamente en el infinito. Parpadeos nerviosos, muecas, risas por nada, o estado letal. Soñadores despiertos con sonrisa beatífica. Dormidos de pie, fuera de balance, casi cayéndose. O echados en las aceras, sin sentido, sin importarles que cualquier degenerado, u otro como ellos, los orine, los vomite, los defeque, o quién sabe a qué violación los sometan. Caras que reflejarían, si algo reflejaran, el tedio, el aburrimiento o el cansancio de vivir en plena juventud.

Esa tarde, de repente, se escuchó una sirena. Corrimos todos al portal, en el instante que una ambulancia salía rumbo al hospital, con Beth adentro, en un estado de profundo sueño. Más tarde supimos, por su propia familia, que no llegó con vida. Y que un auto a gran velocidad, tratando de evitar el enfrentamiento con la ambulancia, perdió la dirección, se subió a la acera, y chocó contra el hidrante de la esquina. Todo ocurrió con una rapidez pasmosa. El agua se escapaba a chorros. Pocas horas después nos enteramos que Beth había muerto intoxicada por un exceso de tranquilizantes.

Esta noche de verano, desde mi portal, pienso en el final trágico de un día de fiesta. Irónicamente, se alumbran los rostros de

los que me acompañan, mientras contemplamos un cielo iluminado de fuegos artificiales, acompañados de una enorme lluvia de luces de bengala. Cohetes y toda clase de voladores, atruenan, y ensordecen con sus estallidos a los habitantes de la ciudad que celebra ese día la fecha más memorable de los Estados Unidos. En este ambiente de fiesta distingo las luces de la casa de enfrente, sola y silenciosa. Miro a la puerta, que unas horas antes se abrió ante el día, para una joven de la edad de mi hija, de la misma edad de miles, millones de hijos de los demás padres y madres en el mundo; y embargada por una tristeza infinita distingo, muy cerca de la acera, deslizándose por la orilla de la calle, el llanto silencioso de un hidrante, pintado de blanco, rojo y azul.

Chicago, 4 de julio, de 1976. (Celebración del Bicentenario de los EEUU).

Nota de la autora: Esta historia es real. Fue escrita al día siguiente de la muerte de Beth. Actualmente no vivo en Chicago. En fecha semejante, 40 años después, he visitado la ciudad de nuevo. Recién he visto y caminado por los alrededores del *bungalow* de la Foster. Todavía se mantiene dignamente en pie. Con sus portales, al frente y al fondo. El del fondo, más aislado y tranquilo, seguramente es utilizado todavía para refrescarse en los veranos, entretener a las visitas, contemplar las flores y disfrutar el perfume de las lilas al fondo del patio, todavía presentes. La casa del frente, al cruzar la calle, permanece enhiesta, cuidada y limpia. El hidrante, silencioso, impávido, continúa en su sitio, contemplando indiferente el paso de la vida.

Pensé en Beth.

(Chicago, 4 de julio del 2016).

COMENTARIOS A LA CUENTÍSTICA DE MIRZA L. GONZÁLEZ

Detrás de la historia oficial de un país se encubren senderos irregulares que son las vidas de sus habitantes, seres pintorescos o extraordinarios que pululan en leve chisporroteo, como luciérnagas encandiladas cuya luz nos alumbra por instantes antes de devolvernos a la oscuridad de sus destinos incomprensibles. A partir de esas vidas únicas y sorprendentes, de sus encuentros y talentos extraordinarios, aunque a veces inútiles, y de sus pasiones flagelantes, se han tejido estos cuentos recientes de Mirza L. González, nacidos de una curiosidad que busca y rebusca en el misterio del tiempo como destino. En cada cuento se enredan situaciones cotidianas y también inexplicables, con detalles que invitan, impulsando al lector a sumergirse en la multiplicidad de las expresiones del azar. Entre la diversidad de situaciones y personajes que la autora ha creado, bastaría mencionar a Paloma Rojas, la protagonista y narradora que conduce a los lectores a través del cuento titulado “Foto”. A partir de una vieja fotografía, se extiende un mapa salpicado por una explosión de nombres y direcciones que se cruzan en la distancia hasta que, de pronto, el pasado comienza a tomar forma como una imagen proyectada en una pared llena de huecos. Los misterios se intensifican mientras las fronteras pasan y se esfuman, porque las vidas de los personajes representan la multiplicidad dentro del yo que siempre está dejando de ser. Si los fantasmas se ocultan en la oscuridad de un presente incrédulo, estos cuentos de Mirza afirman y cuestionan el significado de cada encuentro y también de todos los lazos invisibles que nos atan aquí y allá.

Olympia B. González, Ph.D.
Associate Professor, Loyola University.
Chicago, IL.

...

Mirza L. González es una notable investigadora, ensayista y profesora de gran experiencia, y *Astillas, Fugas, Eclipses* es su primer trabajo de creación. El libro se inscribe dentro de un fenómeno de singular variedad: el de la narrativa cubana del exilio....

Su mayor mérito es el mismo que el de todas las grandes obras literarias: haber conseguido una tensión lingüística que se va renovando de principio a fin y que no permite que el texto decaiga. La palabra, en esta colección, tiende a la precisión, a designar sin margen de error;

busca ser insustituible cuando denota, y hacerse tan difícil de intercambiar como si en vez de una oración formara parte de un verso. Como si la autora pretendiese mostrarnos a cada instante su convencimiento de que es ésta y no otra la palabra adecuada. Aparecen engarzadas con una habilidad de orfebre, como si cada frase, cada complemento, más allá de su función, debiera ser un octosílabo por imperativo, y con la misma precisión van surgiendo las historias ante nosotros, hilvanadas en torno a detalles, a veces insignificantes, pero con un poder de evocación que no sospechamos...

A modo de recomendación mencionaría dos cuentos, para que no pasaran desapercibidos, por el nivel de peripecia argumental que tienen, por la implicación formal para el resto de los textos en ese juego de intercambios que sugería, y que a más de uno le recordará *El Proceso* de Kafka, y por lo que estructuralmente representan en el libro: se trata de “Caja de ecos” y “Los pájaros malditos”.

Creo que *Astillas, Fugas, Eclipses* contiene elementos de novedad narrativa, a nivel formal y de contenido, válidos en el tratamiento de temas universales como los que aquí se abordan, como para convertirlo en señal de un quehacer que puede estar marcando una nueva norma estilística en la literatura hispanoamericana contemporánea.

Astillas Fugas Eclipses. (Ed. Betania, Madrid: 2001).
“Prólogo” (parcial).
Fabio Murrieta.

...

.....Nacimiento, Vida, Muerte, es el tríptico que nos ofrece Mirza L. González a través de sus doce (doce, ¿será una casualidad?) historias. Historias de amor, de lucha, de muerte, historias de familias, historias de gentes. Y si las tres divisiones hablan, por una parte, de la autonomía de cada grupo de cuentos y, por la otra parte, de su integración en una unidad superior, la lectura integral del libro revela una relación íntima entre todas las historias, como si un hilo subterráneo corriera a través de ellas..... Como muy bien afirma Murrieta en su prólogo, se tiene la impresión de que en algún momento el libro quiso ser una novela. Pero no es que no se haya logrado la novela. Todo lo contrario: no se tenía que lograr. En esto reside el gran logro de la Profesora Emérita de DePaul University. Con una formidable intuición artística la autora supo crear en los cuentos y entre los cuentos una tensión que es el signo del verdadero arte. Con mano diestra, la escritora sabe escoger la palabra exacta, el detalle significativo, el ritmo -sobre todo el ritmo-necesario para que el lector se involucre en su acción creadora y supla

por sí mismo los eslabones que aparentemente faltan. Escogería como ejemplo tres de los cuentos: “Abuelas, abuelitas”, con el cual comienzo el libro, “Rondeles”- preciosa joya incrustada en el centro y “Canario al sol”.....

“Rondeles”, monólogo maestro -que nos hace pensar en Onelio Jorge Cardoso- de un alma en pena, como diría Juan Rulfo, agobiada por una culpa inconfesable, o mejor dicho por una culpa que no puede dejar de confesar... “Canario al sol”, que abre la última parte, pero de hecho es el que cierra, como un broche de oro, el tomo. Para mí el mejor. “Canario al sol” es casi un símbolo. La muerte del personaje (el cuento está escrito esta vez en la tercera persona; hay que ver el uso de las personas: ¡qué fuente de sugerencias! ¡qué dominio!) es, quizás, la muerte virtual de cualquier cubano en la lejanía de su tierra, de su sol.

Todos los cuentos no son iguales pero aún así el libro es una prueba más que suficiente de que la narrativa cubana sí existe en el exilio, y no sólo existe sino que marca pasos significativos en la literatura hispano-americana contemporánea.

Astillas, fugas, eclipses. (Ed. Betania, Madrid: 2001).
Ileana Bucurenciu. *Revista Hispano Cubana*. “Book Review”.
(Fragmento). 10/16/2003.

...

Los cuentos cubanos de Mirza L. González. Mayo 6, 2013. Betania (Blog).

Nos complace comentar que para la tesis doctoral *La voz y la violencia invisible en el cuento caribeño* (Univ. de Nebraska-Lincoln, 2009), la Dra. Carmen Bourbon eligió dos narraciones de la escritora cubana Mirza L. González, quien publicara su primer libro de cuentos, *Astillas, Fugas, Eclipses* en nuestra casa editorial.

En dicha investigación, la profesora puertorriqueña Bourbon incluye otras reconocidas escritoras caribeñas, como: Ángela Hernández, Ana Ma. Fuster, Kianny Antigua, Magaly García Ramis, Karla Suárez, Rosario Ferré y Adelaida Fernández de Juan, además de a la Profesora González, de quien seleccionó los relatos “Rondeles” y “Remordimiento”.

Estas dos narraciones fueron tomadas del libro ya citado de Mirza L. González, que según Fabio Murrieta “se inscribe dentro de un fenómeno de singular variedad y que por su dispersión geográfica aún no ha sido calibrado en sincronía con toda su magnitud: el de la narrativa cubana del exilio(...) *Astillas, Fugas y Eclipses* contiene suficientes

elementos de novedad narrativa, a nivel formal y de contenido, como para convertirlo en señal de un quehacer que puede estar marcado por una nueva norma estilística en la literatura hispanoamericana contemporánea”.

En la suma de esas muestras de la cuentística caribeña actual, escrita por mujeres, que componen el entramado de dicha tesis doctoral, resaltan la autoría de las escritoras antillanas: voces cubanas, dominicanas y puertorriqueñas.

De esa realidad literaria antillana se desprende la presencia y constancia de las voces femeninas de la actual narrativa cubana, como las escritoras Zoé Valdés, Mayra Montero, Teresa Dovalpage, Ma. Elena Cruz Valera y Mirza L. González, entre otras firmas del exilio y de la isla.

(<https://ebetania.files.wordpress.com/2013/05/astillas-fugas-eclipses.jpg>).

ÍNDICE

Prefacio de Zoé Valdés	7
Introducción de Jorge Rodríguez-Florida	9
Narciso: humo y espejo	15
Lectora de faquires	31
Con estos ojos	45
Alicia y su gato	59
Foto	72
Juventud bicentenaria	93
Comentarios	101



Still-Life with Grapes, Flowers and Seashells, de Juan de Espinosa
(España, 1628-1659).

Este libro se terminó de imprimir
el día 20 de mayo de 2017.



Vase of Flowers in a Niche. (ca. 1730), de Jan Van Huysum (Holanda, 1682-1749).

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

<http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2017)

Colección Narrativa

- Al otro lado de la zarza ardiendo*, de Graciela García Marruz.
Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.
El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.
Ruyam, de Pancho Vives.
Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.
Memoria de siglos, de Jacobo Machover.
El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,
Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.
Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.
Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.
Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.
Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.
Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.
La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.
Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.
Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.
Chivitas, de Adriana Restrepo.
Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.
Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.
Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.
Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.
Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.

Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llopiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.
En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.
Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.
Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.
Fantasías reales, de Silvia Burunat.
17 memorias y un prólogo, de VV. AA.
Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.
De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.
Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román
Escribas, de Aimée G. Bolaños.
From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.
Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.
El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva
Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.
Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall
Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.
Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.
Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.



Mirza L. González, nació en Güines, La Habana, Cuba. Residió durante 40 años en Chicago, donde obtuvo un Master en Artes Liberales y Literatura (M.A.) de Loyola University (1965), y su Doctorado en Filosofía y Letras (Ph.D.) de Northwestern University (1974) en Evanston, Illinois. Fue catedrática de DePaul University en Chicago (1966-2000) donde alcanzó el rango de Full Professor. Entre

otras valiosas contribuciones a DePaul, introdujo y enseñó cursos sobre literatura caribeña, cubana, afro-hispana, del exilio y revolucionaria. Ha recibido numerosos honores y premios, entre los que destaca el “Cortelyou-Lowery Award for Distinguished Faculty: Excellence in Teaching, Research, and Service”, de DePaul University, en 1996. Ha publicado tres libros: *La novela y el cuento psicológicos de Miguel de Carrión* (Miami: Ediciones Universal, 1979); *Literatura revolucionaria hispanoamericana* (Madrid: Betania, 1994), antología crítica de obras revolucionarias de diversos géneros literarios; y *Astillas, fugas, eclipses* (Madrid: Betania, 2001), su primera colección de cuentos. Sus tres artículos sobre Miguel de Carrión, Jesús Castellanos y la revista cubana *Orígenes*, aparecieron en *Dictionary of Twentieth Century Cuban Literature* (Westport: Greenwood Press, 1990). Artículos suyos y capítulos sobre literatura y autores cubanos y latinoamericanos han sido publicados en diversas revistas literarias y libros. Sus artículos más recientes son sobre el teatro cubano-americano. La Profesora Emérita de DePaul University actualmente reside en la Florida.



9 788480 173841 >

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA